



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Unidad Iztapalapa

**El sistema de partidos y la democracia en México
1997-2018**

T E S I S A

QUE PRESENTA

Ángel Andrés Ramírez Vázquez

MATRICULA: 2173014681

Para acreditar el requisito del trabajo terminal
y optar al título de

LICENCIADO EN CIENCIA POLITICA

Pablo Xavier Becerra Chávez

ASESOR

Javier Santiago Castillo

LECTOR

Iztapalapa, Ciudad de México, 26 de septiembre del 2022.



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA – Unidad *Iztapalapa*
DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGIA-COORDINACIÓN DE CIENCIA POLÍTICA

D I C T A M E N

Después de examinar este documento final presentado por el alumno Ángel Andrés Ramírez Vázquez, matrícula 2173014681 con el título de El sistema de partidos y la democracia en México, 1997-2018 se consideró que reúne las condiciones de forma y contenido para ser aprobado como conclusión de la Tesina o Trabajo Terminal, correspondiente a la Licenciatura en Ciencia Política que se imparte en esta Unidad.

Con lo cual se cubre el requisito establecido en la Licenciatura para aprobar el Seminario de Investigación III y acreditar la totalidad de los estudios que indica el Plan de Estudios vigente.

Asesor

Pablo Xavier Becerra Chávez

Lector

Javier Santiago Castillo

Fecha 28/09/22 Trim: 22-P No. Registro de Tesina: RVAA/2022-P

UNIDAD *Iztapalapa*

Av. Michoacán y la Purísima, Col. Vicentina, 09340, México, D. F., Tels.: 5804-4600 y 5804-4898, Tel. y Fax: [01-55] 5804-4793

Índice

Introducción	1
Marco teórico	4
<i>La representación y el comportamiento electoral</i>	4
<i>El papel de los partidos políticos en la democracia representativa</i>	6
<i>Sistemas de partidos</i>	9
<i>La democracia representativa</i>	11
Marco histórico	14
<i>Reformas electorales de los años 90, rumbo a la democratización</i>	14
<i>Periodo de alternancia y democracia. El declive de la expectativa</i>	17
<i>El ascenso del nuevo partido en el sistema de partidos mexicano</i>	19
<i>La desconfianza mexicana hacia la democracia y los partidos políticos</i>	22
El sistema de partidos mexicano	27
<i>El reacomodo del sistema de partidos: la alternancia</i>	27
<i>La antesala de las elecciones intermedias del 2003 y los resultados</i>	32
<i>Las elecciones del 2006: La continuación de la pluralidad y del desacuerdo</i>	33
<i>La tendencia no cooperadora de la partidos</i>	37
<i>Las elecciones intermedias del 2009: el ascenso priísta</i>	42
<i>Elecciones del 2012: la consolidación del retorno del PRI</i>	47
<i>Elecciones intermedias de 2015</i>	53
<i>Las elecciones 2018: Una reconfiguración del sistema de partidos</i>	60
<i>La desinstitucionalización del sistema de partidos</i>	72
Democracia y democracia en México	83
Conclusiones	91
BIBLIOGRAFÍA	95

Introducción

El sistema de partidos en México no presentó, relativamente, muchas variaciones entre 1997 y 2018, sin embargo en este último año se presentó un cambio que le dio un giro de 180°, o quizá uno de 360° si se piensa en una posible involución que nos encaminaría a un sistema de partido hegemónico como lo fue durante casi todo el siglo XX en México. El fin de este estudio es analizar los cambios en el sistema de partidos desde la transición de gobierno en el año 2000 hasta las últimas elecciones presidenciales de 2018, donde se presentó un fenómeno que rompió con la lógica que el sistema había mantenido a lo largo de dos décadas, una competencia pluralista entre tres partidos; PRI, PAN y PRD. Es de máxima importancia estudiar dichos cambios y los porqués de ellos para mejorar la aprehensión de nuestro entorno político.

El estudio debe moverse dentro de los puntos primordiales de lo que conforma a la democracia representativa, a saber, los partidos políticos, la confianza ciudadana hacia sus instituciones, la participación electoral en los procesos de selección de representantes, la capacidad real de representación de los partidos políticos y la percepción ciudadana al respecto, pues a través de estos conceptos es como puede observarse el nivel de democratización de una sociedad y la calidad de su democracia, además de ser los puntos cardinales para conocer de lleno el tema principal, el sistema de partidos; sus cambios y el posicionamiento de sus agentes principales a través del tiempo. Sin embargo debe tomarse una visión crítica al respecto y saber si el sistema de partidos, a pesar de sus constantes cambios, grandes o pequeños, se ha ido optimizando o todo lo contrario.

El sistema de partidos actual es producto de un cambio en la manera de votar del ciudadano, ésta a su vez deriva de un lastre histórico respecto a la vinculación de los individuos o grupos con los partidos políticos y los representantes en cualquier orden de gobierno. Es importante estudiar cómo es que pudo darse de nuevo una concentración del poder como no se había visto desde antes de 1997, en un México en proceso de democratización. Los resultados de la última elección presidencial resultan de sumo interés si consideramos que es la primera vez que se consiguió tanta participación del electorado desde el comienzo de la democracia procedimental en el año 2000. La apatía generalizada

del ciudadano hacía la política sigue yendo en ascenso, dicha participación del año 2018 no es una excepción a los problemas que enfrenta la democracia mexicana, sino que los refleja con más intensidad.

A diferencia de las elecciones pasadas en donde, además de votarse un candidato (pues es lo que presupone los sistemas de mayoría de una sola vuelta para la elección del ejecutivo), también se votaba por la idea del partido en sí mismo, de un ente que representa los intereses de sus afiliados y simpatizantes, o del programa de gobierno que presentaba cada partido y que implementaría en caso de obtener la victoria.

De igual manera, a partir del análisis del sistema de partidos y todo que ya hemos mencionado que conlleva, así como las partes claves para analizar la institución misma del sistema de partidos, debemos poner en duda si las mismas directrices del estudio del sistema de partidos son prudentes para juzgar a la democracia representativa, pues al abordar este tema suele darse por sentado que la teoría clásica de la democracia liberal es suficiente para explicarla por sí misma, sin cuestionarla.

Dentro de estos preceptos que considero centrales es donde se desarrollará el trabajo de recopilación e interpretación de la información, haciendo uso de fuentes bibliográficas como libros y artículos especializados en el tema, junto a análisis y datos estadísticos de instituciones gubernamentales y sin fines de lucro como el latinobarómetro, que realiza encuestas anuales de opinión pública y que sirve para conocer el desarrollo de las democracias en más de 15 países latinoamericanos.

Para ellos haremos uso de una pregunta guía que delimite el estudio: ¿De qué manera los bajos niveles de representatividad y confianza provocan desafección y desencanto por la política, transformando la conformación del sistema de partidos y la democracia en el país?

Por lo tanto, el escrito se presentará dividido en 4 apartados principales: un marco teórico que sienta las bases más sólidas para el desarrollo del estudio, mostrando definiciones de los conceptos clave que serán utilizados de principio a fin; un marco histórico que delimite el espacio temporal -la pérdida de la mayoría legislativa por parte del PRI en 1997, hasta los resultados y repercusiones de las elecciones de 2018-, además de enlistar algunas de las reformas electorales más significativas dentro del sistema político que repercuten a la

competencia interpartidaria, seguidas de algunos datos estadísticos a lo largo de las décadas estudiadas acerca de la confianza ciudadana hacia algunas de sus instituciones políticas y hacia su sistema de gobierno; el desarrollo del sistema de partidos a través de las elecciones presidenciales e intermedias, donde encontraremos el número de partidos y su nivel de importancia dentro del sistema, los resultados que determinan la dispersión o concentración del voto y del poder político y algunas teorías explicativas del porqué de lo ya mencionado, siendo este el apartado central; después pondremos en tela de juicio la teoría clásica de la democracia por medio del enfoque particular de Danilo Zolo, compaginándola con las conclusiones del apartado anterior y tratando de explicar por qué no se encuentran tan separadas ambas teorías a pesar de ser tan distintas; y por último unas conclusiones que condensarán lo más primordial de todo el escrito. No se tratará de determinar una respuesta definitiva, sino de dar una evaluación y explicación respecto al proceso que nos ha traído hasta nuestro presente.

Lo que se espera del estudio es concluir que la baja confianza de la ciudadanía en las instituciones así como la baja representatividad han ocasionado que la ciudadanía no se interese por los procesos políticos y, en consecuencia, la participación electoral, además de continuar a la baja, se haya reducido a un mero proceso ornamental en el que el voto ciudadano es movido por figuras políticas antisistema y no por convicciones partidistas; transformando el sistema de partidos conocido desde la transición y develando los problemas a los que nuestra incipiente democracia se ha enfrentado y aún enfrenta.

Marco teórico

La representación y el comportamiento electoral

En las democracias representativas de las sociedades complejas los temas como la participación, comunicación, representación, entre otros, son de suma importancia para la comprensión de la forma en que los individuos se relacionan con su entorno político y social y por consecuencia, cómo actúan respecto a las decisiones públicas y, más específicamente, al voto, que es la manera en que se busca que el pueblo se autogobierne en pro de cumplir, o hacer parecer cumplir, los ideales democráticos.

El voto es la herramienta por excelencia de las democracias representativas para poder hacer de manifiesto la voluntad ciudadana, sin embargo los votantes no son individuos que estén específicamente interesados en la cosa pública. En un principio, al observar y estudiar a los individuos en las democracias representativas actuales, nos encontramos con sujetos generalmente desinteresados respecto a su entorno político, no les interesa conocer a las autoridades políticas más cercanas a su comunidad y tampoco saber cuáles son las decisiones de estos, Hanna Pitkin (1985: 245) ya lo hacía notar en su estudio respecto a la representación “[...] el votante que ha de ser representado, no es, desde luego, el ciudadano racional, informado, interesado, políticamente activo [...] La mayor parte del pueblo es apático en lo tocante a la política, y muchos no se toman en absoluto la molestia de votar.”

Así que sería casi una fantasía decir que los votantes son sujetos que revisan la información detalladamente, que analizan para obtener el mayor beneficio y votan conforme a esa elección, no cabe duda de que hay sujetos bien informados, pero por ser excepción no podemos decir que la elección racional es correcta para explicar todo fenómeno de elección electoral o política. De hecho, nos encontraremos en su mayoría con sujetos apáticos o reacios a conocer sobre cualquier tema respecto a la cosa pública, lo que sería paradójico dado que, como decía Aristóteles, somos un animal político. Los individuos al no ser en su mayoría racionales respecto a sus decisiones políticas entonces tendrán otra forma de interactuar con el sistema político sin que sea de su entero conocimiento, muchas veces puede tratarse de identificaciones partidarias por la ideología del partido, por los candidatos que los

representan o por meros intereses pragmáticos -porque fueron invitados por conocidos o familiares, o el participar en alguna actividad determinada les proporciona algún beneficio inmediato-, respecto a la identificación partidaria podemos decir que “[...] implica coincidencias valorativas entre el individuo y el partido correspondiente, pero influye en la percepción y evaluación de numerosos objetos políticos” (Aguilar, 2008), o sea que esta identificación va a depender de cómo el individuo percibe el actuar del partido respecto a sus demandas, las soluciones que propone a los problemas de los individuos y el juicio de estos al ver si los resultados han sido efectivos.

Al concebir una vinculación así, quizá se podría entender que el individuo de hecho razona y sopesa los actos políticos del partido, pero no necesariamente es así ya que dijimos que los individuos no son estadistas profesionales, solamente se conformarán con resultados superficiales que atiendan al problema el suficiente tiempo para que los demandantes se olviden parcial o completamente de ello.

Antes de hablar sobre otra cosa tenemos que tocar un punto tanto de los primeros partidos como del modelo de democracia que hemos adoptado; la representación, esta parte resulta sumamente interesante ya que es, en mi concepción, lo que une de lleno las relaciones de los individuos con el gobierno dentro de la tradición democrático-liberal, pues en variados organismos e instituciones como las ONG’s o los partidos políticos, hay representación, incluso en pequeños grupos o comités podemos hablar sobre esto pues en cada grupo organizado con un tamaño relativamente grande como para no poder actuar cada miembro de forma directa, hay representación. Así que:

[...] representación significa, como indica el origen etimológico de la palabra, representación, un hacer presente otra vez. [...] En términos generales, representación quiere decir, más bien, hacer presente en algún sentido algo que, sin embargo, no está presente literalmente o de hecho. [...] podemos decir simple y llanamente que en la representación algo que no está literalmente presente se considera que está presente en un sentido no literal.
(Pitkin, 1985: 10)

Esto significa que la representación cumple la función de establecer de nuevo algo que ya ha estado presente y que no necesariamente lo esté de hecho, de forma literal. Si lo adecuamos a la política y decimos ‘representación política’ quiere decir que va a ser alguien

o algo que presente lo que ya está de manifiesto y en acto en las voluntades particulares de un grupo, y que al ser depositada esta soberanía en una figura es como se vuelve una sola, o al menos que excluya al menor número posible. Esta suposición requiere que los representantes deben ser electos por medio de votaciones, el procedimiento democrático que permite una cierta estabilidad haciendo que la competencia por el poder entre las organizaciones partidarias sea de manera pacífica y ordenada.

Mas con todo esto podemos comprender algunos elementos de los que se conforma el comportamiento electoral, “Por c. electoral se entiende el proceso de formación y de manifestación de las preferencias individuales respecto de las alternativas políticas sometidas al tamiz del voto.” (Bobbio, N., Matteucci, N. y Pasquino, G., 2015: 245), dicho de otra manera, es la forma en que las opiniones políticas de grupo o individuales llegan a tener efecto en la manera en que estos votan en las elecciones. Son las preferencias manifestadas en el voto lo que va a ocasionar clivajes entre el electorado, pues se pone de manifiesto con mediciones las ideas predominantes de un grupo o de una nación. Algún otro factor de no menor importancia es el método electoral que se utiliza para las votaciones, en el caso del método de mayoría simple, que es el utilizado oficialmente en elecciones presidenciales en el país, es un ejemplo de que quizá no son realmente puestas de manifiesto la preferencias políticas, ya que puede ganar quien junte más votos en un solo partido o coalición, pero si se suma a todos los que no estuvieron de acuerdo con ese resultado, ya que los votos estuvieron divididos entre la numerosa cantidad de partidos, entonces se puede ver que no representa a la ‘mayoría’.

El papel de los partidos políticos en la democracia representativa

Pero ¿cómo es que los individuos o grupos pueden hacer manifiestas sus necesidades o preferencias? Además de distintas ONG’s y demás grupos de representación, el medio principal son los partidos políticos. Al menos se supone que esta institución había nacido como órgano de representación directa de los individuos hacia con el Estado, pero como la historia de los partidos políticos nos demuestra, al igual que los estudios por parte de teóricos como Duverger, Sartori o Weber entre otros, los partidos han cambiado su estructura interna,

su manera de organización, de representación y de competitividad y no siempre todo partido tiene el mismo génesis.

Sin embargo, los partidos políticos son una de las instituciones más importantes de una democracia, y si bien se habla de crisis de los partidos por la menor intensidad de las lealtades partidistas o identidades políticas menos diferenciadas, aún poseen gran influencia dentro del sistema político ya que es por medio de estos organismos como se accede al poder en muchas instancias de gobierno, pues cuenta con los recursos y con las capacidades. Como decíamos, en un primer momento los partidos se crearon como grupos de representación para dar voz a sectores selectos o a movimientos sociales, así como producto de la libre asociación entre los ciudadanos, y una definición sobre esto nos la dan Bobbio et al. (2015: 1153): “[...] la noción de p. entre todas aquellas organizaciones de la sociedad civil que surgen en el momento en el que se reconoce teóricamente o en la práctica al pueblo del derecho de participar en la gestión del poder político, que se asocia con esta mira, se crea instrumentos organizativos y actúa.”

Y ciertamente como organización de los ciudadanos, tiene como objetivo la participación directa en la política, por medio de la representación del líder del partido o del partido mismo si se habla de los ciudadanos no afiliados a uno, pero como habíamos mencionado, un partido cambia, “un partido, como cualquier organización, es por el contrario una estructura en movimiento que evoluciona, que se modifica a lo largo del tiempo y que reacciona a los cambios exteriores, al cambio de los <<ambientes>> en que opera y en los que se halla inserto.” (Panebianco, 1995: 107).

Por lo que actualmente no podemos hablar de que sirven como mediadores entre los intereses del Estado y los del grupo al que representan, en algún punto de su historia lo llegaron a ser, después se convirtieron en partidos de masas que lograban una avanzada organización para la movilización de sus militantes y simpatizantes y una creciente burocratización debido a la necesidad de técnica para la toma de decisiones.

Aunque hay una característica que considero inalterable en la evolución de un partido y es que a pesar de los distintos motivos que llevan a la creación de uno, su continua

organización y profesionalización hace que se cierre en sí mismo y sea un elemento, ya no de representación de grupos, sino de los intereses partidarios (o intereses particulares);

“<<Organización partidaria>> significa la aspiración del mayor número de miembros. <<Parlamentarismo>> significa la aspiración por el mayor número de votos. Los campos principales de la actividad política son la agitación electoral y la agitación directa para conseguir nuevos miembros.” (Michels, 1973; 155).

Si bien esta máxima de Michels nos dice que el partido retraído en sí mismo busca la mayoría de los votos, se equivoca al decir que busca un mayor número de miembros, pues si la oligarquización del organismo busca el poder para ser controlado por un reducido número, se esperaría que el acceso cada vez sea más restringido y no lo contrario.

Un partido definido de esta forma devendrá en máquinas electorales que buscan el voto para el acceso a los cargos pues una vez que han logrado su formal reconocimiento podrán lograr sus metas, para esto deberán elegir una ideología y unos valores para fundirlos con la organización, haciendo que sean inseparables y creando fines organizativos que logren una correcta institucionalización (Panebianco, 1955).

“Los partidos pueden emplear toda clase de medios para el logro del poder. Allí donde el gobierno depende de una elección (formalmente) libre y las leyes se hacen por votación, son fundamentalmente organizaciones para el reclutamiento de votos electorales; y puesto que se trata de votaciones dentro de una dirección predeterminada son así partidos legales.” (Weber, 1964: 229)

Además de hacer uso de las libertades y derechos que poseen, como autonomía, autoorganización y libertad para elegir a sus propios representantes. “[...] los partidos, una vez establecidos, construyen una estructura interna propia y crean compromisos internos a largo plazo entre el núcleo central de seguidores.” (Battle (coord.), 2001: 262). Estas instituciones legalmente reconocidas buscarán la mayor cantidad de votos, además, suponemos los postulados de que el partido vencedor no utilizará los recursos del Estado para su reelección y que se respetará el tiempo asignado de su periodo, que al terminar se convocarán a nuevas elecciones para así crear una efectiva alternancia, pero ¿cómo saber que en el país no hay lo que Mosca denominaba una ‘clase política’ que circula a través de todos los periodos en diferentes escaños para mantener cierto poder?.

Sistemas de partidos

Lo que nos interesa saber es cómo han evolucionado los partidos y, en específico, el sistema de partidos después de la hegemonía priísta hasta nuestros días. Con todo lo explicado hasta ahora ¿podemos acaso seguir concibiendo a las democracias representativas de corte liberal, como el modelo que garantiza las libertades y derechos, y que funcionan, al pie de la letra, sus mecanismos para un funcionamiento lo óptimo posible?, de no ser así ¿por qué? Estamos acostumbrados a concebir de esta manera a la democracia, y no cabe duda de que pudo haberse presentado esta democracia con todas sus letras en algún tiempo y lugar, pero aquí ¿fue o es de esta manera? La democracia representativa lleva consigo todos estos puntos (y más), y no podríamos entenderla sin ellos.

Ahora, un sistema de partidos estará definido por las formas y modalidades de la coexistencia de los distintos partidos que se encuentran en un mismo país independientemente de la estructura organizacional del partido, para Maurice Duverger, pionero del estudio de los partidos políticos y los sistemas de partidos, algunos criterios como las alianzas, las localizaciones geográficas y, principalmente, el número de partidos determinará el sistema de partidos que tenga un país. Su estudio concluyó en la clasificación de tres posibles sistemas de partidos; el bipartidismo, el multipartidismo y el unipartidismo, y donde pueden superponerse o cambiarse algunos de estos criterios y de los criterios de la diferenciación entre partidos (centralizados o descentralizados, flexibles o rígidos, etc.), así como las diferencias entre etnias, las tradiciones históricas o las diferencias ideológicas y que son factores complejos que cada sociedad en particular tiene. (Duverger, 1957).

Sin embargo el número de partidos dentro del sistema no podrá explicar por sí solo de manera completa las relaciones de los partidos y su importancia. Saber el número de partidos dentro de un sistema será la medida básica aproximativa para saber que tanto está fragmentado o no fragmentado, concentrado o disperso, a simple vista, el poder político. Sartori habla de corrientes de interacción entre los partidos y esto se debe por el número que intervienen dentro del sistema, como estas interacciones ocurren en múltiples niveles entre más partidos -importantes- compitan e interactúen, más será la complejidad del sistema de partidos. (Sartori, 2005).

Como ya se mencionó, no sólo el número importa, sino saber su influencia, su fuerza dentro del sistema, su importancia. “La fuerza de un partido es, en primer lugar, su fuerza electoral [...] los votos se traducen en escaños, y esto nos lleva a la fuerza del partido parlamentario.” (Sartori, 2005: 161). El saber cuánta fuerza posee un partido es lo que determinará su papel y por lo tanto cómo este repercute a la táctica de competencia de los otros partidos, así como la dirección de estos y la suya hacia el gobierno. Así se podrá medir su ‘peso’ dentro del sistema, por los votos que obtiene y que se convertirán en escaños dentro de los parlamentos.

Además de la fuerza que puede tener un partido en términos electorales también Sartori habla de las *posibilidades de coalición* que tienen los partidos, y en especial los partidos con *posibilidad de chantaje*, que no importando si es un partido chico o grande tiene una real importancia en el sistema de partidos, “Un partido *cuenta como importante* siempre que su existencia, o su aparición, afecta a la táctica de competencia entre los partidos y en especial cuando afecta la *dirección* de la competencia -al determinar un peso de la competencia centrípeta a la centrifuga, sea hacia la izquierda, hacia la derecha o en ambas direcciones- de los partidos orientados hacia el gobierno.” (Sartori, 2005: 163). Estos partidos con posibilidades de coalición y chantaje serán tomados en cuenta para la tipología sartoriana del sistema de partidos, los demás, fuera de los partidos evidentemente más importantes y grandes, no serán tomados en cuenta.

A pesar de que el término “chantaje” puede incluir connotaciones morales considero que es adecuado usarse, ya que estos partidos pueden hacer coalición con cualquier partido que les brinde mayor beneficio y pueden amenazar con su lealtad sabiendo que su participación puede ser determinante.

Dentro de la tipología ofrecida por Sartori los extremos (Partido Único y Atomización) no serán viables para el desarrollo de una democracia, por lo que es recomendable que el sistema se establezca entre el bipartidismo y el pluralismo moderado. Por lo que de esta manera la competencia también será una característica fundamental para determinar la situación de un sistema de partidos.

La competencia es importante porque sin ella no se podría hablar de un sistema de partidos *per se* (aunque cabría preguntarse quienes compiten además de los partidos y, si no fuese suficiente, si la competencia representa a la mayoría), sin competencia no habría oposición que pueda expresarse libremente y que dinamice el sistema, además es necesaria una institucionalización de este mecanismo para que se convierta en un rasgo permanente del gobierno y la representación, creando un Estado democrático y, sobre todo, estabilidad. Sirve como la regla de juego más importante para la subsistencia del sistema. Aunado a esta, está la libertad, y serán las posibilidades de libertad de cada partido para que haya una alternancia efectiva en el poder.

Con estos elementos Sartori crea una tipología de los sistemas de partidos hasta ahora vigente, y que consta de 7 tipos, que van del partido único hasta la polarización, donde existen tantos partidos que ninguno tiene real incidencia en el comportamiento de los demás; Sistema de partido único, de partido hegemónico, de partido predominante, bipartidista, de pluralismo limitado, de pluralismo extremo y de atomización. (Sartori, 2005).

La democracia representativa

Pero además de cómo es el funcionamiento de los partidos y sus relaciones, debemos preguntarnos ¿qué problemas puede representar la democracia representativa a pesar de sus virtudes de la pluralidad, diversidad y las libertades de las gozan la gran parte de la ciudadanía? Pues como ya hemos visto los partidos han perdido su esencia primera de servir de puente para la sociedad en su conjunto o, por lo menos, para los grupos que los conformaban, y se han transformado en esferas altamente organizadas y burocratizadas en donde las élites, no solo políticas, confluyen. Algunos puntos sobre esta cuestión los podemos leer en la obra de Stuart Mill, el gobierno representativo:

Los males y peligros positivos del Gobierno representativo o de cualquier forma de Gobierno, pueden reducirse a dos 1. ° La ignorancia y la incapacidad generales del Cuerpo representativo, o para hablar con más propiedad, la deficiencia de sus capacidades intelectuales: 2. ° El peligro de que este Cuerpo no se halle bajo la influencia de intereses no identificados con el bienestar general de la comunidad. (Mill, 1878: 158).

Pero si suponemos que no cualquier individuo puede acceder a los cargos públicos no se puede apelar a que es la ignorancia generalizada del pueblo lo que causa la incapacidad del cuerpo representativo, empero podemos decir que la mala representación y sus incapacidades se derivan de la desafección, tanto de los profesionales de la política hacia con las demandas de la ciudadanía, que es el segundo punto de Mills, como de los individuos con la política en general, y está sí causada en parte por la ignorancia.

Es a través de las mediaciones como se rige un gobierno representativo debido al gran número demográfico que impide una participación directa, no es posible en las sociedades complejas tener este tipo de democracia como en la antigua Grecia, son las innumerables mediaciones y organización compleja de los procesos democráticos lo que acentúa el distanciamiento entre representantes y representados, causando una crisis y desencanto de este modelo (Sermeño, 2006). Estas implicaciones de la pasividad del individuo y la búsqueda de la estabilidad por parte de los partidos más que por el cambio, buscando la entrada al poder, es lo inherente a una democracia actual.

Danilo Zolo, teórico italiano de la democracia nos presenta una visión que se ajusta a esta realidad:

En este sentido, sostiene [Danilo Zolo] la necesidad de una <<reconstrucción>> de la teoría democrática a partir de una reconsideración general de la noción <<democracia representativa>>. Para él, esta noción adolece de una fundamental falta de realismo y de complejidad en cuanto mantiene la asunción clásica de autonomía, racionalidad y responsabilidad moral de los ciudadanos. (Sardá, J. y Cubas, J., 1994: 288-289).

Hay que ser conscientes de que la democracia conlleva sus problemas y paradojas a la par que las bondades que conocemos. Es a partir de un estudio minucioso de estos problemas lo que develará el carácter verdadero de las democracias complejas actuales.

Para Zolo, un examen realista del funcionamiento de las instituciones representativas debería reconocer que el sistema de partidos opera según reglas incompatibles con las que una libre competición pluralista, que gran parte del poder político se ejercita dentro de circuitos <<invisibles>> al margen de cualquier lógica de mercado, que los ciudadanos están en poder de fuerzas incontrolables, que son incapaces del volición política, apáticos y desinformados pese a ser física y jurídicamente libres. (Sardá, J. y Cubas, J. 1994: 298).

No se puede estudiar una sociedad grande y compleja que adopta esta forma de gobierno sin eludir a estos temas, tratando de identificarlos y medirlos es como podremos, sino cambiar de manera espontánea, incluso paulatina, las bases para un mejoramiento, si podemos conocer cómo es que se desenvuelven y se manejan tanto los individuos respecto a ellos mismos y con los partidos, como los partidos respecto a su orden interno y su acceso al poder del Estado, a través de los mecanismos representativos de la democracia. Analizar lo que Zolo llama “Riesgos evolutivos” de la democracia.

Marco histórico

Reformas electorales de los años 90, rumbo a la democratización

Desde la revolución mexicana a principios del siglo XX y con la creación del PNR como consecuencia, no se habían dado cambios en el sistema de partidos ni sistema electoral pues se vivía lo que en términos de Sartori era un sistema de partido hegemónico, un solo partido dominaba toda la escena política desde su concepción. El PRI es el partido que seguía con la tradición del partido creado por Calles en 1929, además de su renombramiento actual en 1946 y su reestructuración interna no había tenido grandes cambios. La centralización de los grandes sectores de la sociedad mexicana les permitió que mantuvieran el poder por 70 años, prácticamente todo el siglo XX.

Este control ininterrumpido comenzó a flaquear a finales de la década de los setenta con la presidencia de José López Portillo, ya que a partir de este periodo es cuando empiezan a tener, aunque mínima, real participación los partidos de oposición. Pero es con la llegada al cargo del ejecutivo del expresidente Carlos Salinas de Gortari en 1988 donde se empieza a desquebrajar la legitimidad y fuerza organizadora del partido, pues históricamente se refiere a esta elección como un parteaguas y el comienzo del camino hacia la democratización, además de que con un gran esfuerzo el partido oficial consiguió 52% de diputados en el Congreso. Es notable también en el cambio del sistema de partidos y su fragmentación; en el año 1985 la fragmentación era poca y sólo en algunos estados se daban competencias bipartidistas, o sea que dos eran los partidos que competían por el cargo, pero para 1988 llegó a 14 el número de estados con este tipo de contiendas, sin embargo el comienzo de un multipartidismo moderado comienza en 1994 donde ahora eran 17 las entidades con competencias bipartidistas (Méndez de Hoyos, 2006).

El proceso para llegar a una liberalización del sistema electoral fue lento y estuvo lleno de muchas reformas a lo largo de dos décadas, un paso importante fue en 1997, donde las ya mencionadas reformas junto a la decisión ciudadana en las votaciones “hizo que el PRI

perdiera la mayoría absoluta dentro de la Cámara de Diputados, abriendo paso a la era de los gobiernos divididos” (Freidenberg, 2016; 40). Esto cambió de manera abrupta el cómo el presidente se relacionaba con el congreso, pues en un gobierno unificado es un partido el que tiene la mayoría en las cámaras y es más fácil para el presidente hacer viables cualquiera de sus iniciativas, como sucedió con el PRI por 70 años, era necesario, hasta la llegada de Morena al poder, que el presidente y los partidos negociaran entre sí para lograr pasar cualquier proyecto, grande o chico (Meixueiro y Moreno, 2014).

Es importante mencionar que algunas reformas más importantes en el sistema electoral de los años noventa fueron aceptadas por la pérdida de la legitimidad del expresidente Ernesto Zedillo, y en general del PRI, pues este sexenio comenzó con una fuerte crisis económica aunado a movimientos sociales de gran envergadura como el movimiento zapatista en Chiapas. No sólo es, pues, el debilitamiento del sistema de partido hegemónico, consecuencia de la legitimidad perdida en 1988 y que cada vez fue mayor, sino la inconformidad social respecto a la perpetua certidumbre electoral. Entre esas reformas es la de 1996 la que marca el punto y aparte, “la reforma electoral de 1996, que permitió la realización de elecciones verdaderamente competitivas a partir de 1997 a nivel federal, trajo consigo una nueva oleada de experimentación participativa. Para empezar, el nuevo diseño del Instituto Federal Electoral (IFE), la llamada “ciudadanización”, permitió la gestión autónoma de la institución por parte de ciudadanos habilitados para tomar la dirección del aparato burocrático (Consejeros Ciudadanos)” (Olvera, 2009: 12).

Como es bien conocido, el PRI siempre tuvo la presidencia y mayoría en los puestos parlamentarios, de hecho antes de la reforma de 1977 no había representación en las cámaras de los partidos opositores, sin embargo debieron darse cambios en el sistema electoral que permitieran el desarrollo de una conformación de la democracia, que era exigido por el tiempo y la historia, además de que la resignación del país a seguir tolerando al gobierno que alguna vez pudo medianamente modernizarlo, y que por culpa de su incompetencia para hacer política económica hayan terminado con la esperanza de recuperar o mejorar su calidad de vida, llegó a un punto de quiebre que no podía esperar más a un cambio.

Así, “entre el 1° de diciembre de 1994 y el 1° de agosto de 1996 (20 meses) se dio el proceso de discusión y negociación entre los partidos políticos y el gobierno en torno a los

puntos básicos de la reforma “definitiva” (Becerra, 1996: 37). Definitiva se proclamaba porque sería el paso decisivo a la apertura de la representación y real participación de los demás partidos políticos. La reforma cambiaría las formas en cómo se relacionan los partidos, en específico los tres partidos con mayor peso; PRI, PAN y PRD así como los requisitos necesarios para poder registrarse o mantenerse como un partido político.

Uno de los puntos respecto a esto último es que “desaparece el registro condicionado de los partidos políticos, con lo cual se cierra una puerta para la renovación permanente de partidos, abierta por primera vez con la reforma de 1977, clausurada temporalmente en 1987 y reabierta con el COFIPE de 1990.”(Becerra. 1996: 39).

Además el porcentaje requerido de votos por partido para mantener su registro se elevó a 2% lo que permitía que no existieran tantos partidos, de hecho algunos perdieron su registro. Esto modificó el sistema de partidos en categoría numérica, pero no de forma cualitativa o categoría ideológica, pues los partidos importantes y aquellos chicos con posibilidad de chantaje aún se mantenían.

Esta nueva reforma fue un parteaguas para poder comenzar el proceso de democratización en México, pues en el año siguiente, en 1997, el PRI perdió la mayoría en la cámara baja, algo que nunca había sucedido, y aunque aún el partido era fuerte sus posibilidades de ganar otras elecciones disminuían, la ciudadanía y la historia demandaban el cambio y el régimen sabía que no podía mantenerse un sexenio más en el poder. El aumento en la confianza del entonces IFE permitía que se vislumbrara con optimismo las próximas elecciones federales.

De igual forma hubo cambios en lo que respecta la conformación de la cámara que ya no permitía a un solo partido tener una mayoría. Becerra Chávez nos menciona que:

Se mantiene el mecanismo, introducido en 1993 en sustitución de la “cláusula de gobernabilidad” [...] La primera es que ahora ningún partido podrá tener por sí sólo más de 300 diputados por los dos principios (es decir, el 60% de la cámara), en lugar del tope de 315 introducido por la reforma de 1993 (el 63%), que a su vez había sustituido al límite máximo de 350 diputados (el 70%) del COFIPE de 1990. Esto significa que el partido mayoritario aceptó reducir el límite de su mayoría a un nivel que le tornará más difícil hacer modificaciones a la Constitución por sí solo de lo que le resultaba con la regla de 1993. Para

lograr esto, ahora necesitará forzosamente confluir con un grupo parlamentario de al menos 6.7% de la Cámara en torno a sus posiciones, suponiendo, evidentemente, que logre tener el máximo de 300 diputados. (Becerra, 1996: 42)

Este nuevo cambio hacía proclive a los partidos a crear coaliciones que logran la mayoría, pues el nuevo tope evitaba que alguno tuviese facilidades para reformar la constitución. Las distancias ideológicas y programáticas de los partidos importantes a nivel federal evitaron que se formaran coaliciones poderosas que superaran el número de los 300 diputados.

De aquí en adelante se dieron los gobiernos divididos, no había una mayoría en las cámaras en favor de algún partido, sin embargo con la última elección federal de 2018 el partido Morena con sus aliados, Partido del Trabajado (PT) y Partido Encuentro Social (PES), este último siendo un partido de derecha no afín a las ideologías de los otros dos partidos y que después de las elecciones perdió su registro manteniéndose sólo como partido en algunos estados, logró lo que sólo el otrora partido hegemónico había mantenido antes de 1997, sobrepasar la mayoría de 300 diputados, este hazaña ahora lograda entre los tres partidos.

Pero la conclusión de la reforma electoral de 1996 fue clara, “[...] el crecimiento de la competitividad del sistema de partidos que ha tenido lugar en los últimos años, lo cual se ha expresado con particular fuerza en las elecciones locales de los años 1995-1996.” (Becerra, 1996: 47).

Periodo de alternancia y democracia. El declive de la expectativa

Con un IFE reformado, que lo volvía más autónomo y que recibió más legitimidad debido a su imparcialidad, llegamos al año 2000, año de las primeras elecciones en México donde hubo alternancia. Como hemos visto ya desde finales de los años ochenta se iban perfilando los cambios en el sistema electoral y de partidos que dieron pie a este suceso inédito, el cambio de gobierno. La búsqueda del cambio ayudo a la victoria de Vicente Fox pues mucha parte de sus votos fueron hechos por electorado joven del norte que consideraba

tener un deterioro en su situación económica, además de estudiantes y votantes independientes, o sea no partidistas (Moreno, 2003).

De igual forma es la baja de votos que obtuvo el PRI lo que provocó que el electorado mudara de elección o que los recién adheridos al padrón simpatizaran con la oposición, “los diferenciales de participación dieron el toque final al resultado electoral de 2000. Con una participación de 64%, comparativamente más baja que 77% registrado en las elecciones presidenciales de 1994, las elecciones de 2000 tuvieron una consecuencia evidente: el candidato del PRI no contó en esa ocasión con segmentos del electorado que le eran favorables pero que prefirieron no asistir a las urnas o no pudieron hacerlo.” (Moreno, 2003)

Si bien fue un triunfo para la transición hacia la democracia mexicana no todo resultó como se esperaba, no hubieron cambios significativos respecto a la participación ciudadana en la política ni todos los procesos fueron realizados como se hubiese esperado, un ejemplo es el nombramiento de consejeros electorales nacionales en 2003, donde se marginó al PRD, que provocó que la relación entre consejeros distritales, locales y nacionales, que se basaba en la confianza y apoyo mutuo, se perdiera, además de debilitar el poder ciudadano sobre la jornada electoral (Olvera, 2009).

Durante el gobierno del primer presidente panista, Vicente Fox, hubo un gobierno, igualmente, dividido, que impidió que el partido pudiera tomar libremente decisiones y así se mantuvo el gobierno de este sexenio: paralizado (Becerra, 2020). Una muestra del gobierno dividido son los porcentajes de diputados por cada partido, pues:

Para la elección de 2003 el PRI logró una votación de 35%, con lo que logró el 45% de los diputados, a los que se sumarían el equivalente al 3.4% del PVEM, su nuevo aliado, mientras el PAN apenas tenía el 30% de los legisladores. (Becerra, 2019: 322).

Para el año 2006 además de presentarse el problema del gobierno dividido en el que el partido en el gobierno resultaba ser minoría, también comenzó una de las etapas más violentas en la historia de México; la guerra contra el narcotráfico, que el presidente panista Felipe Calderón utilizó como una estrategia de legitimización frente al descredito que había ocasionado su triunfo en las elecciones presidenciales frente al candidato carismático Andrés Manuel López Obrador, representante del PRD. No puede dejarse de lado la crisis económica

de 2009, lo que hizo que fuese disminuyendo la percepción de la ciudadanía respecto a que vivía en una democracia o que si estaba conforme en la que se encontraba, pues el nivel de calidad de vida se vio afectado, lo que afectó la imagen del partido y a los resultados que se esperaban de este, “si el gobierno de Fox fue el sexenio de la frivolidad y la ignorancia, el de Calderón fue el de la lista interminable de muertos y de la presencia del ejército en las calles.”(Becerra, 2019: 325)

Es en este sexenio de Calderón donde empiezan a haber más problemas de representación y conformidad con la alternancia, y en las elecciones intermedias de 2009 ya empieza notarse un cambio, la recuperación del PRI, pues en estas elecciones obtuvo 37% de los votos, y junto con su partido aliado, el PVEM que alcanzó el 7% lograron superar el 50% del total de la cámara baja, mientras que el PAN sólo obtuvo el 28% de los votos, que corresponde con un 29% de los diputados (Becerra, 2020)

El ascenso del nuevo partido en el sistema de partidos mexicano

En este panorama político de pérdida de la legitimidad del PAN y del gobierno dividido sin alguna negociación importante entre los partidos es como el PRI regresará al poder en el año 2012, y sin que se presenten conflictos poselectorales como en la elección pasada sí hay protestas de sectores sociales o contendientes electorales cuestionando la campaña (Valdés, s.f).

Y aunque el PRI mantuvo cierta fuerza político electoral durante los doce años fuera del poder ejecutivo, cuando regresó al poder se encontró con un México distinto a aquel de cuando era el único partido con presencia,

[...] el escenario político del país había variado sustancialmente porque: 1) los poderes legislativo y judicial se habían convertido en verdaderos contrapesos del poder ejecutivo; 2) los partidos políticos opositores eran ya cuestionadores e indóciles frente a la implementación de políticas públicas y fuertes contendientes electorales; 3) el poder real y más autónomo de los gobernadores; 4) los poderes fácticos (empresariales, mediáticos, sindicales, religioso, delincuenciales) podían presionar a los poderes públicos con más eficacia; y 5) la sociedad se había transformado radicalmente y demandaba más y con mayor vigor. (Valdés, s.f)

Claramente era un panorama más competente y democrático en términos neoclásicos, pues el sistema electoral así lo permitía, por lo que ya no era cosa fácil conservar el poder, y no le eran fáciles las cosas a los partidos respecto a los realineamientos electorales y el comportamiento del ciudadano en general.

Un factor importante para el tema que se abordará sobre la confianza en las instituciones y en la democracia en México por parte de la ciudadanía es la violencia, pues la percepción del individuo respecto a su entorno va a influir en cómo valora a los gobiernos en turno, a las autoridades y a las figuras de autoridad encargadas de salvaguardar a los individuos,

[...] para el ciudadano promedio es el aumento en la tasa de delitos: 40% de los mexicanos afirmó haber sido víctima del crimen en el último año (2011), lo que situó a México como el lugar más peligroso de Latinoamérica, según las cifras del estudio del Latinobarómetro. (Meixueiro y Moreno, 2014: 319).

Con la creciente crisis de partidos en los años 2010 los estudiosos Reynoso y Montero hicieron un trabajo respecto a las elecciones intermedias del 2015 para poder determinar la fragmentación del sistema de partidos y cómo había cambiado su base electoral, encontraron que desde 1997 los tres grandes partidos, PRI PAN y PRD, ya venían perdiendo votos y escaños, el número efectivo de partidos a penas y había cambiado de 2.26 a 2.31. Lo que ayuda a comprender el ascenso que iba teniendo un nuevo partido. Morena es un partido que obtuvo registro oficial en 2014, nacido de un movimiento social encabezado por Andrés Manuel López Obrador, que concursó en 2015 en sus primeras elecciones, y que para ser un partido de novísima creación obtuvo un número considerable de diputados, 35 lugares, aún menos que los 60 que logró el PRD, pero de importancia para su futuro desarrollo. Pues a partir de los cambios que ya hemos mencionado, los tres partidos más importantes perdieron 10 puntos porcentuales para estas elecciones, pasando de 85.6% a 73.4% perdiendo curules en la cámara baja (Palma y Osornio, 2019).

Morena, junto con los partidos de su coalición, PT y PES, el primero anterior aliado del PRD, lograron que en las elecciones del 2018 sucediera algo que no pasaba desde 1997 con la pérdida de mayoría del PRI en las cámaras, un partido obtuvo la mayoría de estas.

Con el 53.19% de los votos en la elección presidencial, Morena se vuelve el partido más votado de 2018, dejando en segundo lugar al PAN con apenas 17.66% de los votos y al PRI –partido hegemónico hasta el año 2000- en tercero con 13.56% ; además de ello, es preciso destacar que el PRD apenas obtuvo 2.83% de las preferencias, incluso por debajo de los votos por el candidato independiente Jaime Rodríguez Calderón, quien obtuvo el 5.23% de la votación. (Instituto Nacional Electoral, 2018). (Palma y Osornio, 2019: 114).

Esta reducción de votos de los otros partidos es lo que permite que haya menos fragmentación en el sistema partidario para el 2018, los votos se concentran más en Morena no sólo para la elección presidencial sino en las elecciones de los estados, obteniendo la mayoría de ellos, 31 para ser exactos, con excepción de Guanajuato que lo ganó Ricardo Anaya Cortés.

Esta nueva tendencia del movimiento del electorado hacia una institución recién formada demuestra que existe un realineamiento electoral que no se había visto desde los años de la transición, además de demostrar la alta volatilidad electoral a diferencia del 2006, en este año en la elección presidencial se mostraba una volatilidad moderada con 19.99% de diferencia con las preferencias electorales respecto a la anterior del año 2000, y también con referencia de las elecciones de 2012, donde los volatilidad del PAN bajó en un 10.64% y para el PRI aumentó un 14.48%, permitiendo su victoria. (Palma y Osornio, 2019).

No sólo ha habido cambios en el sistema partidario como hemos observado, sino que el cambio en el electorado con respecto a sus preferencias o sus identificaciones partidarias ha jugado un papel importante para poder comprender cómo ha ido deteriorándose más la concepción ciudadana de la democracia mexicana, así como su proclividad a apoyar a lo que sea que represente un cambio del *status quo*. A lo largo de estas últimas décadas y los estudios sobre el electorado, se puede notar que en México no ha existido una participación muy activa ni un interés verdadero por la política, son bajos los niveles de confianza y altos los niveles de inconformismo.

La desconfianza mexicana hacia la democracia y los partidos políticos

Los realineamientos electorales son bastante volátiles y cambian con cada periodo de elección presidencial, un mismo partido puede obtener mayor apoyo en una lección y en la siguiente tener una pérdida considerable.

Además no sólo cambian las preferencias sino que el electorado puede no tener ninguna identificación o simpatía con ningún partido y ser independiente respecto a si debe elegir entre un lado del espectro político y un partido (Meixueiro y Moreno, 2014). Un estudio de Alejandro Moreno sobre encuestas entre 1989 y 2009 sobre los niveles del electorado autoidentificado como independiente, identifica 3 etapas.

[...] la primera comprendida entre 1989 y 1994, donde los electores independientes disminuyeron al pasar de niveles cercanos a 30% a poco menos de 20%; una segunda etapa comprendida entre 1994 y 2000 con un comportamiento de altibajos donde por momentos la cifra se eleva a niveles de 30% y en otras mediciones alcanza niveles inferiores a 20%. La tercera etapa que podemos señalar en los datos de Moreno es que en la década de 2000 a 2009 el independentismo aumentó al pasar de un cuarto del electorado a niveles cercanos a 40% de éste. Más todavía, en las dos últimas mediciones trimestrales de 2009, los votantes mexicanos que se autodefinieron como independientes alcanzaron niveles cercanos a 50% del electorado, muy probablemente como respuesta a la crisis económica desatada en 2008. Los datos permiten observar que en la última década este segmento de los electores ha superado a los que se dicen cercanos o identificados con cualquiera de las tres principales fuerzas políticas del país (PRI, PAN o PRD). Así, para el periodo comprendido entre 1989 y 2000, el promedio de los electores autodefinidos como independientes fue de 28%; para los siguientes seis años, de 2001 a 2006, fue de 33%; y para el periodo 2007 a 2009 fue de 39% de los ciudadanos mexicanos (Moreno, 2010). (Meixueiro y Moreno, 2014: 145).

Como podemos ver, en cada periodo hay un aumento de este tipo de electores; en el periodo del 2000 a 2009 despegó respecto a las dos anteriores etapas, primero por la transición hacia el cambio de gobierno, y segundo por los pocos resultados visibles del PAN en el gobierno y el aumento perceptible de problemas económicos y de seguridad, sin embargo de manera general los 3 partidos mayoritarios han perdido fuerza electoral ya sea

por las crisis económicas a través de sus gobierno o por el aumento de violencia, sucesos que no eran esperados por la ciudadanía.

Estos hechos demuestran lo interesante y particular que hay en las elecciones del 2018, donde, como ya se mencionó, el partido Morena obtuvo más del 50% del voto, pero ¿qué elemento coadyuvó de manera determinante que el voto tuviera más volatilidad en favor de un solo partido que ningún otro desde la transición? Sin duda alguna fue el carisma natural de López Obrador que no sólo, durante más de una década, hizo que aumentaran sus filas militantes, sino que figuras públicas pertenecientes a otros partidos decidieran apoyarlo, pues

[...] Morena integra a un sector de políticos que provienen del PRD (y por esa vía, del PRI), la presencia del liderazgo carismático de López Obrador le permitió desarrollar una capacidad de atracción sobre muchos liderazgos provenientes de otros partidos y, sobre todo, de muchos ciudadanos no identificados previamente con partido alguno. Así, desde la formación del partido Morena y durante el año electoral, vimos desfilar toda una pléyade de personajes provenientes del PAN (sus expresidentes nacionales Germán Martínez y Manuel Espino, Tatiana Clouthier, Gabriela Cuevas, etc.), del PRI, del PRD (partido que verdaderamente se desfondó), del mundo empresarial (empezando con dos empresarios muy cercanos a AMLO, Alfonso Romo y José María Rioboó) y muchos etcéteras más. (Becerra, 2019: 344).

Andrés Manuel López Obrador ha logrado construir un discurso en torno a los desaciertos y problemas que los otros gobiernos no pudieron atender, haciendo un uso impresionante de la comunicación política en pro de su persona y su partido, logró catalizar el descontento y hartazgo de la sociedad mexicana que esperaba cambios que pudiesen impactar de manera positiva la vida política y democrática del país. Aunque simple, su discurso ha sido efectivo y ha ocasionado que las preferencias electorales se concentraran cada vez más en menos partidos. No sólo se encuentra este elemento, sino la creciente desvinculación de la ciudadanía con las instituciones.

La disminución en la fragmentación de partidos se había estado dando desde finales de los años ochenta, con el incremento de partidos que para sobrevivir hacían coaliciones con los partidos grandes, había ido hacia la baja, hasta este momento de las últimas elecciones.

Otros datos interesantes para conocer la disminución de la fragmentación nos lo dan las autoras ya citadas, Palma Cabrera y Osorio Guerrero:

[...] al revisar las cifras referentes al Índice de Molinar, tenemos que la mayor fragmentación del voto dentro de la Cámara de Diputados (as) tuvo lugar en 2003 y después se redujo en 2015, con apenas 1.6080 partidos. [...] para el periodo de 2018 el número de partidos en las elecciones para diputados(as) es de apenas 2.6008, lo cual se explica por la cantidad de votos emitidos a favor de los(as) candidatos(as) de MORENA, que representan el 37.25% del total, seguido por el PAN con 17.94% y el PRI con 16.54% del total de votos y suman el 71.73% del total de votos emitidos. (Palma y Osorio, 2019: 121-122)

Empero, lo que realmente ha caracterizado a la democracia en México después del sistema de partido hegemónico del siglo XX hasta el año 2000 en el que se dio la esperada transición, es la desconfianza generalizada por parte de la ciudadanía, desconfianza generada por el poco interés y conocimiento real de los procesos democráticos y de cómo se percibe el actuar de las instituciones gubernamentales.

En una de las encuestas más importantes para América Latina, el latinobarómetro, se muestra que la confianza política en los partidos es bastante baja.

[...] la confianza en los partidos en México ha disminuido drásticamente: en 1997 el porcentaje de ciudadanos que declararon tener mucha y algo de confianza en los partidos políticos era de 31,4%; en 2000, año en que se celebraron elecciones presidenciales y legislativas, ese porcentaje se elevó ligeramente a 34,4% mientras que para 2001 cayó a 21,4%. Para 2003, año de elecciones legislativas, descendió hasta el 10,3%. (Méndez, 2006: 7).

La confianza ha ido hacia la baja, si bien 1997 se presenta un porcentaje poco mayor a treinta fue por la reforma electoral del IFE, y en el año 2000 fue por el cambio de régimen; sin embargo en los periodos de elecciones intermedias está siempre la tendencia a menos participación en comparación con las presidenciales, pero podemos observar que el voto de la ciudadanía en el supuesto cambio se tradujo en promesas incumplidas y acciones deficientes, lo que acentuó la crisis de la democracia representativa.

Podemos contrastar los valores que presenta José Del Tronco sobre cómo calificó el ciudadano a la democracia durante la transición.

En mayo de 1999, 37% de los mexicanos expresaba que México era una democracia. En enero de 2000, recién iniciada la campaña electoral para las elecciones presidenciales del mismo año, el porcentaje había crecido hasta 45%, y en agosto de 2000, un mes después de las elecciones, la proporción de mexicanos que decía estar viviendo en democracia era de 66% (Moreno, 2003: 234). (Del Tronco, 2012: 11-12).

En una tabla presentada por el autor Reyes del Campillo Lona (2018) que formó con datos del latinobarómetro podemos contrastar cómo la democracia a pesar de ser constantemente apoyada, la satisfacción respecto a los resultados decrece con cada año.

Año	Apoyo (porcentaje)	Satisfacción (porcentaje)
2006	54	41
2007	48	31
2008	43	23
2009	42	28
2010	49	27
2011	40	23
2013	37	21
2015	48	19

Y aunque podría decirse que el respaldo a la democracia es alto resulta menor comparado con el promedio de América Latina, 48% de los mexicanos cree que la democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno, el promedio de Latinoamérica es de 57%. Igual es importante señalar que el porcentaje de gente en México que no le importa la política, y en especial la forma de gobierno en la que vivan, es mayor que el promedio latinoamericano, 31% para México contra el 19% de América Latina (Cardiel Soto; Morales Camarena). Además de la alta desconfianza hacia los partidos también están mal calificados los diputados, el porcentaje es poco mayor, pues la ciudadanía en general no creen que estos estén preocupados por los intereses de quienes representan, “esta percepción que tienen los mexicanos que los políticos no se preocupan por lo que piensa la gente como ellos (74%) y que la gente como ellos no tiene influencia sobre lo que hace el gobierno (72%) no presenta variaciones significativas indistintamente del nivel de ingreso y educativo, ni tampoco por edad o sexo.” (Cardiel y Morales, s.f: 68-69).

Un estudio realizado por la Secretaría de Gobernación recaudó información de las encuestas de que 65% de los mexicanos declararon no tener ningún interés en la política,

además de que un tercio de los encuestados percibe como innecesarios a los partidos en nuestro sistema político. Pero el dato más impresionante es que instituciones como las iglesias, el ejército y la televisión son mejor aceptados y más confiables para los ciudadanos que los senadores, los partidos y la policía (Secretaría de Gobernación, 2012).

Hay algunos datos presentes en el trabajo de José del Tronco que me parecen imprescindibles ya que, aunque son principalmente de los primeros años de la década del 2000, nos ayuda a comprender cómo es que piensa y se siente el ciudadano mexicano respecto de su sistema político:

Los trabajos realizados a lo largo de los años 2000 —ya iniciada la alternancia— muestran algunas tendencias interesantes que es necesario recuperar: a) los mexicanos presentan niveles significativos de valoración normativa del régimen democrático: seis de cada 10 mexicanos consideran que es el mejor régimen de gobierno, y tres de cada cuatro creen que vivir en democracia es bueno o muy bueno (Moreno, 2008); b) la satisfacción con la democracia entre los mexicanos es muy baja. Pese a un leve aumento en el período 2000-2003, en promedio sólo uno de cada cuatro está satisfecho con el funcionamiento de la democracia, lo que ha sugerido que los mexicanos pudieran ser caracterizados como “demócratas insatisfechos”; c) los mexicanos mantienen cierto nivel de escepticismo frente a las instituciones representativas, especialmente los partidos políticos y en menor medida los diputados. En ese sentido, los niveles de confianza han disminuido desde 2001 de manera progresiva, hecho que ha desembocado también en el crecimiento del abstencionismo, especial ¿y paradójicamente? en los sectores mejor educados, con bajos niveles de identificación partidista (Temkin, Salazar y Ramírez: 2003). (Del Tronco, 2012: 19-20).

El sistema de partidos mexicano

El reacomodo del sistema de partidos: la alternancia

Ahora debemos de entrar de lleno en los cambios en el sistema de partidos a partir del año 2000 con la transición, resaltando lo más importante para comprender la reconfiguración del sistema partidario hasta ahora, a la mitad del sexenio presidencial de López Obrador.

Para comenzar hay que poner en contexto cómo es que el PAN fue creciendo en popularidad entre el electorado mexicano de la mano de su candidato Vicente Fox hace dos décadas en las elecciones que iniciaron una nueva etapa de la política mexicana.

Este partido localizado tradicionalmente como de centroderecha en el espectro político tuvo una reestructuración interna que se ha venido denominando “neopanismo”, a principios de los años 80 el partido comenzó a verse como un negocio por las nuevas figuras que lo integraban, en su mayoría pequeños y grandes empresarios, impregnando al partido de un carácter pragmático y permitiendo que tuviera una mayor presencia debido a los recursos de estos nuevos militantes, los ideales originales del PAN, como partido orientado a la clase media y con adoctrinamiento cívico en busca del bien común, habían cedido. Este nuevo PAN se logró debido a las reformas de dotaron a las partidos de financiamiento público, de ahí que fuese visto como negocios. (Reveles Vázquez, 2000)

Todo el cambio económico neoliberal encabezado por el PRI debido a las crisis económicas, propiciaron la demanda tanto del PAN como de la izquierda mexicana, asentada en muchos partidos minoritarios, de un nuevo campo de acción, una nueva arena política en la que pudiera haber competencia electoral; se pedía un verdadero cambio en el régimen político pues ya era visible la creciente deslegitimización del partido oficial con las crisis y con la evidente manipulación de elecciones. Así logró el PAN convertirse de una verdadera fuerza política opositora en el sistema de partidos con posibilidades de desplazar al PRI de la presidencia.

Sobra decir que a finales de la década de 1980 el partido había logrado ganar las elecciones locales en uno de los estados de la República, para posteriormente aumentarlos

durante la década de 1990 y con eso tanto el electorado como el partido ganaban una confianza en sí mismos para cambiar al sistema partidario a nivel nacional.

Estas reconfiguraciones en el sistema electoral tampoco se podrían haber dado sin el propio desgaste del sistema, pues “la función del sistema electoral era sostener una estructura de gobierno autoritario mediante el voto corporativo y, si era necesario, como último recurso, el fraude electoral. Lo cierto es que ese sistema entró en crisis, por una creciente capacidad competitiva de los opositores y una cada vez mayor presencia ciudadana en el escenario político” (Reyes del Campillo, 2014: 116). Con esta crisis y las nuevas leyes electorales se elevó la pluralidad de instituciones representativas, o sea partidos políticos, que buscaban influir en el electorado o simplemente una oportunidad de hacerse con un registro.

Entre algunas fuerzas políticas que lograron registrarse como partido político antes y durante la transición del año 2000 se encuentran el Partido del Trabajo (PT) creado en 1994 y proveniente del Movimiento Urbano Popular, el Partido Verde Ecologista de México (PEVM) creado en 1997 y que debe su nombre al auge ecologista mundial de los '90 buscando simpatizar con el electorado mexicano que comulgaba con esta ideología, el partido Convergencia creado en el año 2000 (hoy Movimiento Ciudadano), todos ellos vigentes hasta el día de hoy y que jugarán un papel más o menos destacado dentro de los cambios en el sistema de partidos más adelante. También es destacable el partido Nueva Alianza pero su creación fue hasta el 2006 y hoy en día ha perdido su registro.

Es así como se da el realineamiento electoral y el PRI empieza a perder toda la fuerza de bases sociales, ya no tenía la misma fuerza de movilización para poder promocionar a sus candidatos oficiales y ya no podía darles el mismo apoyo a sus políticas gubernamentales, de igual forma también disminuyó su capacidad de orientar el voto por medio de las organizaciones corporativas (Reyes del Campillo, 2014). Claramente se puede empezar a notar cómo comienza el cambio en el comportamiento electoral, las preferencias empiezan a matizarse en el sistema de partidos mediante el voto hacia otros partidos que no fuesen el partido hegemónico, ya que ahora hay otras alternativas que no importando tanto su orientación ideológica, pues esta ha dejado de fungir como determinante para el desarrollo y actuar de los partidos, llaman la atención de la ciudadanía por ser una opción diferente.

No hay que dejar de lado al PRD, una fuerza política que de igual manera se había formado bajo el declive del sistema y la presión hacia la apertura electoral, este partido nace en 1989 después de la elección del año anterior en donde el candidato de la izquierda, conglomerada en el Frente Democrático Nacional, Cuauhtémoc Cárdenas perdió de manera fraudulenta ante el candidato del partido oficial Carlos Salinas de Gortari. Esto ayudó para que el partido del sol azteca ganara mayor popularidad e incremento de sus filas, postulando al mismo candidato tanto para las elecciones federales de 1994 y 2000.

De esta forma se empieza a delinear una nueva conformación del sistema de partidos con dos importantes contendientes, el PAN y el PRD, así como también con otros partidos pequeños desde su concepción han optado por depender de los grandes partidos formando coaliciones.

Como ya se ha mencionado más arriba, los partidos hacen uso de una ideología para crear una cohesión interna que les permita, en un principio, institucionalizarse, esto lo hicieron los tres partidos importantes para finales de siglo el PRI, el PAN y el PRD, no sólo colocándose en un punto del espectro político sino consiguiendo ser reconocidos legalmente por el Estado. El paso lógico es la profesionalización lo que los convierte en maquinarias electorales que sirven solamente a sus propios intereses, que son naturalmente la búsqueda de votos para convertirlos en escaños, desvinculándose de la ciudadanía.

El PRI desde que cambió sus bases de reclutamiento y llegaron los denominados ‘tecnócratas’ es cuando más se desvinculó con sus bases lo que dio paso a la crisis del sistema como ya lo hemos visto, el PAN al ser el objetivo de mira del empresariado igualmente perdió los vínculos con su electorado de base, ya que, aunque su candidato ganó la presidencia se debió más a su promoción y a su carisma que a la preferencia de su partido y de su electorado, no por otra cosa su gobierno se caracterizó por estar paralizado debido a la carencia de mayoría -y de apoyo- en el Congreso.

Es así como se hace uso de herramientas que contrarían los principios ideológicos del partido pero son útiles para lograr sus metas, una de ellas es la coalición y aquí es donde podemos mencionar al PRD, el cual no perdió su legitimidad como partido opositor hasta mucho después, pero que estuvo abierto a coaligarse con el PAN para hacer frente al PRI

(coalición que se hizo realidad años más adelante y en contiendas estatales), esto nos lo menciona Reveles Vázquez:

Antes de que iniciara la campaña oficial, el PAN Y el PRD se enfrascaron en arduas negociaciones para ver si podían constituir una coalición electoral en contra del PRI. Teniendo ya como abanderados a Fox y a Cárdenas, respectivamente, ambos partidos y candidatos no lograron llegar a acuerdos principalmente sobre cómo se definiría el postulado por la alianza. Mientras que los perredistas pugnaban por hacer una elección primaria, los panistas preferían un sondeo de opinión. Ninguno de los candidatos declinó en favor del otro y finalmente la alianza no se realizó. (2014: 19)

Esto no desvirtúa el logro que significó la apertura hacia la democratización electoral, pero es importante mencionarlo para aclarar que los partidos en México a pesar de poder aumentar su competitividad y cambiar las reglas para la igualdad entre ellos, no son reacios a coaligarse aun con las diferencias ideológicas e históricas que les sirvieron de base para posicionarse dentro del sistema de partidos.

Con este claro panorama de lo que deparaba las elecciones del año 2000 podemos mencionar los resultados y la posición que cada partido tomó, para dichas elecciones el PRI fue solo, sin coalición, con su candidato Francisco Labastida; el PAN formó una coalición con el PVEM llamada “Alianza por el Cambio”; y el PRD también se lanzó a las elecciones en una coalición con varios partidos de izquierda minoritarios, entre ellos los ya mencionados PT y Convergencia, llamada “Alianza por México”. El triunfo fue para la “Alianza por el cambio” y significó la derrota del PRI frente al PAN con 16 millones de votos a su favor, representando más del 42% de la votación (Reveles Vázquez, 2014).

El PRI quedó en segundo lugar y el PRD en tercero, sin embargo no fue una gran derrota para el revolucionario institucional pues logró mantener una buena parte del legislativo federal y de gobiernos estatales, conservando el 42% de la cámara de diputados y 46% del senado contrastando con el 44.8 y 39.06% para la coalición de Fox (Becerra Chávez, 2019), fue así como el expresidente Fox tuvo que intentar hacer negociaciones con el PRI e incluso con sus propio partido de coalición que terminó aliándose al otrora partido hegemónico.

A pesar de mantener una mayoría relativa en comparación con el partido gobernante nos encontramos con un PRI que necesitaba saber actuar como oposición, algo que nunca había tenido que hacer fuera de algunas contiendas por la gubernatura en pocos estados, una oposición ante la figura principal sobre la que se erigía (y erige todavía) el sistema político mexicano, el presidente de la República, este líder *hecho* natural que durante 70 años el revolucionario institucional construyó para perpetuarse en el poder. En las elecciones del 2000 el PRI frente a su poca pero significativa pérdida de votos tuvo que plantearse sus dilemas de transformarse sin haber creado un auténtico liderazgo ni haber definido sus horizontes programáticos en este nuevo tablero de juego (Espinoza Toledo, 2005).

Esta apertura de la lógica electoral que llevó a lo que Reyes del Campillo (2014) denomina el *tránsito de la zona de no competencia a la zona de competencia* fue producto tanto de una estrategia por parte del gobierno para mejorar su imagen después de décadas de desprestigio, tanto como de los partidos opositores que siempre buscaron una mejora de las condiciones de leyes y de igualdad en la competencia electoral. Así es como los partidos en esta nueva arena política se convirtieron en adversarios contra el PRI ya no como enemigos ni de este ni del régimen. El mismo autor ya mencionado nos coloca en la situación del sistema de partidos a principios de siglo, las consecuencias de todo el proceso y de las expectativas que se tenían de él, la relación estratégica entre los partidos y el surgimiento de instituciones que permitían estas nuevas relaciones, pues:

[...] lo que se destaca es que las estrategias partidarias permiten hacer presente altos niveles de competitividad en prácticamente todo el país. La construcción de organismos electorales independientes y autónomos dio como resultado la disminución de las asimetrías en torno a las prerrogativas y el financiamiento público a los partidos políticos. Con ello, un nuevo escenario partidario se construyó al establecer una mayor equidad y un conjunto de condiciones para establecer un sistema más competitivo. De lo anterior surge un tipo de sistema de partidos moderado, a partir de un realineamiento político electoral con su debido sustento social y electoral. La función del nuevo sistema fue hacer de las elecciones la vía de acceso a los roles de gobierno, en donde se privilegiaría la capacidad de competir en el mercado electoral. (Reyes del Campillo, 2014: 120)

La antesala de las elecciones intermedias del 2003 y los resultados

La constante distintiva de los gobiernos panistas es el gobierno dividido no sólo como el PAN hecho minoría frente a los demás partidos, sino que el propio partido se encontraba fraccionado en el interior entre grupos que estaban de acuerdo con el plan político de Fox y quienes no. El partido en el gobierno pensó ingenuamente que al hacerse con la presidencia podría cambiar a su disposición una estructura firme y bien añejada en los barriles priístas, lo que se encontró fue un partido hecho por primera vez oposición que se negaba a dejar el poder y que, durante la primera mitad del gobierno foxista, se dedicó a servir de muro y traba frente a las ‘reformas estructurales’ que había prometido Fox durante su campaña, creando una competencia, no electoral y formal sino una que tenía como objetivo el desprestigio de la imagen del otro partido.

Un ejemplo de esta confrontación en la que se basó la primera mitad del nuevo gobierno es la intervención de la TEPJ, pedida por el PRI en agosto del año 2000, para investigar un presunto financiamiento ilícito a la campaña de Fox, dos años después en el 2002 la TEPJ le ordenó al entonces IFE reabrir dicha investigación que había sido cerrada consiguiendo que el PAN fuese multado y el PRI saliera victorioso con una advertencia para el presidente de que no sería fácil derribar al antiguo partido hegemónico. Simultáneamente el gobierno hizo público un desvío de recursos por parte de PEMEX destinados al sindicato de la petrolera y que sirvieron para la campaña presidencial de Francisco Labastida dos años antes, la dirigencia del PRI lo negó y pidió al presidente no usar la justicia como arma política -lo cual resulta a todas luces irónico-, y así fue como los dirigentes priístas se cerraron a toda colaboración con el presidente y lo que sellaba de manera definitiva la parálisis del ejecutivo en su gobierno (Espinoza Toledo, 2005).

Así se mantuvieron las cosas durante el resto del año hasta la elección intermedia de 2003 donde el PRI logró reunir un 35% de los votos, que se traducía en 225 diputados y que sumarían 17 más con los de su nuevo aliado, el Partido Verde, 242 en total para el bloque priísta. (Becerra Chávez, 2019).

Aun con la votación baja para el PRI, y baja en general, logró recuperarse como primera fuerza política electoral del país dejando al PAN como segunda fuerza y perdiendo

diputaciones a comparación de las elecciones del año 2000, pues su bancada pasó “ [...]de 207 diputados (137 de mayoría relativa y 70 de representación proporcional) a sólo 151 integrantes (80 de mayoría relativa y 71 de representación proporcional), con lo cual también se diluyó su presencia en el control interno de dicha cámara [...]” (Alarcón Olguín, 2005: 74).

Mientras, el PRD tuvo una mejoría con respecto a la elección pasada pero seguía estando en el tercer lugar, este aumento fue gracias al desempeño del partido en el entonces Distrito Federal al obtener muchos triunfos distritales, pasando de 50 diputados a 97 para 2003.

Y a pesar de que en el transcurso de los primeros años del gobierno de Fox hubo posibilidades de alguna negociación, para antes de la elección intermedia el gobierno ya estaba dividido y paralizado enteramente para la toma de decisiones, aunque las promesas de campaña iban orientadas hacia eliminar la corrupción, por ejemplo, el expresidente no pudo siquiera negociar, las decisiones terminaron por ser tan poco relevantes para hacer algún cambio en el régimen priísta que la política nacional siguió como antes lo había hecho.

Las elecciones del 2006: La continuación de la pluralidad y del desacuerdo

Hasta este punto nos encontramos con la clara apertura del sistema partidario hacia una pluralidad no antes vista, en los estados se podían observar competencias bipartidistas en donde antes sólo gobernaba el PRI. Pero lo más importante fue el rompimiento con el sistema de partido hegemónico priísta dando paso a un sistema de pluralismo limitado en la que 3 partidos se compiten los votos para la obtención de los escaños parlamentarios, y aunque durante los años venideros algunos partidos logaron posicionarse dentro del sistema con su capacidad de chantaje y siempre al amparo y cuidado de los grandes, no se modificó sustancialmente el sistema de partidos que hiciera moverse hacia otra de las categorías sartorianas. Por lo tanto el PRI, el PAN y el PRD serán las tres fuerzas políticas en las que los electores se moverán tanto en el voto como en la identificación partidaria, lo cual será analizado más adelante.

El PRI tenía que comportarse como verdadero partido político competitivo, el PAN debía estar en consonancia con su presidente vigilándolo pero también apoyándolo, cosa que no logró, y el PRD tenía que superar su lucha interna entre grupos y facciones que después de la última candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas le habían evitado levantarse por encima de su tercera posición.

Durante este periodo y antes de la siguiente elección presidencial ya se venía construyendo la figura y candidatura de Andrés Manuel López Obrador, ya que había sido el jefe de gobierno del Distrito Federal en el periodo 2000-2005 por parte del PRD, partido que desde 1997 no había dejado de gobernar en aquella entidad, era el claro sucesor de Cárdenas y poseía también un carisma en el que se movería el aparato de su partido durante varios años más. Incluso desde antes de su candidatura oficial ya se postulaba como el más fuerte para ganar la presidencia, sin embargo la presencia del PRD en esos momentos solamente se hacía notar con intensidad en el entonces Distrito Federal, en otras entidades tenía una presencia mínima.

Para el año 2006, en donde se llevaron a cabo las elecciones federales para renovar al Ejecutivo y al Legislativo dentro de una apertura de la democracia procedimental y con un sistema partidario más competitivo, se pudo ver que la lógica de la competencia seguía moviéndose dentro de las tres líneas de los partidos mayores, sin embargo el orden de estos en los resultados fue lo que varió, lo que también es una fuente de información para comprender los realineamientos y los tópicos que trae consigo una democracia en ciernes.

El PVEM desde años atrás se había movido a favor del PRI fungiendo como soporte y base electoral al aliarse con él, formando la coalición “Alianza por México” y postulando a Roberto Madrazo, el PAN decidió de nuevo actuar de manera independiente y por candidato postuló a Felipe Calderón Hinojosa, mientras que el PRD formó una coalición con el PT y Convergencia, o mejor dicho estos ‘se pegaron’ a él, que se denominó “Coalición por el Bien de Todos” con Andrés Manuel López Obrador a la cabeza, por otra parte el Partido Nueva Alianza no podía coaligarse con ningún otro debido a su condición de partido de nuevo registro, así que postuló a su propio candidato, Roberto Campa.

Esta elección se caracteriza por ser la más competida de la historia de México, la diferencia porcentual entre el primer y segundo lugar no llegó ni siquiera a un punto, además de que toda la contienda estuvo marcada por campañas negativas entre los tres partidos protagonistas que su principal meta no era la propuesta ni la simpatía con el electorado sino deslegitimar a sus contrincantes políticos y sus partidos, en un principio el PAN y la “Alianza por México” se lanzó en contra del candidato perredista, a lo que éste respondió al mismo nivel, para después convertirse en una batalla, si se permite la expresión, de “todos contra todos”.

Después de la jornada electoral del 1ro de julio se desencadenó mucha tensión con respecto a los resultados, pues tuvo que haber al menos dos recuentos de votos más para estar seguros de quien había ganado. Después de 5 días más, el 6 de julio se dieron los resultados definitivos:

[...] el consejero presidente Luis Carlos Ugalde anunció que el candidato del PAN, Felipe Calderón había recibido 15 millones 284 sufragios, equivalentes a 35.89% de la votación total. El candidato de la coalición Por el Bien de Todos, Andrés Manuel López Obrador, obtuvo 14 millones 756 mil 350, equivalentes a 35.31% de la votación total, mientras que Roberto Madrazo, postulado por la APM, recibió 9 millones 301 mil 441 votos, equivalentes al 22.26%. La diferencia final entre el primer y el segundo lugares fue de tan solo 0.58 puntos porcentuales, la más reducida de toda la historia electoral de México. (Becerra Chávez, 2008: 27)

En las elecciones para presidente se dio una lógica claramente bipartidista entre el PAN y el PRD pero en las votaciones para diputados y senadores puede observarse la competencia tripartita. Estas elecciones fueron un duro golpe al partido tricolor ya que sus índices de votación fueron los más bajos en su historia, y a sólo 6 años de la alternancia, tanto para el candidato Roberto Madrazo que recibió 9 millones de votos como para los diputados priístas, ya que hubo una diferencia de 2 millones de votos en comparación para las dos cámaras llegando a 11 millones de votos, este porcentaje se encontraba muy cerca de los que obtuvo la coalición de López Obrador, demostrando que aún había competencia entre los tres partidos.

Votación en las elecciones federales del año 2006

	% votación presidencial	% de votación Congreso	Número de diputados
PAN	35.89%	33.39%	206
“Coalición por el Bien de Todos” (PRD-PT-Convergencia)	35.31%	28.99%	158
“Alianza por México” (PRI-PVEM)	22.26%	28.21%	123
Partido Nueva Alianza	0.96%	4.54%	9
PASC	2.70%	2.05%	4

Fuente: Elaboración propia con datos del INE y el TEPJF

El PAN tuvo una mejora sustancial a comparación de los 151 escaños de las elecciones del 2003 quedando con el mismo número que en el 2000, colocándolo como la primera fuerza política, además de poseer la presidencia; el PRD tuvo un aumento propio de 29 escaños a comparación de 2003, pero sumando a los diputados de los partidos de coalición es como se posicionó como la segunda fuerza; el PRI y el PVEM fueron los que perdieron más representación ya que obtuvieron sólo 123 escaños a comparación de los 242 de las elecciones anteriores descendiendo a tercera posición, mientras que los partidos minoritarios, Partido Nueva Alianza y el Partido Alternativa Socialdemócrata y Campesina (PASC), obtuvieron algunas diputaciones que ni juntándolas harían de importancia para las negociaciones.

El gobierno seguía aún dividido ya que el partido del presidente no contaba con la mayoría calificada para actuar, y el PRI decidió jugar su papel de partido bisagra para cualquier decisión que quisieran tomar los otros dos partidos o el presidente ya que fue el partido más importante de los que quedaron como minoría. El que no hubiera una mayoría en ningún partido se entendió como un ‘equilibrio’ en el sistema político pues ya no se podían tomar las decisiones de manera indiscriminada por el partido en el poder.

Desde la alternancia en el año 2000 el poder Legislativo tomó un nuevo rol en donde ahora le tocaba ser real contrapeso del ejecutivo, sin embargo esta nueva configuración de las cámaras no se queda ahí sino que se traslada al sistema de partidos al despertar

principalmente dos inquietudes; la capacidad del Congreso para actuar sin un gobierno unificado y el riesgo de ingobernabilidad como resultado de una parálisis legislativa (Reyes del Campillo, 2008). Las constantes tensiones que hubo entre los tres partidos no fue impedimento para que el poder legislativo siguiera operando con normalidad, la diferencia fue que ya no eran las iniciativas del ejecutivo las que predominaban en el debate y la decisión, ahora eran las iniciativas del legislativo, había disminuido la presencia del presidente, por lo que ni el legislativo dejó de cumplir con sus obligaciones ni hubo una parálisis legislativa que evitara su funcionamiento.

Otra de las características de la elección de 2006 fue el voto diferenciado que hubo entre los candidatos presidenciales y sus partidos para la conformación del Congreso, principalmente con el PRI y el PRD, el PAN pudo conservar la presidencia debido a que la alternativa de izquierda, López Obrador, no logró una gran notoriedad como en el centro del país, como ya se ha mencionado, y las grandes posibilidades que obtuvo las podemos entender de la percepción generalizada de que el nuevo cambio con el partido blanquiazul no fue uno verdadero, mucho de lo que se esperaba no fue satisfecho, todo debido a la minoría del partido en el Congreso y la incapacidad del presidente para negociar con los partidos, y por lo tanto se inclinó la balanza a otra alternativa, una que no fuese el PRI.

La tendencia no cooperadora de la partidos

¿Hasta ahora qué podemos observar de los cambios en el sistema de partidos y de los realineamientos del electorado desde los años de la transición hasta las elecciones federales del 2006? Lo que principalmente llama la atención son cuatro cosas: los gobiernos divididos, el cambio a un sistema de partidos de pluralidad limitada, o pluralismo moderado, la poca cooperación entre los grupos parlamentarios de cada partido en lo general, actuando más como obstaculizadores que como partidos abiertos al diálogo y la cooperación, y los cambios de las preferencias partidarias del electorado.

Lo primero que vamos a destacar será el evidente y bien conocido cambio del sistema de partidos a nivel nacional, ya que de manera local en los estados la competencia se ha dado en bipartidismos, pluralidad de 3 o más partidos y la hegemonía de uno solo. Hay que resaltar

esos cambios hasta el año 2006 para poder comprender cómo fueron los primeros años de la transición y cómo se desarrolló tanto el poder legislativo, que bien ligado está al ejecutivo pero ya no como subordinado sino como campo de juego nuevo y distinto en el que las fuerzas políticas se enfrentaban de manera casi independiente a él, pero del que el primero depende para gobernar y el segundo para legitimarse.

La importancia que fue tomando el poder legislativo y la pérdida de los poderes metaconstitucionales del presidente es consecuencia del cambio en el sistema de partidos, no fue causa de su nueva configuración tripartita. Ya vimos que la oposición demandó y negoció con el régimen la apertura electoral y la real competencia, de cómo la creación de órganos descentralizados y autónomos permitieron que las elecciones fueran verdaderas manifestaciones del voto popular. El cambio del eje estratégico de la oposición de régimen/anti-régimen pasó a definirse totalmente en un eje ideológico de izquierda-centro-derecha (Lujambio, 2001), este nuevo eje ha perdurado más o menos hasta la actualidad en un periodo presidencial donde regresó el gobierno unificado en manos de un nuevo partido, lo cual será mencionado más adelante.

Las votaciones de cada uno de los tres partidos protagonistas de la escena política fueron variando en cada elección, dependiendo los puestos que estaban en juego, históricamente hemos tenido mayor participación en elecciones para elegir al presidente de la República, donde también se renueva al senado y la cámara de diputados, que en las elecciones intermedias cada tres años para renovar solamente la cámara baja. Los resultados de la elección del 2000, resumidos, quedaron como se muestra en la siguiente tabla.

Votación de los partidos en las elecciones federales del año 2000

	% votación presidencial	% votación cámara baja	% votación cámara alta
“Alianza por el cambio” (PAN- PVEM	42.52%	38.24%	38.11%
PRI	36.11%	36.92%	36.75%
“Alianza por México” (PRD.PT- Convergencia-PAS- PSN)	16.64%	18.68%	18.85%

Fuente: Elaboración propia con datos del INE

Es claro que fue holgada la victoria del PAN frente al PRI para sacarlo de la presidencia, sin embargo quedó como clara minoría frente a la oposición del PRI y el PRD tanto en la cámara de diputados como en el senado.

Esto es sólo para contextualizar la marca general durante todo el sexenio pues lo mismo sucedió en el año 2003 y en 2006, aunque en esta última votación el PRI descendió hasta el tercer lugar.

Una vez que hemos visto que el sistema de partidos se pluralizó, se dinamizó al mantenerse en movimiento estas tres fuerzas políticas dentro del Congreso, podemos explicar las otras dos cuestiones entrelazadas: el gobierno dividido y la tendencia a la no cooperación de los partidos para con el presidente. Para ello nos valdremos de una breve parte del esquema conceptual de Juan Linz adaptado por Alonso Lujambio para el caso mexicano.

El gobierno dividido se da tanto por la conformación de ambas cámaras en donde ningún partido encuentra mayoría absoluta, o mayoría calificada sumando los legisladores de sus coaliciones, como por la expresa negación de los partidos opositores a cooperar con el presidente para lograr su programa político, esta no cooperación se debe a la falta de incentivos que tiene la oposición (Lujambio, 2001). La siguiente explicación recuerda en

general a la teoría de juegos en donde cada partida entre los jugadores es de suma cero, el ganador se lleva todo y el perdedor no se lleva nada.

Si un partido opositor decide cooperar y el resultado de su cooperación es un éxito los beneficios político-electorales serán acaparados por el presidente y su partido y no por el partido que cooperó, si el resultado fracasa los costos políticos serán tanto para el presidente y su partido como para los demás que hayan conformado la coalición, mientras que los partidos exentos de dicha coalición serán beneficiados electoralmente.

De las dos opciones que tienen los partidos opositores ya cooperar, ya no cooperar con el partido del presidente, se pueden deducir 4 posibles resultados:

-El partido coopera y hay éxito: habrá éxito en la decisión de la coalición pero no habrá beneficios para el partido cooperador, ya que son capitalizados por el presidente y su partido.

-El partido coopera pero no hay éxito: si el resultado fracasa tendrá que compartir los costos totales.

-El partido no coopera y hay éxito: no tendrá que luchar por los beneficios pero tampoco tendrá costos electorales que pagar quedando justo en el lugar en el que comenzó.

- El partido no coopera y la coalición fracasa: tendrá los beneficios de no ser percibido ante la opinión pública como un agente perjudicador.

La manera más racional de actuar, por lo tanto, de los partidos opositores, sería la no cooperación -incluso hacer de oposición- esperando el fracaso del partido del presidente obteniendo beneficios electorales, el resultado es la parálisis institucional ya que el presidente no cuenta con mayoría, pues la oposición resuelve que de la cooperación no puede esperarse nada seguro.

Este fenómeno es mucho más notorio en sistemas partidarios en los que hay pluralidad limitada, siendo el caso mexicano durante ese sexenio con 3 partidos protagonistas, ya que los partidos tenían una ambición presidencial y reales oportunidades de hacerla realidad. Los partidos que no tienen esta ambición se limitan a parasitar de los partidos más importantes, el PVEM, el PT y el entonces Convergencia hacían uso de su capacidad de chantaje no para recibir beneficios de aprobación de la opinión pública y el electorado sino

para sus meros fines partidarios como son el mantenimiento de su registro y la obtención de escaños en el Congreso -meta también presente en los partidos grandes pero menos consideradas al tener seguros ciertos porcentajes de votación-.

Hay que recordar que dentro de la clasificación de Sartori de los sistemas de partidos la pluralidad limitada va de 3 a 5 partidos importantes, y solamente con el paso de los años el Partido Verde y el del Trabajo han logrado ser importantes al afectar la dirección de la competencia, pues sus votos y escaños cuentan, pero hasta ese momento no eran lo suficientemente notorios para asegurar un lugar en el sistema de partidos.

Siguiendo con Lujambio (2001), otra de las variables que pueden determinar la cooperación es la cercanía de las elecciones presidenciales, pues las decisiones parlamentarias durante la segunda mitad del periodo legislativo serán más propensas a la competitividad, alejando a los partidos y debilitando posibles acercamientos.

Todo esto sirve para explicar de manera concreta lo que sucedió en el primer gobierno panista, un gobierno dividido parlamentaria e ideológicamente en el que el poder del presidente se hallaba disminuido en paralelo con la creciente importancia del Congreso. Pero como se mencionó más arriba esto no fue una parálisis legislativa en donde no cupiera decisión de ninguna clase, sólo no pudieron hacerse manifiestas ciertas decisiones venidas del ejecutivo. Así como, de igual forma, la disciplina partidaria todavía era parte de la toma de decisiones, principalmente en el PRI, un vástago del que no se había librado, problema también del PRD al tener entre sus filas un arraigado pensamiento antipriísta. Más adelante veremos como dicha disciplina y homogeneidad fueron cada vez menos un problema entre los partidos, pues no debe pasarse por alto que estos partidos ya se encontraban institucionalizados y reconocidos por el Estado, eran, pues, ya unas consagradas maquinas electorales cada vez más deslindadas del electorado.

Un ejemplo de cooperación puede ser la continuación de la política económica de corte neoliberal comenzada por el PRI, estas decisiones tuvieron apoyo parlamentario del PAN ya que fue el resultado de la negociación para la apertura de la democracia procedimental y de que confluían con demandas históricas de la ideología centroderecha panista.

El voto diferenciado que hubo entre el electorado de una elección a otra respecto a la conformación de las cámaras y la elección del presidente responde, primero (y de manera más evidente) a la diferencia de participación entre elecciones intermedias y elecciones presidenciales, y segundo a que las identificaciones partidarias no eran tan estrechas con los partidos, si los candidatos presidenciales del PAN y el PRD lograban alcanzar niveles altos de votación era por sus cualidades carismáticas o por la promoción de su imagen como promotora del “cambio real”, pues el PRI durante la transición y antes de 2006 era mayoría parlamentaria por sus más sólidas bases electorales y corporativas. El electorado se movía entre los tres partidos porque para ellos cada uno representaba una posición en el espectro político; PRD izquierda, PRI centro y PAN derecha, a pesar de que el PRI ya había realizado acciones que lo colocaban del lado de la derecha.

Las elecciones intermedias del 2009: el ascenso priísta

En lo que respecta a estas elecciones no se puede mencionar mucho conforme a los resultados, pues sólo se renovó la cámara de diputados por medio del voto ciudadano y no hubo cambios significativos, sin embargo sí hay cosas que decir del porqué cambiaron los lugares de los tres grandes partidos. El regreso silencioso del PRI y el posicionamiento más o menos estable de los partidos minoritarios en el sistema de partidos. Los resultados de las votaciones podrían simplemente entenderse como el reacomodo de los partidos en el sistema debido, solamente, al voto de castigo hacia el PAN por el mal manejo del gobierno, pero lo que de verdad importa es el detrás de estas elecciones que marcaron el rumbo para la contienda presidencial del 2012.

Dos años antes de la elección federal el PRI había tenido elecciones internas para decidir la dirigencial nacional del partido para el periodo 2007-2011 ofreciéndole una relativa estabilidad en comparación con los otros dos partidos (Oliva, 2011), mientras que la misma decisión de la elección de dirigente nacional fue la principal causa, mas no la única, de que tanto el PAN como el PRD se vieran envueltos en problemas internos haciéndolos incapaces de coordinarse para enfrentarse en las elecciones.

Javier Oliva (2011) nos menciona algunos puntos centrales en los que se basaron los resultados en las elecciones del 5 de julio del 2009: primero están los ya mencionados problemas internos del PAN y el PRD, de los que ya hablaremos en breve, después nos resalta la mala imagen por parte de los ciudadanos hacia el gobierno panista de Calderón producto de la lucha contra el narcotráfico -repercusión en el voto del PAN acentuada además por el propio partido al querer vincularse con la gestión del presidente-, una auténtica guerra que trajo consigo una ola de violencia en todo el país, y al final tenemos la crisis económica y su manejo, así como la epidemia de la gripe A (H1N1), lo que terminó de contribuir al desgaste del PAN y el ascenso del PRI.

Lo que sucedía dentro del PAN fue el enfrentamiento entre dos facciones, una encabezada por Germán Martínez, que en los años 2006 y 2007 fue secretario de la Función Pública en el gobierno de Calderón, muy apegado al ejecutivo y que coadyuvó a la centralización del partido en un grupo de apoyo total hacia el presidente y sus decisiones, y por el otro lado un grupo disperso de líderes que estaban en contra de tal centralización y buscaban una mayor autonomía del partido frente al presidente.

Dentro de esta pugna también se tuvo que lidiar con un miembro del partido identificado con la facción de la extrema derecha, Manuel Espino, el anterior presidente nacional del partido sucedido por Germán Martínez, que se anteponía ante el presidente al decir que éste, al adoptar una posición de cierta cooperación con el PRI, había traicionado los intereses del partido.

La centralización del partido en ese grupo de apoyo al presidente logró un mejor entendimiento entre partido y gobierno pero provocó conflictos locales que afectó en la cohesión del partido y la lealtad de sus líderes, llegando a perjudicar, en última instancia, su desempeño electoral (Reveles Vázquez, 2010). Esto permitió que en algunos estados donde la competencia bipartidista era entre PRI y PAN los votantes se inclinaron por el primero, a excepción de Sonora por el incidente de la guardería ABC ocurrido un mes antes de las elecciones. Se podría resumir que:

Más allá de las disputas locales, los resultados electorales revelaron el estancamiento organizativo (del PAN) [...] Durante el 2009 no fueron pocos los conflictos entre las fracciones internas. En general dos tendencias se manifestaron públicamente: por un lado una

encabezada por el Presidente de la República y en la cual participa la dirigencia nacional panista, que sostiene una estrecha vinculación entre gobierno y partido y ha servido de apoyo a las políticas y negociaciones de Calderón en el sistema político; por otro, una tendencia integrada por diversos liderazgos personales que, en general, cuestiona la pérdida de las cualidades del partido como instrumento de representación ciudadana, que impugna su falta de autonomía frente al gobierno y que cuestiona las alianzas del Ejecutivo y de la dirigencia con factores reales de poder. (Reveles Vázquez, 2011, p. 101)

En el PRD sucedió un caso similar, una pugna de facciones que se remontaba dos años atrás en las elecciones del 2006 cuando López Obrador perdió la presidencia y se proclamó como “presidente legítimo”. Con el ‘plantón’ en avenida Paseo de la Reforma de AMLO la facción denominada Nueva Izquierda (NI) se manifestó en desacuerdo con tal acción ya que temía que repercutiera en los votos el cerrar una avenida tan importante y transitada por los capitalinos, tampoco veían con buenos ojos sus “Redes Ciudadanas”, que se basaban en otorgar credenciales a todo aquel que simpatizara con su movimiento como miembro del “Gobierno legítimo”, en general para esta facción mayoritaria de la NI ninguna acción del pasado candidato en las elecciones del 2006 le resultaba grata.

Por otro parte se encontraba la otra cara del PRD, una facción igualmente mayoritaria que apoyaba a López Obrador y a su movimiento, la Izquierda Unida (IU). Para las elecciones de la dirigencia nacional del partido del 2008 se enfrentaron dos candidatos, cada uno correspondiente a una facción; Jesús Ortega por parte de NI y Alejandro Encinas en IU quien era apoyado por AMLO, después de mucha controversia y la intervención del TEPJF se declaró a Jesús Ortega como el nuevo presidente del partido, limitando el poder y la influencia de López Obrador. Para sorpresa de nadie las inconformidades no se hicieron esperar y este suceso llevó a que muchos miembros destacados del partido salieran de él o se pasaran a otros partidos (Ramírez María Teresa, 2011).

Otro problema del PRD fue el mismo López Obrador, pues su carisma y liderazgo fue determinante para desplazar el voto ciudadano hacia otros partidos, en específico hacia el PT y Convergencia, sus antiguos aliados pero ¿por qué?, Teresa Ramírez (2011) nos explica el trasfondo de esto y se debe a que, en la entonces delegación Iztapalapa, se había hecho un cambio de último momento en la candidatura del PRD. De nuevo se encontraban

enfrentadas ambas facciones y el TEPJF intervino una vez más al revocar a la candidata Clara Bruguera y dársela a Silvia Olivo. En las boletas seguiría apareciendo el nombre de Bruguera, pero el voto sería para Olivo. López Obrador ideó una táctica para que la delegación fuese para Bruguera, llamó a la ciudadanía a votar a favor del candidato del PT pues esto en última instancia se traduciría, dentro del complejo plan, en la victoria para Bruguera e IU.

Tal acción desconcertó al PRD y por parte de NI se pedía que se expulsara a López Obrador ya que perjudicaba a la institución al mover el voto hacía otro partido, sin embargo el riesgo de sacarlo del PRD era mayor que el problema mismo debido a la alta popularidad de AMLO.

Con este escenario en donde dos de los partidos principales del sistema se encontraban en una crisis interna es donde se desarrolla la elección del 2009, para éstas el PAN y el PRD fueron en solitario y solamente hubo dos alianzas; la primera fue entre el PRI y el PVEM y la segunda estaba conformada por el PT y Convergencia llamada ‘Salvemos a México’, sin embargo, durante estas elecciones el nuevo diseño legal obligaba a los partidos a presentarse en las boletas de manera individual y no bajo un solo emblema, que era como se hacía antes al formar coaliciones, además, el porcentaje de votación mínima para el mantenimiento del registro había aumentado al 2%, esto representaba un peligro para aquellos partidos que siempre habían estado al amparo de los tres grandes y por lo que el PT y Convergencia se cobijaron bajo la tutela de López Obrador aprovechando su distanciamiento con el PRD. Ambos partidos en realidad no habían dejado de apoyar a AMLO después de las elecciones del 2006 y éste todo el tiempo fue la cara de tanto del PT como de Convergencia en la coalición (Becerra Chávez, 2011).

Resultados de las elecciones intermedias de 2009

	% votación	Número de diputados
PRI	36.9%	237
PAN	28%	143
PRD	12%	71
PVEM	6.7%	21
PT	3.7%	13
Convergencia	2.5%	6
PANAL	3.4%	9

Fuente: Elaboración propia con datos en: Becerra Chávez, 2011.

El PRI terminó siendo la primera fuerza política con casi la mitad de la cámara, incluso rebasándola si sumamos a los diputados del PVEM con quien hizo coalición resultando en una mayoría absoluta, el PAN cayó a segundo lugar y por consiguiente el PRD también bajó de posición hacia la tercera, mientras que el PT y Convergencia obtuvieron una mínima parte de la cámara y este último partido apenas y superando el umbral de votación.

El gobierno dividido vuelve a presentarse ya que una vez que el PAN perdió la mayoría y tuvo que intentar negociar con el PRI durante la segunda mitad del sexenio, lo que resultaba aún más difícil por la continuación de las campañas negativas entre el PAN y el PRI antes de las elecciones.

Nos podemos dar cuenta de cómo los partidos minoritarios, en especial el PVEM, empiezan a tener una cierta estabilidad dentro del sistema de partidos, cosa que deben gracias a su formación y condición de partidos mercenarios con capacidad de chantaje. El mismo PVEM se colocó como tercera fuerza política del país y en algunas entidades incluso llegó a superar al PRD arrebatándole el tercer lugar.

Sin duda una causa del desplazamiento del PAN fue el voto de castigo del electorado, que terminó realineado hacia el PRI, pero también lo fue la mala gestión del gobierno en su guerra contra el narcotráfico dando una imagen negativa a la ciudadanía, y principalmente el desgaste interno del PAN y el PRD en sus pugnas por la dirigencia. No se debe obviar la verdad de que los partidos ya no representan un todo coherente y unido sino que dentro se

forman grupos, facciones y disidentes que crean su propia ideología de cómo debe llevarse el rumbo del partido, una fuerte disciplina partidaria como lo fue la del PRI durante 70 años ya no tenía lugar en la nueva competitividad del sistema de partidos que dio lugar al comienzo de la democracia procedimental. Tanto el cambio en el marco legal que daba financiamiento a los partidos políticos, que los libraba de hacer gastos de promoción en las campañas, ya que se convirtió en asunto del entonces IFE, y que el “piso de votación” era lo suficientemente bajo como para no representar un problema a los partidos mayoritarios que ya contaban con una base social consolidada, ha propiciado aún más la desvinculación de los partidos tanto con el electorado como de sus propios ideales y programas, génesis de su fundación y cohesión que los posicionó en el sistema de partidos en primer lugar, ni los grandes ni los pequeños partidos, por causas distintas pero todas dentro del marco formal e informal en el que se desenvuelve el sistema electoral y de partidos, han seguido el camino que ellos mismos se habían delineado.

Elecciones del 2012: la consolidación del retorno del PRI

Las elecciones intermedias del 2009 ya habían desbordado el río que desembocaría en las elecciones presidenciales del 2012; una reestructuración y reacomodo del PRI, el agotamiento y caos interno dentro del PAN y el alejamiento de López Obrador con el PRD.

El sistema de partidos seguía girando en torno a los tres grandes partidos, empero el PVEM y el ahora Movimiento Ciudadano, anteriormente Convergencia, ya tenían un lugar asegurado en las discusiones y negociaciones, pues las coaliciones eran redituables en votos para los partidos grandes como redituables para ellos al obtener posiciones en el gobierno, diputaciones y senadurías en los tres órdenes de gobierno.

Lo que sucedió con el PAN fue el agravamiento de la ya mencionada división que se había creado en torno a los integrantes relacionados con la corriente ‘regionalista’, los mencionados neopanistas, contra un grupo cercano al expresidente Felipe Calderón denominado ‘burocrático-tradicional’ (Alarcón Olguín, 2013), este último siendo originado por él mismo al intentar centralizar al partido en torno a su figura para dirigirlo con mayor facilidad e influir en decisiones que de otro modo no podría.

Esta división interna se vio reflejada de manera plena en las campañas de los candidatos a la presidencia como en las posteriores elecciones. Josefina Vázquez Mota fue la elegida en una elección en la que, de los tres candidatos, ella era la única mujer y que además, debido al problema organizacional del PAN, no pudo capitalizar el apoyo de ninguno de los grupos adeptos a Fox y a Calderón por lo que su campaña no tuvo el apoyo de ninguno y terminó perjudicando de manera general a la candidata.

Podemos deducir que la salida del PAN de la presidencia se debe a dos factores claros:

1.- El partido no supo enfrentar de manera adecuada la vieja maquinaria priísta, terminando por caer en los viejos usos del partido tricolor; corrupción, centralización, reclutamiento burocrático, etc., esto debido a la pérdida de cohesión interna tanto por la llegada de militantes que no conocían la trayectoria del partido ni su ideología como por su desconexión con su base social, que se encontraba en los sectores populares y principalmente en la clase media urbana, evitando que se consolidara una democracia.

2.- La percepción generalizada de la ciudadanía hacia el partido, que vinculaban con la ineptitud para gobernar y enfrentar los problemas nacionales, y esto debido a los gobiernos divididos ocasionados por la falta de cooperación de todos los partidos del sistema y por la actitud reacia a la negociación del expresidente Fox. La crisis interna llevó a que, por otro lado, grupos del partido vieran a las negociaciones de Calderón con el PRI como un error y buscaran separar al partido de la influencia del gobierno. Para, de manera final, manifestarse en el repetido voto de castigo al no ver que el país tuviera una mejora sustancial.

El PRD volvió a postular a Andrés Manuel López Obrador como candidato a la presidencia, y a pesar de que el partido ya no se encontraba en una crisis parecida a la que padeció en 2008-2009, y similar a la del PAN, pues la corriente NI había logrado hacerse con la dirigencia y la secretaria general del partido y por lo tanto ya no había alguna oposición dentro del PRD, su voto estuvo determinado por el distanciamiento de AMLO.

La figura destacada, y no podía ser otra, era el propio López Obrador, líder carismático indiscutible sucesor de Cuauhtémoc Cárdenas, y aquello de que su corriente dentro del partido no hubiese triunfado no representaba un gran problema para él, ya que venía construyendo su propia base de votantes desde varios años atrás antes de la elección

del 2012 con su movimiento social ‘Movimiento de Regeneración Nacional’ (Morena). Este movimiento se nutría de las filas del PRD, el PT y MC.

Por lo mismo de ser la figura más conocida entre el electorado, que lo vinculaba directamente con el PRD, su candidatura no resultaba extraña, como sí lo era para quienes sabían el distanciamiento del político con respecto al partido, al cual antes de las elecciones y de su candidatura ya no presentaba su simpatía y estaba más concentrado en su propio proyecto político. Ya que Morena solamente pudo llegar a ser una asociación civil antes de las elecciones, y no un partido, no logró ser la base de AMLO como él lo hubiese deseado, sin embargo haciendo uso de su capacidad de movilización llamó al voto a sus simpatizantes tanto del PRD y Morena, como de los partidos del cual había sido su virtual rostro, PT y MC, y buscó minimizar las asperezas y distanciamiento con el partido para buscar reconciliación y llegar con cierta organización, de la que él se encontraba muy confiado, a las elecciones. (Becerra Chávez, 2014).

Por otro lado, dentro del PRI hubo tres puntos centrales que perfilaron al partido como vencedor en las elecciones. Algunos años atrás el partido había alcanzado estabilidad organizativa en un acuerdo con las otras corrientes y diseñado una estrategia electoral para obtener mayor número de puestos de elección popular y que pudo observarse su efectividad en las elecciones intermedias de 2009, también mejoraron su imagen pública como partido capaz de lograr acuerdos y por último, el grupo priísta del Estado de México logró crear una candidatura carismática en Enrique Peña Nieto frente al electorado (Lazo Trujillo y Santiago Castillo, 2014).

Como era de esperar el PRI de nuevo formó coalición con el PVEM y ahora se sumaba Nueva Alianza, partido creado por la líder del SNTE, Elba Esther Gordillo, y que gracias al sindicato tenía una sólida base electoral. En las elecciones del 2009 Nueva Alianza había manifestado cierto apoyo al partido tricolor por lo que para las elecciones presidenciales se veía venir la alianza, y en efecto así sucedió, pero de último momento se decidió que no era buena idea ya que dicha alianza podría afectar a la imagen del PRI y se decidió separar, por lo que Nueva Alianza tuvo que competir solo.

Para estas elecciones también desempeñó un papel fundamental el bombardeo constante de los medios de comunicación a favor de la campaña de Peña Nieto, resaltando sus logros como gobernador del Estado de México, las televisoras Televisa y Tv Azteca fueron quienes se encargaron de dicha promoción, teniendo la primera más impacto sobre la ciudadanía. Tema que los demás partidos denunciaron, ya que los gastos de campaña del PRI excedieron el tope especificado por el Consejo General del IFE, sin embargo no se llegó a sancionar al partido.

En lo que respecta a los partidos menores, los partidos MC y PT, identificados tradicionalmente en la izquierda, siguieron con el apoyo incondicional no al PRD sino al líder moral del partido y de la izquierda mexicana desde el año 2000, López Obrador. Ambos se beneficiaron electoral y políticamente de la figura del político tabasqueño logrando conquistar peldaños en las cámaras y algunas gobernaturas estatales y municipales, aún incluso de que los votos por partido se contaran individualmente no importando la coalición en la que se encontraran. Estos partidos aumentaron sus cifras de votación haciendo que una de sus preocupaciones ya no sea la obtención suficiente de estos para el mantenimiento del registro, pues lograron obtener un lugar estable a la sombra del PRD, a costa de su independencia y, por lo tanto, de su creciente dependencia a López Obrador.

Nueva Alianza después de haber salido de la coalición postuló su propio candidato con el que buscó aumentar la popularidad y reconocimiento del partido, así como obtener los votos necesarios para la conservación del registro, y que al ser el partido de más reciente creación hasta ese momento, y con las nuevas reglas de la COFIPE, corría el riesgo de desaparecer.

De todos estos partidos dependientes de las coaliciones el PVEM es el menos dependiente, pues su larga trayectoria política y sus alianzas con partidos grandes como el PAN y el PRI le han permitido ser el más consolidados de estos partidos menores, pero a costo de ser bien conocido como partido mercenario aliado principalmente al PRI desde el 2006. Su programa “ecologista” sólo es un discurso distinto que busca diferenciarlo de los otros partidos que se mueven en el discurso de la democracia liberal y la socialdemocracia, pues en sus decisiones políticas actúa totalmente contrario a lo que dice representar, y a pesar de presentar una opción distinta para muchos electores su verdadero ascenso se debe a sus

alianzas. Su fuerza radica principalmente en las cámaras, y particularmente en la de diputados, sirviendo de apoyo parlamentario para el PRI (Larrosa Haro y López Santillán, 2014).

Del perfil de todos los candidatos se puede decir que era prácticamente el mismo, pues los tres principales tenían una tendencia a seguir con la ‘continuidad’ de las políticas del gobierno panista y priísta. La candidata del PAN mantenía un programa conservador como no podría ser de otra manera viniendo de dicho partido, un ejemplo de ello fue la propuesta de permitir la inversión privada en PEMEX, propuesta también presente en el programa del candidato del PRI. También sugería mantener las políticas en materia de salud y finanzas que se habían implementado en el gobierno calderonista. Por su parte Peña Nieto tampoco presentó un programa novedoso e incluso llegó a proponer políticas de otros partidos como la del PRD de pensión para adultos mayores en el entonces Distrito Federal, otra similitud se dio en materia de seguridad (policía única y retiro paulatino de las fuerzas armadas) o educación (evaluación universal al personal docente). El candidato López Obrador en estas elecciones se mostró más tolerante y moderado, con un discurso un poco menos polarizante que las elecciones pasadas, sin embargo su liderazgo seguía siendo de corte personalista basándose no en una corriente ideológica sino en sus propias ideas, y en efecto aquí ya podemos encontrar algunas de las propuestas que también utilizó en las elecciones del 2018, como la “austeridad republicana”, becas para todos los estudiantes de preparatoria y licenciatura y la no privatización de PEMEX, buscando en su lugar mayor eficiencia e inversión pública, y por lo tanto contrapuesto a los demás partidos; mas con el tema del presidencialismo (otorgar más importancia al ejecutivo) y el corporativismo no se manifestó en contra ya que el PRD también se servía de ellos, y en concreto de este último recurso para engrosar sus listas de votos al igual que el PRI (Reveles Vázquez, 2014).

En general no se puede dejar de observar los partidos se aprovechan del poco interés de la gente y de su fácil propensión a la manipulación, pues los simpatizantes y militantes de los partidos siguieron siendo movilizados ya sea de manera corporativa u orillados por algún interés de un bien o servicio.

Votación de los candidatos y sus coaliciones por la presidencia

	% votación	Número de votos
“Compromiso por México” (PRI-PVEM) Enrique Peña Nieto	38.15%	18,727,398
“Movimiento Progresista” (PRD-PT-Convergencia) Andrés Manuel López Obrador	31.64%	15,535,117
PAN Josefina Vázquez Mota	25.40%	12,473,106
PANAL Gabriel Quadri de la Torre	2.30%	1,129,108

Fuente: Elaboración propia con datos del PREP, INE

Votación y curules para ambas cámaras del Congreso

	% votación cámara baja	Número de diputados	% votación cámara alta	Número de senadores
PRI	42.4%	212	42.19%	54
PRD	20.8%	104	17.19%	21
PAN	22.8%	114	29.69%	39
PT	3.0%	15	3.91%	5
PVEM	5.8%	29	5.47%	7
MC	3.2%	16	0.78%	1
PANAL	2.0%	10	0.78%	1

Fuente: Elaboración propia con datos en: Favela Gavia; Ortiz, R., 2014

En la cámara de diputados el PRI junto con su compañero de coalición, el PVEM, obtuvo casi la mitad, lo que marcaría el seguimiento de los gobiernos divididos y la necesidad de negociar para poder poner adelante reformas -lo cual hizo-.

De lo más destacable de esta elección es el fortalecimiento del PRI al punto de ganar más gubernaturas a nivel estatal, mantenerse estable parlamentariamente y, desde luego, ganar la presidencia, algo que desde el 2000 era casi impensable para la oposición que había ganado en las urnas. También es de suma importancia la relación de AMLO con la izquierda que de a poco se fue deteriorando hasta el momento de quiebre con su partido, el PRD, pero conservando a gran parte de su electorado así como los del PT y MC, partidos quienes le deben su supervivencia al político tabasqueño.

La pronta inauguración de Morena como partido político ya contaba con toda una base de apoyo de simpatizantes y de los otros dos partidos, esto fue clave para que este partido tuviese un papel destacado en las elecciones intermedias de 2015 y aún más en las elecciones del 2018.

Por otra parte el PVEM aquí lo podemos observar como un consolidado partido y como cuarta fuerza política en el país, siendo acentuada su influencia y competencia a nivel estatal, sin embargo esta nueva etapa para el partido estaba condicionada por el PRI, pues gracias a sus alianzas con él fue que ganó terreno parlamentario, convirtiéndose prácticamente en un partido satélite cuyo único propósito es secundar al PRI.

Por último se debe mencionar que para finales del 2012 el expresidente Peña Nieto y los dirigentes nacionales de los tres grandes partidos firmaron el “Pacto por México” un acuerdo para el desarrollo del país con el trabajo conjunto de las principales fuerzas políticas, al que un año después se sumó el PVEM. Acuerdo que no fue bien recibido por la sociedad y que coadyuvo a la capitalización del descontento ciudadano por López Obrador en las elecciones de 2015 y 2018.

Elecciones intermedias de 2015

La principal novedad de las elecciones intermedias del 2015 fue su organización por parte del recién formado INE, sustituto del IFE, una institución autónoma que centralizó muchas de las facultades de los antiguos institutos electorales estatales, así como la facultad de designación de los consejeros electorales locales. Donde el IFE era un colaborador para

las elecciones locales el INE ahora es el encargado de organizarlas y dar cuenta de los resultados por medio de las instancias locales denominadas Organismos Públicos Locales Electores (OPLE's). Su creación fue impulsada por las propuestas de reforma electoral del PAN y el PRD y su aprobación fue durante la ola de reformas de los años 2013-2014 (Becerra Chávez, 2020). Un aspecto de las reformas en materia electoral que se debe mencionar es el aumento del umbral para el mantenimiento del registro de los partidos políticos, subiendo a 3%.

Otra cosa para destacar es la reintegración de la figura de los candidatos independientes en la reforma de 2012, y que desde los años 40 se encontraba prohibida, esto significó un gran paso en la democracia al permitir que cualquier ciudadano pueda postularse a cargos públicos, siempre que cumpla los requisitos, sin la necesidad de ser amparado por un partido político. El apoyo a esta nueva figura fue tal que incluso un candidato independiente ganó una gubernatura; Jaime Rodríguez Calderón ganó las elecciones para gobernador de Monterrey, aunque anteriormente había tenido una carrera política en el PRI, partido al que renunció en 2014. Él mismo se postuló a la presidencia de la República en las elecciones del 2018 y aunque su margen de votación no se comparó con los demás partidos el simple hecho de su candidatura demuestra que los candidatos independientes se erigen como otro complemento que busca favorecer el proceso de democratización -pero frente a esto deberíamos plantearnos más el cómo que el qué-. De igual forma podemos presenciar el aumento de la preferencia del electorado hacia “la persona” y no a los partidos políticos, ya sea por el carisma o el discurso de la figura individual, preferencia que se irá acentuando.

En lo que concierne directamente a los partidos, el PAN intentó tener una diferenciación con respecto al PRI ya que fue parte de las decisiones referentes a las reformas estructurales llevadas a cabo por el gobierno en 2012, después de las elecciones cambió de dirigencia quedando Ricardo Anaya Cortés como el líder del partido, un político con relativamente poca carrera pero que logró con su carisma y con su acercamiento a Gustavo Madero, anterior presidente del partido y figura influyente dentro de él, hacerse del liderazgo panista. Sin embargo en su gestión intentó acercarse a los grupos panistas que habían sido relegados, como los calderonistas, e intentó crear cierta conciliación dentro del partido con los grupos de derecha más conservadores tratando de diferenciarse del pragmatismo del

partido que tenía acercamientos esporádicos con otros, especialmente con el PRD en los estados que gobernaba el PRI, lo que lo alejó paulatinamente de Gustavo Madero y de sus seguidores (Alarcón Olguín, 2020).

El otrora partido de la izquierda mexicana por antonomasia, el PRD, quedó reducido a una tercera posición por debajo de la normalidad, o sea, de que su tercera posición se encontraba más alejada de la segunda que antes. Este partido siguió sufriendo la serie de consecuencias que tenían su origen en su relación con López Obrador, y que dejó al partido a la deriva ya que este reposaba sobre su mito fundacional, el fraude de 1988, que tenía como líder indiscutible a Cuauhtémoc Cárdenas, como ya se ha mencionado en repetidas ocasiones, pero es menester recalcarlo cuanto sea necesario para comprender el desmoronamiento del PRD como fuerza política en el país. Una vez que Cárdenas dejó de ser el líder del partido se abrió el paso para la nueva personalidad carismática, Andrés Manuel López Obrador. En resumen el partido del sol azteca ha tenido como pilares: un liderazgo carismático que sirve de centro de gravedad para la organización, una ideología, en principio, definida de izquierda al ser producto de la conglomeración de la mayoría de los partidos de izquierda existentes hasta su creación, y un discurso basado en su victimización por “los fraudes” de los otros partidos en las elecciones, esto distinguió las postulaciones de Cárdenas y de López Obrador mientras fueron los candidatos al poder Ejecutivo.

Así que, al perder a su líder carismático que, a su vez, transmitiera el conocido discurso ya no tuvo en qué sostenerse, y su orientación ideológica era insuficiente ya que perdió su prestigio al firmar el “Pacto por México” y aliarse con el PAN para elecciones de algunos estados dominados por el PRI, perdiendo legitimidad entre la ciudadanía y entre las facciones del partido que desde su creación han sido numerosas y casi siempre están confrontadas.

Esta misma desconfianza y desprestigio, aunado al caso de los 43 normalistas desaparecidos, suceso que aconteció en Guerrero, estado gobernado por el PRD y que llevó al encarcelamiento del gobernador y la renuncia de sustitutos perredistas, llevó a que el partido entrara en su peor crisis, y que hasta el día de hoy permanece vigente al no poder recuperarse. Incluso durante esos años anteriores a la elección el partido llevó a cabo la renovación de su dirigencia nacional a manos del recién formado INE, que le permitía

organizar dichas elecciones internas, y no por cuenta propia. No había confianza ni cohesión dentro del PRD (Becerra Chávez y Mendoza Valencia, 2020).

Los resultados fueron catastróficos perdiendo curules en el Congreso y, quizá de manera más significativa, la jefatura de la capital, entidad gobernada de manera hegemónica por el PRD desde 1997, frente a Morena y, por consiguiente, frente a López Obrador, quien se encargó de anexar a su anterior partido a su discurso de “la mafia del poder”. De esta manera el PRD comenzó su tormentoso y lento camino de convertirse en minoría, junto con otros partidos que durante más de una década fueron importantes en el sistema de partidos, de cara al partido predominante en que se convertiría Morena.

A pesar de los escándalos que arrastraba el gobierno de Peña Nieto; los 43 estudiantes desaparecidos de Ayotzinapa y el caso de “la casa blanca”, no hubo una pérdida significativa en los votos que lo hiciera perder escaños en las cámaras. El PRI decidió apostar por un acercamiento con el presidente para poder cohesionar a los dirigentes y que los procesos de decisión fuesen más ágiles y crear un bloque sólido no sólo para las elecciones del 2015 sino para las presidenciales de 2018.

Si bien la cantidad de votos con respecto a 2012 disminuyó no fue lo suficiente para quitarle la mayoría al partido tricolor en el Congreso. Sin embargo es importante destacar que a pesar de ser mayoría, el PRI y sus dos iguales, PAN y PRD, ya no tuvieron casi por completo la representación en la cámara, de tener el 95% pasaron a tener sólo el 74.2%, esto debido a que la llegada de nuevos partidos: Morena, Partido Humanista (PH) y Partido Encuentro Social (PES), dispersaron el voto (Navarrete Vela, 2019; Espinoza Ricardo y Rosiles Salas, 2020).

Quizá lo más importante de las elecciones de este año es la participación y el desempeño de Morena, que logró posicionarse como cuarta fuerza política. Pero sus resultados no son tan sorprendentes si se toma en cuenta que la gestación del partido comenzó varios años atrás como ya lo hemos mencionado, era improbable que no lograrán alguna victoria contando de antemano con el apoyo tanto de los militantes del propio partido que fueron parte de él cuando aún era un movimiento social y una asociación ciudadana, como de los electores de los partidos de izquierda, PRD, PT y MC, que más que identificación

partidaria tenían simpatía hacia la figura personal de López Obrador como dirigente indiscutible de la izquierda mexicana, sumando, además, a los electores no identificados con ningún partido político, “la salida del tabasqueño del PRD provocó que sus seguidores y potencial de votos se trasladaran a Morena.” (Navarrete Vela, 2019: 32).

Se comentó por aquel entonces que AMLO y Morena, distinguiendo a ambos como si fuesen entidades diferenciadas -que no lo eran en ese entonces y no lo son ahora-, habían decidido competir de manera independiente en las elecciones ya que no querían ser identificados como parte de la izquierda tradicional de la última década y media (Larrosa Haro y Quijano Cruz, 2020), pero lo cierto es que las entonces nuevas leyes electorales no permitían que un partido de nueva creación formara coalición en su primera contienda, por lo que Morena, así como el PES y el PH, debieron competir solos, lo que le costó el registro a este último.

Con estas elecciones se posicionó sólidamente dentro del sistema de partidos con poco más del 8% de la votación y siendo el primer partido de nueva creación más exitoso de México. El carisma, el discurso y la movilización de *el* político fueron los que catapultaron al partido, y a pesar de que ya se reconocía que dentro de los próximos años seguiría ascendiendo nadie se esperaba la magnitud con que Morena llegó y terminó en las elecciones de 2018.

Por otro lado el Partido Verde se ha caracterizado por infringir las leyes electorales en reiteradas veces y las elecciones del 2015 no fueron la excepción. Durante estas el PVEM realizó *spots* publicitarios en cine y televisión fuera de los tiempos designados por las autoridades electorales, además de que condicionó el otorgamiento de tarjetas de descuento, boletos de cine y hasta kits escolares a cambio de la afiliación al partido o, directamente, el voto. Estas acciones ilegales fueron expuestas por los demás partidos, exceptuando a su permanente aliado y cómplice, el PRI, frente al INE y el TEPJF quienes sancionaron económicamente al partido por una cifra que ascendió, debido a no obedecer el acatamiento de las autoridades de corregir su comportamiento y el incumplimiento del pago de las multas, a una cifra de 597 millones de pesos. (Escamilla Cadena y Ordaz Bautista, 2020)

La decisión de los consejeros del INE fue solamente quitarle su presupuesto mensual para las actividades generales del partido, a pesar de que muchas veces se pidió que se retirara el registro por el continuo incumplimiento de la ley. En ese entonces se declaró que las acciones del partido no habían contrariado ni afectado el desempeño democrático del país, sin embargo al no competir de manera equitativa con los demás partidos logró afianzar cierta cantidad de votos que de otra manera quizá no hubiese logrado. Al terminó de las elecciones el PVEM se posicionó como la quinta fuerza política por debajo del reciente partido Morena y con un camino libre de seguir irrumpiendo las leyes electorales, como efectivamente lo hizo, al no obtener un castigo al nivel de sus faltas.

Con respecto a los partidos pequeños o minoritarios, PT, MC, PANAL y el PES, quien compitió por primera vez en aquellas elecciones al igual que Morena, se puede decir no mucho. Los partidos autodenominados de izquierda que acompañaron al PRD y a AMLO durante las elecciones de 2012 y 2006, PT y MC no destacaron mucho, e incluso el primero estuvo a punto de perder su registro sino hubiese sido por unas elecciones extraordinarias en Aguascalientes que lo salvaron de último momento al aprovecharse de una laguna legal de la LGIPE que no especificaba que el umbral mínimo de votación debía o no darse en unas elecciones ordinarias (Mendoza Valencia et al., 2020), en efecto, no fueron las elecciones con el mejor desempeño por parte del PT quien además no contó con ningún escaño de representación en el Congreso. Lo más destacado de MC fue su participación en las elecciones de la presidencia municipal de Guadalajara, Jalisco, la cuales ganó, y en donde la aprobación del partido estaba muy por encima de la de los demás; a nivel nacional su porcentaje de votación se había incrementado en tres puntos porcentuales desde el 2012, de 3.10 a 6.21% y su participación en solitario no le afectó de manera sustancial como al PT.

De manera general y en comparación con Morena los partidos de izquierda durante las elecciones de 2015 intentaron “captar el mismo potencial de votantes, por lo menos aquellos que votaron por la alianza de izquierda en el proceso electoral de 2012. En esa elección, la de diputados federales, el porcentaje fue cercano a 21% sumados los votos del PRD (16.46%), MC (2.58 %) y PT (2.76 %) (INE, 2015). Con base en lo anterior, Morena y el PRD competían por atraer a esos votantes cautivos, pero ahora desde diferente trinchera.” (Navarrete Vela, 2019: 33)

Se les ha querido llamar partidos emergentes a los partidos pequeños, sin embargo su subsistencia se debe más a su naturaleza mercenaria que a una progresiva y relativa consolidación institucional, la lealtad de su militancia y de sus políticos es tan baja que durante su trayectoria política su única manera de continuar formando parte del sistema de partidos es formando coaliciones con cualquiera, sin importar el perfil ideológico, para el mantenimiento del registro. Si bien el PVEM también puede ser definido de la misma manera, este supo posicionarse, haciendo uso de cualquier medio como ya hemos visto, dentro del sistema, formando coaliciones para obtener ventaja estratégica y no ya como una necesidad. La lógica pragmática del sistema de partidos en México ha permitido que la desconfianza en los partidos políticos y la democracia se acentúe, así como la general baja participación de los electores, sumándose a los demás países de América Latina, y del mundo, que presentan el mismo fenómeno.

De esta manera, con el panorama completo de cada partido y del sistema en general podemos observar los resultados de las elecciones en la siguiente tabla:

Votación y conformación de la cámara de diputados, elecciones 2015

	% votación	% escaños	Número de diputados
PRI	28.82%	40.6%	203
PAN	21.04%	21.8%	109
PRD	10.08%	12.2%	61
MORENA	8.35%	7.0%	35
PVEM	6.50%	9.4%	47
MC	6.10%	5.0%	25
PANAL	3.73%	2.2%	11
PES	3.31%	1.6%	8
Candidatos Independientes (CI)	0.56%	0.2%	1
PT	2.81%	0.0%	0

Fuente: Elaboración propia con datos del INE

El PRI pudo posicionarse como primera fuerza política a pesar de haber disminuido sus bancadas con respecto a la legislación anterior, pues gracias a las tácticas muy cuestionables de su aliado el PVEM, que aumentó significativamente sus diputados, logró el número de 250 diputados, la mitad de la cámara. El PAN no aumentó sus diputaciones pero tampoco presentó una pérdida considerable pues sólo le faltaron 5 escaños para tener la misma cantidad que en 2012, quedándose como la segunda fuerza. El PRD es quien realmente tuvo una pérdida catastrófica considerando su, por entonces, condición de partido importante en una lógica prácticamente tripartita del sistema de partidos, siendo consecuencia de la dispersión del voto que se alojó en Morena y PES principalmente, y a pesar de ser la tercera fuerza por sí sola la verdad es que al no poseer el apoyo parlamentario de ningún otro partido, siendo que formó una alianza con el PT, quedó relegado y siendo una minoría.

Debido que el PT perdió en un primer lugar su registro como partido, no obtuvo ninguna representación en la cámara a pesar de haberlo recuperado meses después.

Claramente el sistema se había pluralizado hasta el punto de que ya no solamente eran 3 partidos los que participaban en la arena político-electoral, eran 5 -aquellos que realmente cuentan- lo que aún es considerado como un sistema de pluralidad moderada, cercano ya hacia una pluralidad extrema.

Las elecciones 2018: Una reconfiguración del sistema de partidos

En las elecciones presidenciales del año 2018 se presentó una coyuntura que cambió el sistema de partidos como se había conocido desde finales del siglo pasado, los tres partidos de gobierno fueron desplazados para colocar al recién formado Morena al frente, fenómeno presenciado con menor intensidad durante las elecciones previas pero que no representaba hasta ese momento una amenaza al *status quo*. Variadas son las causas de este cambio, todas acentuadas con el paso de los años y capitalizadas por López Obrador para lograr el triunfo en su tercera contienda presidencial. Estas elecciones por sí mismas han ameritado un cohorte de estudios que las analizan desde variadas perspectivas para explicar su complejidad y el efecto de los resultados, sin embargo aquí se darán las pautas generales de dicho impacto

poselectoral para explicar la situación del sistema de partidos actual y posteriormente las causas de aquella reconfiguración.

El PRI había acopiado una serie de polémicas que comprometían su imagen frente a la ciudadanía y el electorado, entre actos de corrupción perpetrados por los miembros del partido, e incluso el mismo presidente, junto con los elevados índices de inseguridad y pobreza, hicieron que el partido fuese perdiendo la poca credibilidad que aún le quedaba. Otro factor importante para poder comprender cómo es que el PRI descendió hasta el tercer lugar fue la propia organización interna del partido, queriendo retornar a las antañas prácticas autoritarias como la designación directa del candidato presidencial, al imaginar que su sola designación significaba la victoria, olvidando que México había transitado hacia los comienzos de una democracia procedimental con verdadera competitividad política y electoral (Espinoza Toledo y Rosiles Salas, 2020).

Si bien la corrupción, la violencia y la pobreza han sido los más grandes problemas del país y que con el pasar de los años estos han ido en aumento, como ya se ha mencionado, a través de los gobiernos federales del PRI y el PAN, una causa que pudo desempeñar un papel destacado para la derrota del partido tricolor fue su candidato.

Empero no hay que dejar de lado una explicación más general sobre el cambio que significó el triunfo de Morena, los cuales son la desinstitucionalización del sistema de partidos, el crecimiento de la desconfianza ciudadana hacia las instituciones y el declive de la participación electoral.

Antonio Meade Kuribreña fue el abanderado del partido para las elecciones y se destacó por ser un candidato del PRI que no emanaba de sus filas, con la finalidad de que el electorado mexicano se sintiera identificado y simpatizara con un “ciudadano” más como ellos, adjetivo autoproclamado por el candidato. Aquello no fue suficiente, y no sólo para los electores sino para los miembros del PRI quienes lo rechazaron en su mayoría quitándole apoyo que de una u otra forma pudo haberle servido para obtener un mejor resultado electoral, en breves palabras los miembros del partido “lo hicieron suyo, en la forma, pero sin convicción: el presidente les había impuesto como abanderado a una persona que ni siquiera compartía la identidad partidaria.” (Espinoza Toledo y Rosiles Salas, 2020: 203). El

descenso de la aprobación del PRI y Peña Nieto entre la ciudadanía que terminó para el 2018 como las más bajas en la historia del partido, labró el camino para que el partido y su nuevo candidato no tuvieran probabilidad real de ganar, a pesar de la campaña fue dirigida por el gobierno y no por el partido demostrando que había perdido la articulación dentro de la organización que los había llevado al triunfo 6 años atrás, así como la falta de un liderazgo que cohesionara al partido y sus integrantes en torno a la candidatura de Antonio Meade.

Junto al PRI compitieron el PVEM y Nueva Alianza en la coalición denominada “Todos por México”, y no hay mucho que resaltar de esta coalición pues como se ha mostrado a lo largo del texto el Verde Ecologista ha sido fiel aliado al partido tricolor, y así como lo acompañó en los comicios de 2015 así también lo hizo en 2018 sin ningún cambio sustancial. Por otra parte Nueva Alianza ya había querido formar una coalición con el PRI, sin embargo no lo había logrado ya que éste temía una repercusión en la imagen, pero lo que era distintivo era la diferencia en las preferencias del electorado dando una amplia mayoría a López Obrador.

Los otros dos partidos tradicionales del sistema de partidos mexicano, PAN y PRD decidieron formar una coalición junto con Movimiento Ciudadano, un partido que había aumentado su popularidad desde las elecciones intermedias tres años antes y que ganó la gubernatura de Guadalajara pero que seguía siendo minoritario.

La alianza entre PAN y PRD a nivel federal se presentó como una contradicción en sí misma, pues ambos partidos habían profesado una ideología que los colocaba en lados opuestos del espectro político izquierda-derecha, sin embargo no era novedad, como ya se ha mencionado más arriba, y además responde a dos puntos que coadyuvaron para concretar la alianza: la competencia contra el partido oficial y contra las aspiraciones de López Obrador. No obstante hay que destacar que dichas alianzas locales habían siempre coincidido con la postulación de un candidato emanado directamente de Acción Nacional o del partido dominante de esa entidad, no del PRD, “esta situación colocaba en franca desventaja en los espacios de poder al PRD, ya que las negociaciones no se concretaban de igual a igual, sino más bien lo que el citado partido realizaba era una transacción donde este no iría a la cabeza en las candidaturas y se negociaría la repartición de otros puestos políticos.” (Ramírez Díaz, 2020: 174) Y es algo que siguió presente en las elecciones del 2018, el partido del sol azteca

declinó a favor de Ricardo Anaya Cortés, candidato del PAN, pues no contaba con ningún candidato lo suficientemente popular, siendo la primera vez en su historia que no postulaba a un candidato propio.

En retrospectiva el PAN no se encontraba en un momento favorecedor ya que internamente se encontraba escindido, principalmente debido a la salida de Margarita Zavala del partido, quien había sido apoyada por el expresidente Felipe Calderón para postularse como candidata, pero que la promoción y la estrategia de Ricardo Anaya impidió que hubiese alguna reconciliación. Por otro lado el PRD se había apartado de López Obrador lo que ya le había acarreado consecuencias en los comicios de 2015, y aceptó formar parte de la coalición mientras el candidato para la jefatura de gobierno de la CDMX fuera de sus filas, mientras que MC conocía bien su posición y prefirió conformarse con escaños dentro del poder Legislativo. (Ramírez Díaz, 2020.)

Ya hemos mencionado la conformación de Morena como partido político que compitió por vez primera en los comicios intermedios de 2015; el progresivo desapego de López Obrador con el PRD y la construcción de una base electoral desde casi una década atrás que se nutría de los militantes de MC, PT y PRD, así como de electores no identificados con ningún partido político. La coalición morenista estuvo integrada por dos partidos: PT y PES, siendo el primero ya un partido recurrente en las coaliciones para apoyar a López Obrador.

Las coaliciones fueron las siguientes: “Todos por México” (PRI, PVEM y NA) con el ya mencionado José Antonio Meade Kuribreña, “Por México al Frente” (PAN, PRD y MC) con Ricardo Anaya Cortés, y “Juntos Haremos Historia” (Morena, PT y PES) con Andrés Manuel López Obrador, así como un candidato independiente Jaime Heliodoro Rodríguez Calderón “El Bronco”, quien anteriormente ya había sido gobernador de Nuevo León también sin estar abanderado por ningún partido.

Ya que la política nacional ha ido marcándose más en la figura de los candidatos éstos fueron los que se tuvieron que enfrentar los problemas de las elecciones de 2018 y no sólo los partidos políticos. De hecho este personalismo fue determinante para los resultados de dicha elección, y hay mucha sorpresa al respecto ya que desde la transición a la democracia

procedimental en el año 2000 el candidato y su capacidad de carisma y discurso han sido el foco de atención de los electores, y que va en paralelo con el aumento de la desafección partidaria y el abstencionismo electoral debido a los bajos índices de confianza en las instituciones.

Al igual que vimos en las elecciones de 2012 los candidatos de 2018 no presentaron diferencias sustanciales en sus programas de acción o de políticas de Estado, principalmente el PRI y el PAN, pues quisieron mantener la dirección de acción de sus gobiernos anteriores, “ambos candidatos garantizaban la continuidad de un modelo de desarrollo económico basado en el estricto respeto a las leyes del mercado, agregando políticas sociales selectivas y un discurso aparentemente sensible a las precarias condiciones de vida de la mayoría de los mexicanos.” (Reveles y Cárdenas, 2020: 109-110)

Sin embargo, lo que más llama la atención de este periodo electoral, el más grande en la historia de México, no son tanto los preliminares sino los resultados, pues hubo una reconfiguración total del sistema de partidos y del poder político, un cambio inesperado que interesa tanto por el partido ganador como por el acelerado triunfo y aceptación que tuvo entre más de 30 millones de mexicanos.

Es indudable la diferencia de votación entre Morena y los demás partidos políticos que habían sido los protagonistas en un sistema tripartito de competencia durante casi dos décadas, al igual que la arrolladora victoria del relativamente nuevo partido creado en 2014; a pesar de que conocemos que Morena fue formándose desde poco antes de la década de los 2010, puntualmente desde el 2009. Por lo que antes de hablar de los resultados de éste tenemos que repasar las pérdidas de los demás partidos; las causas ya las hemos desarrollado lo suficiente en el texto, pues el sistema de partidos se ha ido transformando a lo largo de veinte años en las cuales tanto los partidos como el electorado han jugado los papeles más destacados, a pesar del aumento de los poderes facticos y externos a la lógica de competencia partidaria.

De los tres partidos tradicionales el PRD probablemente fue el que más sufrió las consecuencias del triunfo lopezobradorista, no sólo por los bajos índices de votación electoral que obtuvo, sino porque ha perdido toda su fuerza política y a tan sólo poco más de una

década, pues en el 2006 logró hacerse con el segundo lugar con una diferencia menor a un punto, como ya hemos mencionado más arriba. Para el término de las elecciones descendió al quinto lugar a nivel federal por debajo del PRI, e incluso a nivel local fue superado por partidos como MC y PVEM.

Bolívar Meza (2021) ha calificado al PRD como partido bisagra, pues desde comienzos de la década de 2010 han aumentado sus coaliciones con el PAN y otros partidos mayoritarios que le han garantizado algunos cargos públicos como el mantenimiento del registro. El partido del sol azteca es un partido bisagra porque ha cambiado sus postulados ideológicos en pro de un pragmatismo político, lo cual ha sido no sólo característica de este partido sino de todo el sistema de partidos mexicano. Sin embargo, es más notorio en este partido ya que por sí mismo ahora es incapaz de competir eficazmente por el poder y depende de partidos mayoritarios, en este caso el PAN, lo cual ha contrariado definitivamente su posición como partido de izquierda y a drenado aún más la confianza del electorado que ya se había visto menguada desde la participación en el Pacto por México, suceso que también originó más conflictos al interior del partido.

Así, el PRD actuó como un partido opositor, pero no competitivo y su plan de coaligarse con el PAN para hacerle frente al PRI y a López Obrador trajo como consecuencias la delegación de su programa político y agenda al PAN, lo que terminó por disminuir aún más su militancia, dirigencia y votación electoral. (Bolívar Meza, 2021). En el Legislativo se quedó con 12 diputados y 4 senadores después de que algunos de ellos cambiaran de bancada, principalmente a Morena.

Fuera de la votación que aportó dio a la coalición Por México al Frente el PRD obtuvo el 5% de la votación general, una disminución de 14 puntos respecto al 19% de 2012 cambiando su condición de partido medio entre 2012 y 2015 a uno minoritario y marginal (Prud'homme et al., 2020: 442).

El PRI sufrió la mayor pérdida de su historia, y resulta interesante ya que fue quien gobernó en el periodo anterior 2012-2018, llegando a ocupar el tercer lugar con apenas el 16.4% de la votación general, 22 puntos detrás de los obtenidos por Peña Nieto en 2012, además de conseguir solamente 60 escaños en la cámara de diputados, contándolos junto a

los obtenidos por el PVEM ya que individualmente obtuvieron 49 y 11 respectivamente, mientras que en la cámara alta fueron 20 escaños; 13 del PRI y 7 de PVEM (Escamilla y Castro, 2020) (Cámara de Diputados, XLIV Legislatura, 2021). Fue, pues, una disminución de 143 diputados y 41 senadores respecto a la legislatura anterior. Si esto no fuera suficiente para el partido tricolor, de las 9 gubernaturas que se disputaron no logró ganar ni una, como tampoco alguna de las 32 entidades para el Senado. (Espinoza Toledo y Rosiles Salas, 2020)

La causa de esta pérdida para el PRI reside principalmente en el voto de castigo del electorado debido al aumento en el índice de violencia del país, así como los actos de corrupción de los que hizo gala el gobierno priísta y el expresidente Peña Nieto. Para 2017 el INEGI había reportado un incremento de 16.2% en la tasa de prevalencia de corrupción con respecto al inicio del sexenio peñanietista; más ciudadanos decía haber sido víctimas de corrupción, además de un incremento sustancial en el número de homicidios superior a cualquier sexenio anterior. Todo esto contrasta y se diferencia con las causas del PAN y el PRD, pues estos cruzaban por problemas de gobernanza interna que se ha extendido por varios años. (Prud'homme et al., 2020: 426-430)

De estos resultados, que serán analizados en conjunto con los de los demás partidos para dar visibilidad a la constante pérdida de legitimación de estas instituciones, así como la desinstitucionalización del sistema de partidos que lo llevó a una nueva reconfiguración, podemos apreciar a simple vista que el PRI fue el partido más afectado siendo relegado a un tercer lugar tanto en las votaciones presidenciales como en las legislativas.

El partido más “competitivo” en estas elecciones fue el PAN, quedándose en segundo lugar, con una distancia porcentual bastante alejada de Morena. Hablar del papel del partido blanquiazul es repasar su coalición y participación con el PRD, pues esta amalgama de dos partidos que en algún momento representaron polos opuestos del espectro político, que resultó en una coalición que se vislumbraba ha pocos años atrás como imposible a nivel federal, devino en un proyecto fallido que intentaba buscar una respuesta ante la crisis general hacia los partidos políticos que se ha estado observando y por lo tanto en una estrategia altamente pragmática sin ninguna esencia de sus ideologías particulares, declinando uno y otro propuestas que contrariaban las líneas generales de alguno de los partidos. Empero, el

PAN al ser el más popular y mayoritario dentro de la coalición fue quien tomó el control de la coalición. (Bolívar Meza, 2021)

Ya se ha manifestado el estado del partido, su inestabilidad interna como resultado de la disputa por su dirigencia y la elección de candidato presidencial, al igual que su incapacidad para poder captar el voto de los electores apartidistas, incapacidad compartida por sus compañeros PRD y MC dada la extrañeza que provocó su singular coalición. Debe sumarse a estos problemas la candidatura de Ricardo Anaya ya que durante el periodo de campaña sufrió insistentes ataques por parte del gobierno priísta y algunos miembros de su propio partido que lo culpaban de enriquecimiento ilícito, lavado de dinero, etc., dando lugar a una pérdida de apoyo tanto de sus militantes como del electorado en general; “[...] el pobre desempeño de dicha coalición se debió a la escasa capacidad de comunicación de esta frente a los ciudadanos, y de manera determinante a la fuerza política del candidato AMLO y del efecto dominó que se produjo en las elecciones para integrar el legislativo federal, así como en las diferentes elecciones locales del país.” (Ramírez Díaz, 2020: 190)

De la coalición el candidato Ricardo Anaya obtuvo el 22.27% de la votación general, casi 8 puntos por encima de Antonio Meade (Cómputos Distritales 2018, INE), el 16% de la composición de la cámara de diputados, que se traduce en 79 escaños y el 19% de la composición de la cámara de senadores; 25 escaños (Cámara de diputados, LXIV Legislatura, 2021; Senado de la República, LXIV Legislatura, 2019), una pérdida total de 30 diputados y 14 senadores conforme a 2012 y 2015.

De la coalición Por México al Frente el único partido que salió beneficiado fue MC ya que sólo él logró un aumento de curules en ambas cámaras, a pesar de que su aportación en votos para lo coalición no fue significativa. Ya que MC únicamente tenía alguna presencia local en Jalisco no intentó contrariar los decisiones del programa de acción de la coalición, o sea del PAN, y su participación no fue decisiva ya que sus electores, lo mismo que los perredistas, sentían malestar que su partido de izquierda congeniara con el PAN, llevando al desplazamiento del voto hacia otros partidos, en especial Morena pues López Obrador ya había sido elegido candidato por este partido en coaliciones anteriores.

Por su parte el PVEM y NA de la coalición Todos por México salieron profundamente afectados al igual que el PRI; PVEM sólo perdió un senador con respecto a 2012, pero perdió 36 diputados mermando su capacidad de chantaje que le había costado tantos años obtener y regresando a ser un partido minoritario con poca presencia nacional, mientras que NA a duras penas alcanzó 500,000 votos en la elección general, perdiendo su registro y sin ningún curul en alguna de las cámaras. (Cómputos Distritales 2018, INE).

El candidato independiente Jaime Rodríguez obtuvo 05.23% de la votación, demostrando que a pesar de que las candidaturas independientes han sido un ligero paso para intentar aumentar la democratización del país, no han logrado un gran impacto social y político en el electorado. Además hay que tomar en cuenta que los requisitos para este tipo de figura son demasiado rigurosos y candidatos sin ninguna carrera política partidaria no pueden acceder a ella; Jaime Rodríguez un año antes de su candidatura había dejado el PRI.

Con los cambios del sistema de partidos y de los partidos políticos no nos resulta tan extraño comprender cómo es que Morena llegó tan alto en la política nacional, ya hemos visto cómo fue que la movilización de masas de AMLO pasó de ser un movimiento social a un partido político competitivo que compitió por primera vez en las elecciones de 2015, al punto de convertirse en la principal fuerza política del país y en un partido predominante, que es lo que explicaremos más adelante.

De la génesis de Morena se puede hablar a partir de variopintas teorías que explican el surgimiento de nuevos partidos ya sea por la conformación del sistema electoral, el tamaño de los distritos electorales, las barreras para la inscripción de nuevos partidos o por la forma de gobierno en un país, sin embargo en el análisis mexicano se ha dado mayor énfasis en el liderazgo para explicar el triunfo del partido y la importancia del político (Aragón Falomir et al., 2018).

Morena se estableció como partido una vez que contó con una base electoral sólida a lo largo de los años desde su nacimiento como movimiento social de carácter político, ya que AMLO siempre ha sido un político profesional y no un personaje civil que irrumpió de repente en el escenario político, de su organización conformada por personajes escindidos de los partidos políticos tradicionales debido a las pugnas internas y, sobre todo, por el creciente

y marcado pragmatismo dentro de la política nacional y de su dirección personalista en torno a López Obrador. El surgimiento del partido es resultado de una amalgama de coyunturas políticas y sociales, propiciando que un nuevo partido pudiera canalizarlas todas para su fortalecimiento político y electoral y el posterior triunfo del lopezobradorismo.

Dentro de la lógica pragmática del sistema de partidos Morena no se quedó atrás, en esta ocasión López Obrador conformó un bloque opositor con mayor apertura hacia otros sectores y liderazgos como se puede apreciar en su alianza con el PES y algunas figuras importantes del empresariado mexicano que no tenían una afinidad con los ideales y valores que él mismo promovió en 2006 y 2012.

El partido se fue consolidando como una alternativa de izquierda que no estuviera ligada ideológicamente con los partidos tradicionales, por lo que dentro del discurso clásico de polarización de López Obrador se añadió al PRD como agente negativo por su participación parcial en el Pacto por México. Sin embargo Morena no tiene alguna novedad que lo diferencie sustancialmente de estos partidos; su programa político es ambiguo y puede encasillarse en una serie de propuestas genéricas que también postulan los demás partidos políticos, además de que está conformado por liderazgos sociales y políticos de los demás partidos, nace como una conformación de las escisiones de los otros partidos tradicionales, con una organización desplazada, no nueva. (Prud'homme et al.,2020)

Una alternancia en el poder ejecutivo puede entenderse como una señal de una efectiva democratización, así como el desplazamiento de los partidos tradicionales a puestos marginales o de poca competencia. (Aparicio y Castro Cornejo, 2020) Pero hay que tener en consideración también la posición del partido victorioso en el sistema de partidos, máxime si es un partido de tan reciente creación.

Morena ganó las elecciones con un amplio margen de diferencia con el segundo lugar: la coalición PAN-PRD-MC, con un 53.19% de los votos y con la diferencia de 31 puntos porcentuales, lo que se puede traducir en una competencia prácticamente sin competitividad entre las coaliciones. (Escamilla y Castro, 2020.)

Y no sólo la coalición de López Obrador alcanzó el triunfo presidencial sino la conformación de una mayoría que no se veía desde 1997 cuando el PRI perdió la propia. Por

sí mismo obtuvo 50.2% de la cámara de diputados – 252 escaños-, que sumando a la bancada de PT y PES se convirtió en un 64.6% -319 escaños-, mientras que en la cámara de senadores se quedó con 47.6% -61 escaños-, llegando al 52.33% -71 escaños- con los senadores de sus partidos de coalición (Cámara de diputados, LXIV Legislatura, 2021; Senado de la República, LXIV Legislatura, 2019), obteniendo una mayoría para aprobar legislación secundaria pero no una mayoría calificada para un posible legislación constitucional teniendo que negociar con los demás partidos, lo cual no fue estrictamente necesario para llevar a cabo algunos proyectos de su agenda política. Aquello representó un crecimiento de cinco veces el número de integrantes de Morena respecto a la legislatura de 2015 de 47 diputados. (Carrera y Rodríguez, 2020)

A estos triunfos deben sumarse la mayoría de los congresos estatales en disputa y varias elecciones locales para gobernador que ha ido en aumento hasta hoy, 3 años después de las elecciones federales. Claramente Morena se perfiló desde un primer instante como un partido predominante en el sistema de partidos mexicano. (Prud’homme et al.,2020)

Votación de las coaliciones por la presidencia

	% Votación	Número de Votos
“Juntos Haremos Historia” (Morena, PT, PES) Andrés Manuel López Obrador	53.1%	30,113,483
“Por México al Frente” (PAN-PRD-MC) Ricardo Anaya Cortés	22.2%	12,610,120
“Todos por México” (PRI-PVEM-NA) José Antonio Meade Kuribreña	16.4%	9,289,853
Jaime Heliodoro Rodríguez Calderón “El Bronco”	05.2%	2,961,732

Fuente: Elaboración propia con datos del INE

Porcentaje de grupo y número de curules para ambas cámaras de la LXIV Legislatura

	% Grupo parlamentario cámara baja	Número de diputados	% Grupo parlamentario cámara alta	Número de senadores
Morena	50.4%	252	47.6%	61
PAN	15.8%	79	19.5%	25
PRI	9.8%	49	10.1%	13
PT	8.8%	44	4.6%	6
MC	4.8%	24	6.2%	8
PES	4.6%	23	3.1%	4
PRD	2.4%	12	3.1%	4
PVEM	2.2%	11	5.4%	7
NA	0%	0	0%	0
Sin partido	1.2%	6	0.7%	1

Fuente: Elaboración propia con datos de la Cámara de Diputados y el Senado de la República

El sistema de partidos se redujo a 8 actores en términos numéricos, y que posteriormente serían 7 con la desaparición del PES en 2021; el PVEM sigue logrando su supervivencia sin cambios sustanciales y poniendo en duda su capacidad de chantaje, pues solamente Morena ya es una mayoría abrumadora, aunque llegando a superar localmente al PRD en algunas entidades. MC ha ido creciendo y ganando cierta popularidad, especialmente en el norte del país y en 2020 conservando sus diputaciones a pesar de la hecatombe que significó la coalición Por México al Frente y aumentando significativamente sus senadurías en comparación con la anterior legislatura. PT se perfiló como el nuevo partido con presencia importante, como otrora lo fue el PVEM, gracias a su ferviente apoyo a López Obrador y su posterior triunfo, una estrategia que ha mantenido vigente y no parece cambiar mientras siga siendo conveniente.

El PRD con cada elección pierde más votos, militantes, simpatizantes y dirigentes, y sin ningún liderazgo que asuma lo que fue para el partido Cárdenas y López Obrador se

espera que pronto llegue a la extinción si no cambia hacia una estrategia político-electoral efectiva. La presencia del PRI nunca fue tan baja, tanto en el voto presidencial como en la conformación de la cámara baja, si bien ya había sido desplazado a un tercer puesto en 2006 con un número de votos casi igual, poco más de 9 millones -destacando el aumento del electorado-, su porcentaje respecto a los otros competidores se redujo en demasía, con respecto a los 203 diputados obtenidos en los comicios de 2015 descendió dramáticamente a sólo 49, muy por debajo de los 106 en 2006, superando por escasos 5 escaños al PT. El PAN por otro lado fue el competidor que terminó no tan afectado pero con 30 escaños menos y una votación presidencial que estuvo lejos de alcanzar por lo menos la mitad de la obtenida por la coalición de AMLO.

La llegada de Morena a la presidencia y como partido predominante en el poder legislativo tiene distintas y variadas causas que, como se ha observado, tienen sus raíces incluso hasta el 2000 con López Obrador como dirigente del entonces D.F, y que se acentuó en 2006 con sus primeras elecciones presidenciales. Sin embargo algunas causas fuera de la lógica intrapartidaria y del sistema de partidos las podemos encontrar en la ciudadanía y su actuar frente a la percepción general de la violencia, la corrupción, etc., que los ha orillado a una apatía política; desalineamiento, volatilidad electoral y despartidización. Lo que se retroalimenta para una desinstitucionalización del sistema de partidos; deviniendo en su forma actual.

La desinstitucionalización del sistema de partidos

Que un sistema de partidos se encuentre o no institucionalizado va a significar su eficiencia y su valor dentro del sistema político en tanto como forma de regulación y competencia por el poder político, entre más institucionalizado se encuentre un sistema de partidos, o sea más sólidos y distinguibles sean sus mecanismos, será más fácil observar el grado de democratización de una democracia.

Para ello debemos saber primero qué es y cómo puede medirse la institucionalización del sistema de partidos, Pabón Ortiz hace uso de dos autores, Philip Selznick y Samuel Huntington, para poder dar una conceptualización general de lo que es esa

institucionalización; es, pues, “la "rutinización" de un sistema formal de reglas y objetivos y [...] un proceso que implica la "internalización de valores" (Pabón Ortiz, 2016), o sea que es un proceso que se da con el paso del tiempo en una organización y que termina reflejando la historia y todo lo que rodea a esa organización: personas, intereses, grupos y la forma en que se adapta cada uno al ambiente, de igual forma cómo es que las organizaciones al interior y los procedimientos van adquiriendo estabilidad y valor. Estas concepciones de institucionalización pueden ser aplicadas tanto a los sistemas de partidos como a los partidos mismos.

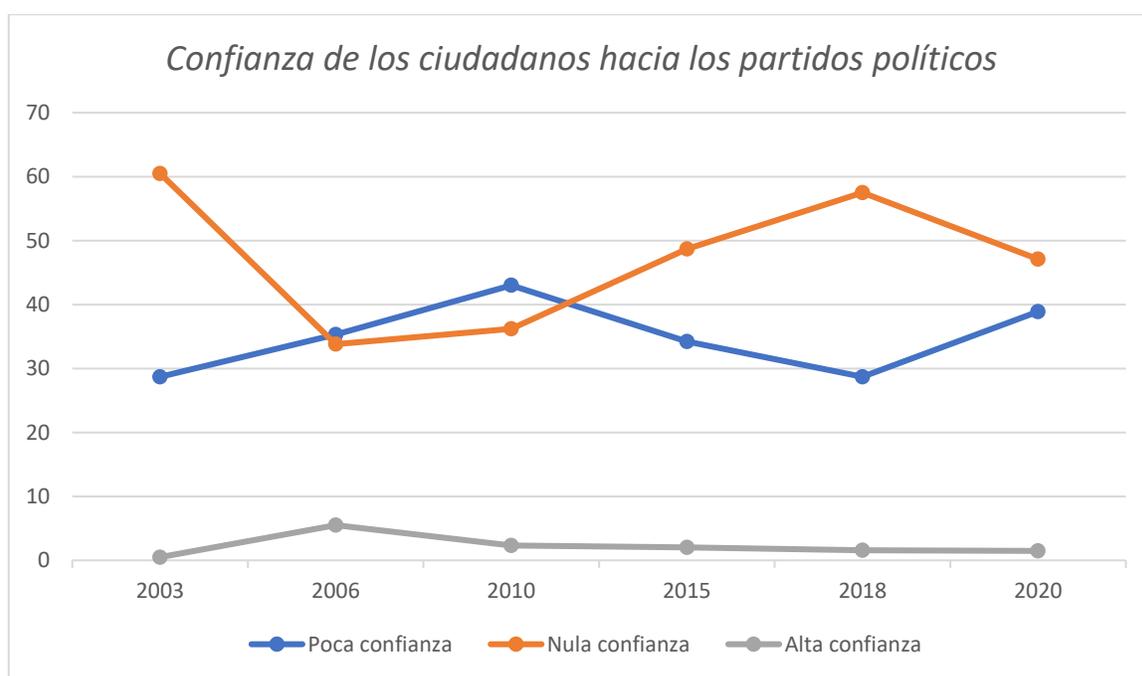
Por lo que en un sistema de partidos institucionalizado los políticos dependerán tanto de su carrera como de su partido, no solamente de un carisma personal, para lograr cargos públicos, además de existir un incentivo positivo para que haya cierta estabilidad política ya que se reconocen como validas y efectivas sus mecanismos y reglas formales para lograr los objetivos políticos como el acceso al poder. Esto, por lo tanto, depende de la disciplina partidaria y la aceptación tácita de las reglas de competencia intrapartidaria e interpartidaria.

Los puntos cruciales para medir el nivel de institucionalización de los sistemas de partidos implican estabilidad en la competencia interpartidaria, la existencia de partidos que tengan raíces fuertes en la sociedad, aceptación de los partidos y las elecciones como instituciones legítimas que determinarán quien gobierna y partidos que tengan estructuras y reglas razonablemente estables (Mainwaring y Scully, 1995).

Parece primordial que la fortaleza que llegue a tener el sistema de partidos, que a su vez se ve reflejada en el grado de confianza y legitimidad hacia las instituciones políticas y los procesos por parte de la ciudadanía, así como del ambiente que lo rodea, sea la primera medida que deba ser revisada.

Desde los años de la transición los mexicanos a presentado una constante desconfianza hacia los partidos políticos y hacia el gobierno en general, siendo la iglesia y los militares las instituciones en las que más se confía, con excepción de los últimos años después del triunfo de Morena, ya que disminuyó considerablemente la desconfianza hacia los partidos; sin embargo sigue siendo alta en comparación de América Latina.

La confianza plena en los partidos políticos nunca ha sido buena en México, incluso después de la transición, no obstante a más de un lustro de haberse dado ésta, tanto la poca confianza como la nula rondaban el 30%, un cierto equilibrio en la indecisión de confiar o no en ellos una vez visto el desempeño del PAN en su primer sexenio. Empero, para 2010 pudo notarse el aumento en la poca confianza, pero que no fue dado por la disminución de las nociones negativas hacia los partidos, sino de los ciudadanos que aún conservaban una alta confianza, como se puede apreciar en la siguiente gráfica.



Fuente: Elaboración propia con datos del Latinobarómetro. (Latinobarómetro 2003, 2006, 2010, 2015, 2018 y 2020)

Es en 2018 cuando se aprecia inequívocamente que la desconfianza en los partidos había alcanzado niveles que no se veían desde 2003, la continua crisis de los partidos debido a la lógica pragmática e instrumentalista de estos y del sistema de partidos dio como resultado una acentuada desafección y hasta repulsión por parte de los ciudadanos. A pesar de que, a dos años de la llegada de López Obrador a la presidencia, posteriormente la desconfianza haya disminuido casi 10 puntos porcentuales no significa que los partidos se encuentran en una senda de recuperación como instituciones confiables, como podría entenderse a primera

vista, sino que es resultado de una afección partidaria selectiva, la cual se explicará más adelante.

Con el paso de los años en México los partidos políticos han perdido la aceptación ciudadana como instituciones que ayudan a la democracia, pues son percibidos como organismos herméticos que sirven a intereses egoístas y no como un bien hacia la sociedad, esta es una muestra de los muchos hartazgos del electorado que supo capitalizar López Obrador; erosión en la confianza general hacia los partidos tradicionales que muestra la constante desinstitucionalización del sistema de partidos y de los partidos en sí. La organización partidaria débil ocasiona no sólo que los ciudadanos se sientan menos identificados con algún partido, también poca lealtad de las élites políticas a sus propios partidos. (Mainwaring y Scully, 1995)

Ahora, además de la confianza hacia los partidos para conocer qué tanto está institucionalizado un sistema de partidos, también debe observarse lo propio con las elecciones. En 2006 después de las elecciones, de los encuestados del latinobarómetro, 48.9% concebía generalmente fraudulentas las elecciones en el país, mientras que para 2015 se había reducido a un 43.1% en gran parte por el cambio de gobierno y la creación del INE. (Latinobarómetro 2006 y 2015)

Para 2020 el 48.9% de los encuestados estaban de acuerdo con que las elecciones brindaban opciones reales de partidos y candidatos, una disminución con respecto al 58.6% de 2003 ante la misma cuestión.

Las elecciones en México no son percibidas por la mayoría de ciudadanos como realmente limpias e incluso son altos los porcentajes de quienes piensan que para lograr obtener un puesto en el gobierno se debe tener con anterioridad poder económico o contactos con quienes ya tengan uno. Esto también debe de ser tomado en cuenta ya que se percibe a los empresarios como aquellos que tienen más posibilidades de influir en las decisiones de gobierno, pues:

[...] hay una constante que hace referencia a los recursos de los poderes fácticos y que, en el caso de los grandes empresarios, señala su capacidad económica como el origen de su fuerza, puesto que no solo cuentan con la posibilidad de implementar estrategias tácticas

coyunturales, sino que, además, es común la advertencia sobre un posible traslado de sus inversiones a otros contextos, pudiendo causar estragos en el país de origen e incluso por amenazas de fuga masiva de capitales. [...] El problema de los llamados poderes facticos deriva de su capacidad o posible impacto sobre la disputa formal del poder o informalmente con presencia en las instituciones. (Aguilar Rodríguez, 2020: 354)

A pesar de no ser el fin de este escrito el estudiar a fondo el papel de los poderes fácticos como el empresariado o el crimen organizado, es fundamental mencionarlo como factor destacable para comprender los cambios en la correlación de fuerzas más allá de los partidos políticos y como óbice para una institucionalización del sistema de partidos.

De las condiciones para medir la institucionalización ya mencionadas, y de las consideradas por Mainwaring y Scully, las reglas de competencia interpartidaria deben ser estables y presentar regularidades; en México constantemente cambia el piso límite de porcentaje de votación que debe obtener un partido para conservar el registro, como ya hemos visto más arriba, lo que ha propiciado que muchos partidos minoritarios desaparezcan con cada elección. A pesar de ello las reglas de competencia durante las últimas dos décadas se fueron ajustando *ad hoc* a los partidos tradicionales que dominaron el sistema de partidos, y aunque han presentado cambios, precisamente para no quedar las reglas “congeladas”, éstas no han sido lo suficientemente efectivas para asegurar la equidad competitiva como podemos observar bien, verbigracia, en la figura de los candidatos independientes.

Mas Mainwaring y Scully (1995) se refieren a dicha estabilidad para señalar la aparición de partidos mayoritarios que rápidamente se desvanecen, lo que es señal de desinstitucionalización. La aparición de Morena puede encajar como ejemplo, además de los factores externos como la personalización de la política y la entrada de agentes extraños ajenos a los partidos, si bien aún es muy pronto para hablar de una inevitable desaparición de este no podemos estar seguros de su permanencia, ya que no fue ni es un partido institucionalizado y su dirección gira en torno al líder de la organización.

Si bien los partidos tradicionales mantuvieron el sistema de partidos tripartito durante dos décadas cabe preguntarse por la fuerza de sus raíces en la sociedad, por la continuidad dentro de las preferencias del electorado, pues ello determina que tan institucionalizado está un sistema de partidos.

Desde la década de los setenta del siglo pasado los partidos obtuvieron, aunque mínima, alguna representación en el Congreso, y el número de partidos era moderado a pesar de no ser partidos competentes en su mayoría. Algunos de estos partidos fueron desapareciendo con el paso de los años e incluso, principalmente los denominados de izquierda, unían fuerza para dar paso a nuevos partidos o movimientos como el FDN a finales de los ochenta con Cuauhtémoc Cárdenas como representante, el cual posteriormente se convertiría en el PRD.

A lo largo de los últimos años a partir de esa paulatina apertura podemos mencionar un cohorte de partidos que emergen y desaparecen con rapidez, o incluso algunos partidos importantes durante el siglo XX fueron desapareciendo a principios del presente siglo, y es algo que sucede con normalidad después de cada elección. No sólo ocurre con partidos medios o minoritarios, sino que la despartidización afecta en gran medida a los partidos mayoritarios como el PRI en 2006 y 2018 , el PAN en 2012 y el PRD desde 2015 hasta la actualidad, acrecentando la volatilidad.

Estos partidos a pesar de ser partes importantes de la escena política no han logrado conservar o crear simpatía, identificación y apoyo del electorado viejo y nuevo, perdiendo por lo general sus bases sociales que les permitían márgenes altos y relativamente estables de votación antes de 2018. La identificación partidista se ha visto menguada desde 2015 por la constante descalificación y desconfianza hacia los partidos como instituciones democráticas, debilitándolos y remarcando el creciente apartidismo de los ciudadanos y la identificación partidista negativa, pues en México el electorado tiende a tener simpatía por un partido político y al mismo tiempo rechazo hacia los demás partidos y candidatos (Abramowitz y Webster, 2018 citado en Aparicio y Castro, 2020).

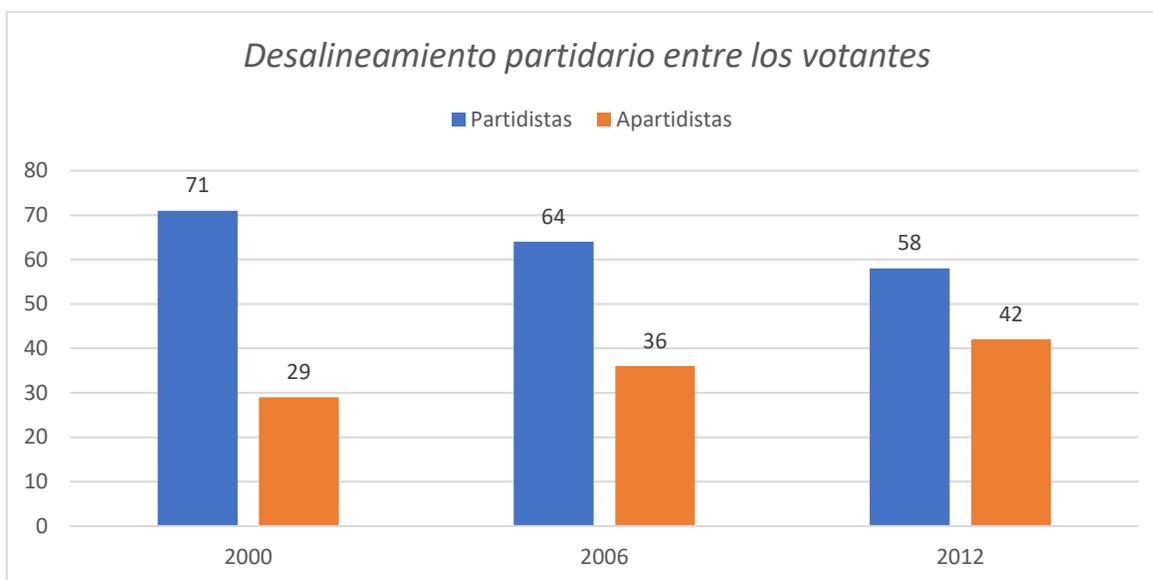
Por lo que en el país a los votantes no les disgustan todos los partidos, sino todos los partidos que no sean el suyo, dando lugar a el aumento de polarización política entre los ciudadanos de manera más frecuente, tanto como en las élites (Bruhn y Greene, 2007; Bruhn, 2012 citado en Aparicio y Castro, 2020); pudiendo trasladar esta identificación partidista negativa de las élites más en el interior de los partidos que hacia los partidos del sistema, pues vemos que los militantes y dirigentes de los partidos forman facciones que pueden afectar al partido mismo, lo que ha pasado frecuentemente en el PAN y el PRD.

Mainwaring y Scully (1995) también señalan que en un sistema de partidos institucionalizado los actores políticos están de acuerdo con la legitimidad del proceso electoral y de los partidos; junto con la importancia de la organización partidaria, ya que un partido no debe de estar sometido a los intereses y ambiciones de los líderes pues tienen valor por sí mismos e independencia. Si estas condiciones existiesen en México López Obrador no hubiese calificado como fraudulento el proceso electoral de 2006 y 2012, ni tampoco su discurso estaría cimentado en el encasillamiento de los demás partidos como corruptos y dañinos para el país. Pero no sólo es una característica de AMLO, pues constantemente hay una pugna entre partidos para dañar la imagen y legitimidad de los demás, como el PRI con Ricardo Anaya en 2018 o los comentarios de López Obrador hacia el INE, hay, pues, un constante cuestionamiento de los procedimientos e instituciones democráticas por parte de los actores políticos. Y con respecto a la no subordinación de los líderes podemos ver su nula existencia en la última pugna interna del PAN o en la existencia de partidos como PRD y Morena, así como el plegamiento de los liderazgos priístas a Peña Nieto para su campaña y gobierno. Los partidos medianos o minoritarios como PVEM, PT, MC, etc., tienen valor en tanto como se unan a los partidos mayores, tratando de sobrevivir de la imagen y reputación de aquellos.

De la desconfianza hemos dicho que provoca la despartidización del electorado, que se da en el desalineamiento partidario -un gradual pero marcado abandono de la identificación partidista-, como la disminución de la influencia del partidismo en el voto. Por ejemplo, entre “[...] 2000 y 2009, después de la alternancia, el porcentaje promedio de partidistas en el electorado nacional bajó a 61 por ciento y los apartidistas subieron a 39 por ciento. Para el periodo 2010 a 2017, el balance partidista-apartidista casi llegó a la paridad, con un promedio de 54 por ciento de partidistas y 46 por ciento de apartidistas.” (Alejandro Moreno, 2018: 43)

Para dar visibilidad a la esta despartidización y apartidismo Alejandro Moreno nos señala los porcentajes de las elecciones de 2000, 2006 y 2012, pues nos dice que sus resultados son útiles por ser comparables al ser resultados de entrevistas hacia los votantes con exactamente las mismas preguntas. En dicha gráfica se puede observar claramente el crecimiento del apartidismo con cada elección presidencial a la par de la disminución del

electorado partidista. Y, como bien señala el autor, la identificación partidista es una orientación política más duradera en el tiempo, por lo que los electores identificados con cierto partido no tienden a cambiar su intención de voto con cada elección, sin embargo al disminuir estos aumenta el apartidismo y, por lo tanto, la volatilidad electoral.



Fuente: Alejandro Moreno, 2018: 46

El debilitamiento del partidismo como influencia en el voto lo hemos visto a lo largo del trabajo con los constantes cambios en la votación general de los partidos en cada elección, principalmente en las presidenciales, el que haya menos partidistas hace que los partidos dirijan sus campañas ya no primordialmente a sus bases electorales, sino a la captación de los votantes apartidizados o independientes, por esto mismo Morena en su campaña de 2018 abogó por un discurso menos polarizante y más abierto a otros sectores de la sociedad, como a los empresarios y la clase media, pero que no evitó la polarización electoral en términos de identidad política de los electores partidistas (Aparicio y Castro Cornejo, 2020)

Dentro de las consecuencias de una institucionalización débil podemos nombrar el alto nivel de incertidumbre de las consecuencias electorales, debido a la volatilidad electoral y que puede provocar la llegada de 'extranjeros' antisistema al gobierno. Así como el aumento en la importancia de la ya mencionada personalidad de los candidatos más que el

programa de gobierno o la ideología de los partidos, llevando al elector a evaluar las posibilidades con base al carisma de los candidatos. (Pabón Ortiz, 2016)

Por lo tanto los partidos pasan a segundo plano y dejan de ser los actores dominantes en el proceso de proposición de políticas públicas, además del incremento de poder de los poderes fácticos, como el poder económico, en este mismo proceso. Todo lo anteriormente mencionado da lugar al surgimiento de populistas que pueden o no ser ‘antisistema’. (Mainwaring y Scully, 1995)

En México el sistema de partidos no ayuda a grupos a expresar sus intereses y crear vínculos hacia con el gobierno, así como tampoco actúa como caja de resonancia absorbiendo las problemáticas sociales; y los actores del juego político compiten por el poder incluso haciendo uso de métodos no democráticos, lo que coadyuva a la visión de un sistema de partidos desinstitucionalizado en el país. El impacto en la ciudadanía de un mal desempeño del gobierno en turno ha potenciado la despartidización del electorado y, por lo tanto, el aumento de la volatilidad, al igual que la poca confianza en los partidos y los procesos democráticos electorales que propician el personalismo.

Los partidos tradicionales han perdido su presencia política y legislativa frente a Morena en tan sólo 3 años, de 2015 a 2018; consecuencia no de la irrupción de Morena como partido político victorioso debido a la estrategia populista y la preferencia por el carisma del candidato, más bien ello fue el resultado de la desinstitucionalización que comenzó casi a la par que la transición misma, por lo que se debe hablar con parquedad de una moderada institucionalización entre el periodo 1997 y 2018. La creciente desvinculación entre los partidos y los electores potenciada por la lógica pragmática de los partidos como élites herméticas y maquinas electorales que sirven a intereses propios dio paso al triunfo de Morena. Sin embargo este partido está muy lejos de ser una alternativa real fuera del discurso y la imagen antisistema del partido y del candidato; al igual que el PAN, incluso antes de su triunfo en el año 2000, Morena ha heredado las prácticas políticas del siglo pasado, así como sus integrantes, pues no olvidemos que tanto sus líderes como sus militantes tienen raíces en los partidos tradicionales, principalmente el PRI y el PRD, al igual que la tendencia de regresar al fortalecimiento del presidencialismo por parte de López Obrador. Sin embargo el sistema de partidos de pluralidad limitada, que fue de partido hegemónico, devino en una

reconfiguración en 2018, pero ¿es posible hablar de un sistema de partido predominante, por lo menos de 2018 a 2021?

Si bien Morena llegó al gobierno 4 años después de ser establecido como partido sus características constitucionales no han sido bien definidas, incluso después de 3 años gobernando, pues han mantenido una cierta mayoría en el legislativo, y la organización se rige internamente derredor de la influencia y carisma de López Obrador, lo que no proporciona bases para una consolidación que le dé autonomía y valor por sí mismo, pues “ [...] si bien no es un partido creado desde el gobierno, llega al gobierno antes de estar consolidado.” (Prud’homme, Morayta y Mabire, 2020: 445)

Al no estar consolidado y poseer un futuro incierto no podemos hablar de un sistema de partidos dominante que tenga la misma duración que tuvo el sistema de partidos de pluralidad limitada, sin embargo sí que fue un reconfiguración con la predominancia de Morena y que no ha tenido fuertes contrapesos, pues los partidos opositores, otrora tradicionales, a pesar de su coalición, no ha logrado hacerle frente: son una oposición débil y, además, poco confiable hacia la ciudadanía por su coligamiento en la coalición Va Por México.

Sin embargo en estas elecciones pudo bien observarse la gran concentración del voto en Morena, evadiendo la fragmentación que se venía dando desde 1997 en los gobierno divididos. Las posibilidades de chantaje de cada uno de los demás partidos se vieron menoscabadas ante la presencia predominante de Morena en el legislativo, teniendo que recurrir a la coalición, coaliciones que contradicen severamente los estatutos ideológicos de cada uno de los partidos y desfigura, más que antes, el espectro izquierda-derecha convirtiéndose en una polarización de partido dominante (Morena)-oposición.

Alberto Olvera (2020) nos dice que lo que podría interpretarse de este fenómeno sería una rotación de élites políticas, trayendo a colación el termino gramsciano de “transformismo”; un reciclamiento de las élites bajo el mando de una nueva organización y que se ve de manera clara en la conformación interna de Morena.

Así, pues, la desinstitucionalización del sistema de partidos y de los partidos en sí, al devenir en máquinas electorales y, recordando a Katz y Mair, con antojo de partidos cártel

que acaparan los recursos del Estado para limitar la competencia y cerrándose a la formación de vínculos con la sociedad procurando solamente su triunfo electoral, que posteriormente deviene en la pérdida de confianza de los electores y, por lo tanto, en la aminoración de la militancia y el partidismo que lleva a los electores a votar por partidos autodenominados antisistema como herramienta para combatir a los partidos tradicionales (Díaz Jiménez, 2019), sin olvidar la percepción generalizada del desempeño de dichos partidos como gobierno, es el producto que pudo observarse en las elecciones de 2018, con la predominancia de Morena y el debilitamiento de los partidos tradicionales llevándolos casi a su desaparición; PRD y PRI.

Por otro lado, la lógica pragmática mantuvo a partidos medianos, como PVEM y MC, y minoritarios como el PT, a mantener o incluso mejorar su posición dentro del sistema de partidos al aliarse con el partido vencedor o con el segundo lugar: PAN, exceptuando al PVEM que tuvo una afectación severa en su capacidad de chantaje a nivel federal al perder cuantiosos diputados.

La desinstitucionalización del sistema de partidos y los partidos en México, nos presentan un panorama de la situación de la democracia en México. ¿Acaso el proceso de democratización en el país se ha visto interrumpido o desacelerado, o tal vez la democracia representativa misma como forma de gobierno ha sido, desde un principio, una ilusión? Pues creer que el cambio de los meros aspectos procedimentales -la apertura legislativa a los partidos políticos, el aumento del sufragio, la representación a través de los partidos políticos para la participación, las reglas para la creación y organización de partidos, etc.- crea un ambiente propicio para que la democracia prospere o, en todo caso, creer que eso es la democracia misma, conlleva a pasar por alto algunos aspectos inherentes a sus propios mecanismos que resultan perniciosos para el ciudadano. Este percibe consciente o inconscientemente los riesgos que la democracia representativa posee, y se expresa en su inconformidad y desconfianza hacia sus propias instituciones, como se ha demostrado, y hacia la forma de gobierno en sí misma .

Democracia y democracia en México

Para poder hablar sobre democracia nos remitiremos a la teoría democrática de Danilo Zolo contenida en su libro *Democracia y complejidad: Un enfoque realista* (1994), esta teoría realista de ella nos dará bases sobre las cuales observaremos los riesgos evolutivos que las democracias representativas en las sociedades complejas, denominadas por el autor como postindustriales, presentan.

Dentro de la teoría de Zolo que comprende al sistema político como mecanismo para reducir el miedo y la complejidad que rodea al ser humano, en donde se preseleccionan posibilidades y se limitan alternativas, el fin es encargarse de los riesgos a los que está expuesta la vida social. Para comprender que el sistema político sólo es un mecanismo para reducir las posibilidades que amenazan la existencia misma de la sociedad, entre ellas la propia disolución, y mantener la estabilidad, debe entenderse a su teoría realista despojada de un sistema de ética pública que sea compatible con la dirección del sistema político, por lo que conceptos como justicia, igualdad, voluntad general, bien común, etc., que son los que normalmente toman el protagonismo en otras teorías como guías de la democracia, no tendrán validez, pues “la toma de decisiones políticas está tipificada por una carencia inerradicable de imparcialidad y universalidad, y no de los aspectos más destacados del poder políticos es, precisamente, su falta de fundamento moral.” (Zolo, 1994: 60) Hay una clara diferenciación en las sociedades complejas entre el dominio de lo político y el dominio de la moral, por lo que la política es un proceso de racionalidad funcional.

Por lo que si ese es el funcionamiento de un sistema político, los diferentes grupos sociales que poseen, por lo tanto, diferentes intereses, buscarán la manera de salvaguardarse de los peligros que los amenazan al competir políticamente con otros grupos. Aquí se pueden encontrar organizaciones complejas, entre ellas los partidos políticos, que entonces competirán por buscar una nueva reconfiguración del sistema que les garantice su supervivencia.

Y así como hay una particular relación de los grupos, también hay una particular aplicación del poder en donde actúa como medio por el cual el sistema político se concentra en instituciones de autoridad para cumplir su función de estabilizador y regulador del ambiente, resultando en lo que Zolo llama distribución asimétrica del poder y en una concentración institucional del poder, y por lo tanto,

El sistema político desempeña así una función de protección simbólica mucho más allá de su rol específico como aparato de la regulación selectiva de los riesgos sociales. No puede haber dudas de que la protección física de la vida, la garantía legal de la propiedad y los contratos, la defensa militar, [...] la autolimitación de los poderes del Estado [...], son todos mecanismos específicos para la “reducción del miedo”. Pero es sobre todo en el nivel simbólico donde las instituciones de la autoridad, con todo su espectáculo, su ritual. [...] satisfacen una necesidad latente de protección social y difunden una gratificante sensación de orden y seguridad [...].

(Ibid: 66)

Esto implica que la participación y representación son formas en las que un individuo, por lo general privado de poder debido al efecto negativo de la sociedad pluralista, genera un sentimiento de pertenencia a una comunidad donde se alegra al pensar que tiene oportunidad de participar en un ritual que decide el devenir común, y que resulta ser, últimamente, ilusorio. Por lo que también están implícitos los demás procesos formales como las elecciones.

Partiendo de esta concepción sistémica y realista de la política Zolo explicita las consecuencias de la democracia en las sociedades, principalmente negativas hacia las conceptualizaciones comunes que fundamentan la teoría de la democracia representativa, retomando de cierta forma las promesas incumplidas de la democracia que ya había señalado Bobbio, e identificándolos como riesgos evolutivos de la democracia.

Bobbio nos dice que a lo largo de la historia se ha ido creando y transformando el concepto de democracia y que por lo tanto este se impregna de valores que intenta realizar, que al final no logra alcanzar por ser desde un principio idealizaciones de lo que la democracia debería ser; una imagen normativa de la democracia que no llega a realizar plenamente los ideales que contiene (Yturbe, 2001). Lo que Zolo hace constatar es que el aumento de la complejidad de las sociedades hace que haya más exigencias de lo que la

democracia debería de otorgar, pero como al mismo tiempo del aumento de la complejidad (o sea del peligro del ambiente) crece también la diferenciación del sistema político con respecto a los demás sistemas, y se hará más imposible que la democracia llegue a tener éxito.

Por los problemas inherentes a las democracias representativas, al ser una adaptación -fallida- de la democracia directa en la que solamente cambia la forma procesal de la participación y demás métodos democráticos, las metas que las instituciones representativas se propone alcanzar no se cumplen en realidad actualmente sólo siguiendo el modelo neoclásico de una competencia pluralista. (Zolo, 1994)

Ambos autores remarcan a la competencia pluralista como un potencial peligro de la democracia representativa y que ha alcanzado ya su manifestación. Si en un principio la doctrina liberal separó a los individuos libres y autónomos del sometimiento del Estado, con la llegada de la representación en grupos organizados se perdió el ideal del rompimiento de la barrera entre los individuos y el Estado, al igual que la apropiación del poder por ellos; la soberanía popular. Incluso los partidos políticos, como piezas fundamentales de la democracia representativa, ya que no pudieron ser suprimidos como un elemento negativo que encarnaba la intermediación, dejaron de ser expresiones de una ideología propia que los diferenciaba de los otros competidores, lo que para Bobbio es una característica esencial que legitimaba su existencia y actuación dentro del sistema político: la existencia de alternativas reales.

De igual forma la conformación de grupos organizados hizo que se perdiera al individuo como figura central para la toma de decisiones políticas. Dentro de las democracias Bobbio menciona 2 circuitos del proceso decisional, en el segundo circuito, al que denomina 'circuito de negociación', los partidos políticos y demás organizaciones no necesariamente políticas son las protagonistas de la discusión sobre los reglamentos y leyes, negociación en las que el ciudadano ya no tiene ninguna relevancia real y los organismos de representación toman posesión monopólica del proceso final de decisión y la agenda política (Bobbio, 2001), pues sólo ellos tienen representación parlamentaria y legitimación a través del sistema de partidos (en el caso de los partidos políticos), alejando al individuo de los grandes temas políticos, lo que reduce la participación del ciudadano sólo al voto para la elección de

representantes especializados. Así solamente llegan a contar los grupos organizados, y el individuo cuenta en tanto está sometido a alguno de ellos.

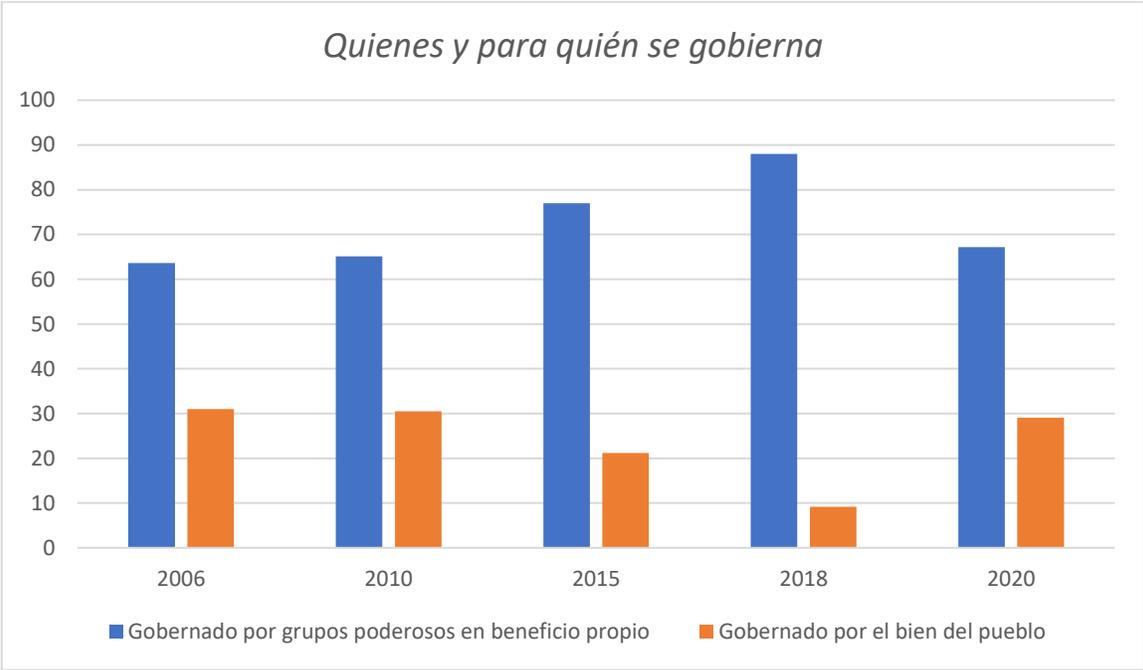
Gran parte de los problemas inherentes a la democracia se encuentran en el desarrollo de los partidos políticos, su formalización como institución del Estado y, por consiguiente, su burocratización y permanencia de las oligárquicas. Alan Touraine (2000) dice que la corrupción más peligrosa dentro de la democracia es aquella que permitió la financiación estatal de los partidos políticos, pues permitió que acumularan suficientes recursos para separarse de sus lazos con la sociedad civil y con el Estado y elegir por cuenta propia a sus candidatos, perdiendo representatividad.

La burocratización ha dejado de lado a los representados para dejar la solución de problemas y toma de decisiones a los tecnócratas, expertos y profesionales, que generalmente pertenecen a las élites políticas y económicas. Por lo tanto tienden a representar los intereses particulares de la misma organización, confundir sus intereses como intereses nacionales o incluso combinar sus intereses con otro grupo para afectar a otros competidores políticos (Yturbe, 2001), o sea la oligarquización de la organización, en donde se proclaman como los únicos conductores de la vida democrática, que provoca paulatinamente la poca participación de los individuos.

Estos riesgos alimentan y son alimentados por otro, la fallida educación de la ciudadanía a través de la práctica democrática para consolidar una vida democrática, no quedando sólo en el aspecto procesal de elecciones. Esto es la conocida cultura política que buscaba politizar la sociedad, pero que con el desarrollo de la democracia sólo se ha encontrado con la apatía política (Zolo, 1994), y lo que Bobbio llama voto de intercambio, en donde los electores votan por candidatos a cambio de bienes personales. (Yturbe, 2001)

En México, como hemos visto, los partidos políticos carecen de aceptación y confianza por las consecuencias de su evolución que Zolo y Bobbio reconocen como graves problemas de las democracias representativas. Que los partidos políticos tengan un desarrollo oligarquizante al interior separa directamente a la ciudadanía de cualquier representación, y por lo tanto estos pierden la confianza o los partidos no logran construir algún tipo de vínculo positivo. Como consecuencia de ello tenemos que la ciudadanía en el país percibe que este

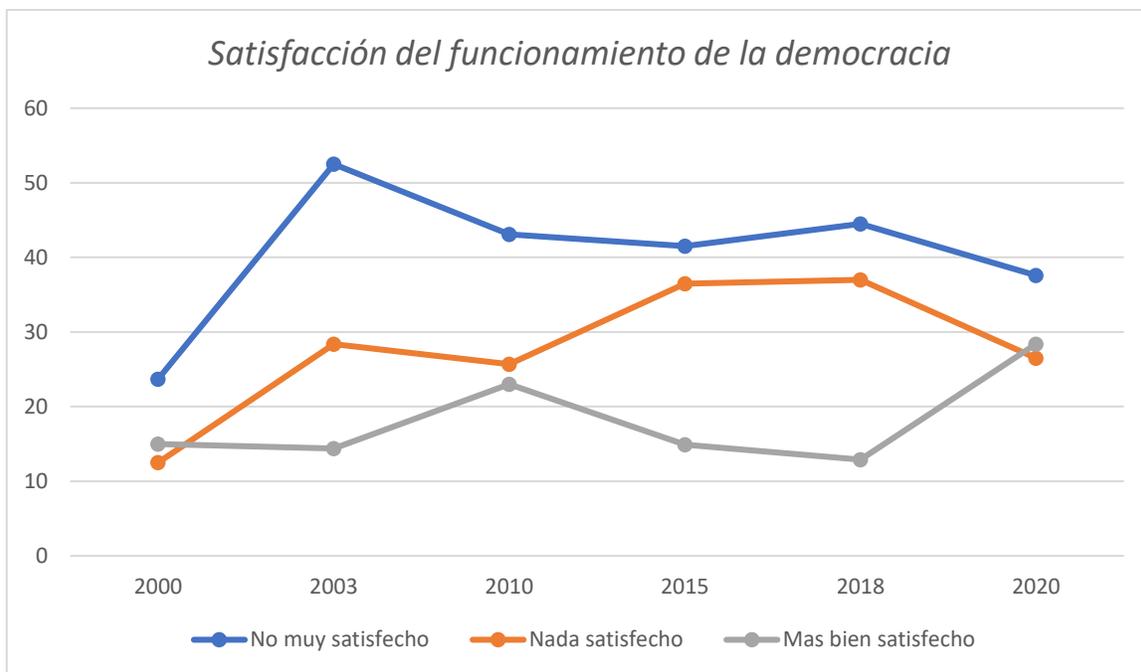
no está gobernado para el bien del pueblo, sino para beneficiar intereses particulares de los grupos en el gobierno.



Fuente: Elaboración propia con datos del Latinobarómetro 2006, 2010, 2015, 2018 y 2020

Cabe destacar que la percepción de que el país es gobernado por las élites sólo en beneficio propio ha tenido una disminución desde el triunfo de AMLO y la llegada de Morena al gobierno, suceso particular ya que desde el segundo mandato panista había ido en aumento paulatino hasta el punto culminante de 2018, año en el que también se manifestó un mayor grado de desconfianza hacia los partidos como instituciones representativas. El dato más drástico y contrastante es un aumento de 20% en la opinión de la ciudadanía de que quien gobierna la país lo hace en beneficio del pueblo, llegando a 29%, un porcentaje que no se había visto desde el 2010 antes del gobierno priísta. Una muestra más que aporta a la concentración del voto en Morena y que se ha mantenido años después del triunfo.

Estos datos contrastan con el nivel de satisfacción con la democracia como forma de gobierno, en la que se mantiene una constante entre la no mucha satisfacción y la insatisfacción.



Fuente: Elaboración propia con datos del Latinobarómetro 2000, 2003, 2010, 2015, 2018 y 2020

Durante dos décadas la ciudadanía no está lo suficientemente satisfecha con el funcionamiento de la democracia en México; siempre el porcentaje ha estado por encima del 35% aunque presentando poca variación entre los años seleccionados. La no satisfacción también se ha mantenido constante entre un 20% y 40% siendo el 2018 el año con mayor insatisfacción, mientras que la satisfacción a medias, una satisfacción no del todo plena, dubitativa, se mantuvo en rangos del 10% con excepción de 2010 y 2020, este último año con un aumento de casi 6 puntos porcentuales por encima de 2018, consecuencia del triunfo electoral de Morena. Empero sigue siendo aún mayor el porcentaje de la ciudadanía que no está muy satisfecha a comparación de las otras dos concepciones que se encuentran casi a la par.

Que la ciudadanía tenga una opción que se encuentre en medio entre no estar satisfecha y totalmente satisfecha, aunado al carácter de la elección de respuesta: “No muy satisfecho”, indica que a pesar de no sentir que el método democrático de las elecciones brinde real manifestación de sus preferencias, siendo más bien un método manipulado por las élites gobernantes o las instituciones electorales, siguen concibiendo a la democracia como un proyecto de proceso de democratización que puede ser mejorado.

Sin embargo el problema más grave de que las sociedades modernas ya no correspondan con la teoría clásica de la democracia como poliarquía y anclada a los preceptos demo-liberales, es el aumento de la diferenciación del sistema político y su complejidad, lo que provoca el mayor riesgo, lo que Zolo llama ‘la dispersión de la esfera pública’:

Esta se extiende, inclusive, a la eliminación del horizonte mismo de la “ciudad política” como dominio de la “ciudadanía”. En su lugar, las funciones “protectoras” de la prescripción y la integración social llegan a ser ejercidas por una red de “gobernantes privados” -los partidos políticos y los otros agentes de la poliarquía corporativa- que se vuelven cada vez más autónomos y menos responsables, pero que al mismo tiempo están privados de toda capacidad para la solución eficiente y oportuna de los problemas complejos. (Zolo, 1994: 149)

Esta dispersión de la esfera pública se presenta de tres formas y cada uno cuestiona los lineamientos de una democracia representativa; sin embargo la de mayor importancia, a mi parecer, es la autorreferencialidad del sistema de partidos.

Esta toma como base la terminología clásica de pluralismo, que ya hemos mencionado, en donde los grupos compiten formal o informalmente para la elaboración de políticas, para hacer entrar sus demandas en la agenda, lo que le da al sistema político una concepción de que está formalizado. Sólo estos grupos tienen potencial entrada al sistema ya que son los “transmisores de la demanda política”, pues mientras las instituciones políticas gobiernan, estos controlan las funciones de administración. Esta competencia funciona dentro del mercado político si se toma el esquema clásico de legitimación política; los intereses particulares de los grupos son expresados a través canales de intercambio político en los círculos más altos de grupos organizados -recuérdese el circuito de negociación de Bobbio-, donde posteriormente se transmiten a los parlamentos y gobierno por medio de la competencia electoral u otros medios, al final el gobierno, que es el cénit del sistema político-administrativo, transforma las demandas en respuestas, punto de partida para un proceso de ejecución administrativa, la cual pasa por los niveles de gobierno hasta chocar con los intereses de los ciudadanos. No importa si las decisiones favorecen u obstruyen los intereses de los ciudadanos, lo que importa es que el proceso mismo está legitimado democráticamente (o sea a través de los métodos procesales de la democracia). El sistema de partidos no amaina e impulsa demandas surgidas de la base social, sino que es la fuente de

su propia autolegitimación procesal e institucional y de la legitimación del rendimiento burocrático-administrativo. “su cualidad “autorreferencial consiste precisamente en su capacidad de establecerse y reproducirse a sí mismo, como sistema diferenciado, a través de la producción continua de consenso y legitimación política.” (Ibid: 151) Resultando en partidos que sólo buscan su permanencia dentro del sistema al reinvertir su poder por medio del clientelismo

A pesar de ser una teoría que se deslinda por completo de la carga ética y moral de un proyecto para un proceso de democratización, y tiende a señalar los cuantiosos problemas de fundamentar un ideal de democracia en los presupuestos liberales y de mercado económico (como la competencia y la racionalidad de los electores e instituciones), se puede identificar las similitudes entre algunos de esos problemas y la llamada desinstitucionalización del sistema de partidos -el despojo de una ideología de los partidos en pro de un pragmatismo electoral, la baja representatividad de los grupos y el declive de la participación-, solamente que cambiado las categorías, pues lo que para una teoría es una pérdida de estabilidad de una democracia (una suerte de desajuste) para otra son problemas inherentes a su propia evolución, y por lo tanto inevitables.

Una visión así, a mi juicio, no desestima el análisis que pueda hacerse de los partidos y de los sistemas de partidos, sólo que habría que estar consciente de que el funcionamiento del sistema político no conlleva necesariamente a la adopción de un sistema de valores anclados a una tradición liberal que a toda luz ya no permite comprender la actualidad. Tampoco se debe entender que al señalar los yerros de la democracia representativa se cae en un pesimismo infértil, pues el mismo análisis de los hechos puede servir como punto de partida para la proposición de cambio. Se trata más que nada de una reconstrucción de la teoría democrática sin depender de las doctrinas clásicas. Por lo mientras deben ser analizados los actores e instituciones de un sistema político que pretende ser democrático valiéndose de teorías capaces de aprehender la realidad sustancial de sus relaciones, quizá optando por una clase de eclecticismo teórico pero con una teoría realista como la de Zolo que sirva de guía.

Conclusiones

De toda la investigación de los cambios en el sistema de partidos mexicano a lo largo de dos décadas podemos sacar algunas conclusiones, las más destacadas para comprender la realidad en México en tanto su sistema político.

Una característica que marcó durante 21 años al sistema de partidos fue la constante de los gobiernos divididos, que impidió que los gobiernos en turno actuarán como tal. La continua poca cooperación de los partidos políticos coadyuvo a que no pudieran llegarse a resoluciones entre las diferentes fuerzas políticas que representaban cada uno de los grupos, porque, como hemos analizado, que los grupos que compiten en la arena política y tengan un escudo y un lema diferente no significa que sean reales alternativas de la representación que busca la ciudadanía, y su no cooperación no ponía en peligro al sistema en sí mismo porque se mantenía la estabilidad del juego político mediante su autolegitimación.

Este actuar deficiente de los partidos político y del gobierno, aunado a factores externos como la violencia, o internos como la corrupción, logró que la legitimidad del sistema político se fuese erosionando: había poco intereses y poca confianza en las instituciones que habían prometido garantizar una democracia y por lo tanto aumentó el apartidismo, que a su vez provocó la disminución de la participación electoral.

El sistema de partidos, una vez que fue pluralista, se fue desinstitucionalizando, quizá podríamos decir que desde el comienzo, pues a la par del surgimiento de los gobiernos divididos y el cambio de gobierno en el año 2000 también comenzó el desencanto y los cambios bruscos en el sistema de partidos por los trocamientos frecuentes a las leyes electorales, y comenzó por adoptar una lógica mucho más pragmática dada la transformación del papel de los partidos políticos. Incluso antes de que el sistema de partidos fuese pluralizado los partidos mismo habían perdido parte de sus brújula ideológica como lo vimos en el PAN.

Se fueron manifestando los problemas mismos que la democracia representativa conlleva, al ser tradición directa del pensamiento liberal y adaptación de la democracia

directa. Tanto la pérdida de confianza y la poca participación, así como la nula representación por parte de los partidos políticos, pues se convirtieron en maquinas electorales concentradas en su propia conservación y competencia controlada, logró que se deviniera, irónicamente, en nula competencia pluralista real, pues para 2018 un solo partido concentraba el poder, legislativo y ejecutivo; no hubo competencia en las elecciones de 2018, así como tampoco un voto diferenciado como se había presentado desde la transición. Sin embargo se hizo claro que aún hay volatilidad electoral pues con cada elección el voto se mueve hacia partidos distintos de manera significativa.

La nula existencia de los factores de la democracia, meros ideales que aún en poco pudieron hacerse presentes en la democracia realmente existente, llevó a que el sistema político se moviera ya no por los principios de representación sino mediante figuras políticas antisistema que se veían como opción para dismantelar al sistema político deficiente.

El marcado personalismo que fue definiendo a la política terminó por alcanzar su cénit en las elecciones presidenciales de 2018 con la llegada de López Obrador (Morena) al poder -la génesis misma del partido y su organización interna no permiten diferenciarlo del líder mismo- en donde se concentro más de la mitad del voto en un solo partido y cambiando la configuración del sistema de partidos en el sentido de la predominancia de uno sólo y obstruyendo la continuación de los demás dentro del propio sistema *ad hoc*. Este movimiento hacia el carisma del líder político tiene como una de sus causas la desinstitucionalización misma del sistema de partidos; perdida de confianza en las instituciones democráticas, poca lealtad partidista de ciudadanos y élites, y poca participación electoral.

En 2018 se observó el fin de los gobiernos divididos, característica que marcó desde un inicio la democracia procedimental del país y que parecía casi una parte ineludible del sistema político. A pesar de la fragmentación numérica de partidos que hubo en 2015, resultando en 8 partidos y todavía girando alrededor de los partidos tradicionales, a tan sólo tres años esa fragmentación se redujo, quedando como reales competidores Morena, y acaso el PAN. Todo ligado al comportamiento pragmático del sistema político que dejó de lado la ideología como guía y dadora de identidad de los partidos.

Y no sólo fue la llegada de un líder carismático con discurso antisistema, sino también se propició la llega de ‘extranjeros’ al juego político; Antonio Meade como candidato del revolucionario institucional, por ejemplo. Los cambios internos de los partidos, plagados de disputas internas que no permitían siempre una organización y cohesión también fue crucial en la desinstitucionalización del sistema de partidos.

Además no sólo se fue perdiendo la confianza en las instituciones y los procedimientos de esta incipiente democracia procedimental, formal, sino que se fue perdiendo la confianza en la democracia misma como forma de gobierno eficiente y deseable -lo que no fue impedimento para que continuase percibiéndose como una ideal en proceso por parte de la ciudadanía pero que nunca llegaba a concretarse-.

Con la teoría de Danilo Zolo pudimos esclarecer desde otro punto de vista los problemas de la desinstitucionalización, sin embargo algo que podemos observar con todo lo ya analizado y explicado es que la democracia representativa y sus procedimientos, a pesar de ser defectuosa, nunca llegó a concretarse siquiera un poco en el caso mexicano, el sistema de partidos tripartito nació prácticamente ya desinstitucionalizado y solamente fueron acentuándose los problemas que llevaron a la predominancia de Morena y el trastocamiento profundo de los partidos políticos y los métodos procesales democráticos.

El que Morena, López Obrador, haya ganado las elecciones y concentrado el poder se debe a que poseía todos los requisitos y circunstancias a su favor; AMLO es el líder carismático por excelencia, aspecto que ha desarrollado durante mucho tiempo al remarcar su política populista, los partidos tradicionales se enfocaron tanto en mantener la competencia equitativa -para ellos- y la estabilidad del sistema de partidos que devinieron pronto en las máquinas electorales, engranajes más como otro órgano de Estado, banalizando su fin primordial que era la intermediación sociedad civil-Estado.

Por lo que al final, la representación sólo sirve para que los procesos políticos, en especial la elección de la agenda pública y la toma de decisiones se quede en manos del aparato administrativo, relegando a la ciudadanía a un segundo o hasta tercer plano, donde su irrisoria participación se resume al voto, y no por elección, sino por falta de eficiencia del

sistema político debido a la complejidad, derivada a su vez por los riesgos evolutivos que hemos repasado.

Al destacar las faltas de la democracia representativa y todo lo que eso conlleva puede interpretarse como un pensamiento pesimista, pues poco se propone para un cambio sustancial, empero deja libre el paso para un cohorte de posibilidades de desarrollo para otra teoría democrática que no se mueva únicamente por una teoría que es predominante en los estudios sobre partidos y sistemas de partidos, especialmente en este último.

Al estar aún inundados de la politología norteamericana cuantitativista, es comprensible que gran parte de estudios similares se muevan a través de sus categorías y modelos; no de desvirtúa en general toda su metodología pues resulta útil en variados aspectos, pero el retomar corrientes más cualitativas probablemente ayude a comprender que la mera medición de un *status quo* no es aprehender el conocimiento, o generarlo, sino, en todo caso, perpetrarlo y justificarlo aun cuando no explica satisfactoriamente un fenómeno.

En últimos términos se pudo comprobar que efectivamente la desconfianza en las instituciones democráticas, ocasionadas por los bajos niveles de percepción sobre la representación de los partidos políticos, produjo una tendencia a la baja de la participación electoral y el apartidismo, sin embargo se encontraron otros factores igual o más determinantes para la transformación del sistema de partidos de su pluralidad moderada a una predominancia de un solo partido, sin ser como tal uno nuevo pues no ha durado lo suficiente como para que se considere consolidado, entre ellos la desinstitucionalización de los partidos y el sistema de partidos, que ya lleva implícito las variables primeras, junto a otras.

La investigación e interpretación sobre los riesgos evolutivos de las democracias representativas se acentuó hasta aceptarla como parte medular de los problemas mismos del cambio junto con la desinstitucionalización, mostrando que en México el sistema de partidos y su democracia tienen un trasfondo más allá de los aspectos formales más visibles.

BIBLIOGRAFÍA

Aparicio, F. J., Castro Cornejo, R. (2020) Elecciones 2018. Una coyuntura histórica de México. *Política y Gobierno*, 27 (2), 3-21.

Aguilar López, J. (2008) Identificación partidaria: apuntes teóricos para su estudio. *Polis*, 4 (2).

Aragón Falomir, J., Fernández de Lara Gaitán, A. y Lucca, J. (2019). Las elecciones de 2018 en México y el triunfo del Movimiento de Regeneración Nacional (Morena). *Estudios Políticos*, (54), 286-308.

Battle, A. (Ed.). (2001) *Diez textos básicos de ciencia política*. Barcelona, España: Editorial Ariel, S. A.

Becerra Chávez, Pablo Javier (1996). *La reforma electoral de 1996*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

Becerra Chávez, Pablo X. (2019) El sistema de partidos políticos en México, 2000-2018. Entre elecciones locales y federales. En: *La elección federal de 2018 en México: una nueva reconfiguración del poder político*. Ed. Por Escamilla, A. y Del Alizal, L. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 319-351.

Becerra Chávez, X. (2020) El sistema de partidos políticos en México, 2000 – 2018. Entre elecciones locales y federales. En: López Acosta, S. (coord.). *El sistema de partidos políticos de México hacia el 2021 y 2024*. México. Instituto Electoral del Estado de Guanajuato, 365-396.

Bobbio, N. (2001) *El futuro de la democracia*. 3ra ed. México: FCE.

Bobbio, N., Matteucci, N. y Pasquino, G. (2015) *Diccionario de política*. D.F., México: Siglo XXI editores.

Bolívar Meza, R. (2021) EL PRD COMO PARTIDO BISAGRA EN LA FALLIDA COALICIÓN POR MÉXICO AL FRENTE. *Polis*, 16 (2), 39-68.

Cardiel Soto, R. y Morales Camarena, F. (n.d.) *Democracia y confianza en México*. México; INE.

Del Tronco, J. (2012) Las causas de la desconfianza política en México. *Perf. Latinoam*, 20 (40).

Díaz Jiménez, O. (2019) El sistema de partidos mexicano después de la elección crítica de 2018. Desalineamiento, cartelización y desinstitucionalización. *Época III*, XXIV (V), 33-71.

Duverger, M. (1957) *Los partidos políticos*. D.F., México; FCE.

Escamilla Cadena, A., Del Alizal Arriaga, L. (coords.) (2020) *La elección federal de 2018 en México: una nueva reconfiguración del poder político*. México: UAM-I, Ediciones del Lirio.

Freidenberg, F. (Ed) (2016). *Los sistemas de partidos en América Latina 1978-2015. Tomo 1: México, América Central y República Dominicana*. Ed. por el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM y el Instituto Nacional Electoral.

Hernández Rodríguez, R. (2015) El refugio del PRI durante la alternancia panista. *Foro int*, 55 (1).

Larrosa Haro, M., Alarcón Olguín, V., Becerra Chávez, P. (coords.) (2008) *Elecciones y partidos políticos en México, 2006*. México: UAM-I.

Larrosa Haro, M., Becerra Chávez, P. (coords.) (2005) *Elecciones y partidos políticos en México, 2003*. México: Plaza y Valdés.

Larrosa Haro, M., Santiago Castillo, J. (coords.) (2011). *Elecciones y partidos políticos en México, 2009*. México: UAM-I.

Larrosa Haro, M., Santiago Castillo, J. (coords.) (2014). *Elecciones y partidos políticos en México, 2012*. Guadalajara; México: Editorial Universitaria.

Larrosa Haro, M. (coord.) (2020). *Elecciones y partidos políticos en México, 2015*. México: UAM-I.

Latinobarómetro. (2000) *Latinobarómetro 2000: Resultados por Sexo y Edad*. México

- Latinobarómetro. (2003) *Latinobarómetro 2003: Resultados por Sexo y Edad*. México
- Latinobarómetro. (2006) *Latinobarómetro 2006: Resultados por Sexo y Edad*. México
- Latinobarómetro. (2010) *Latinobarómetro 2010: Resultados por Sexo y Edad*. México
- Latinobarómetro. (2015) *Latinobarómetro 2015: Resultados por Sexo y Edad*. México
- Latinobarómetro (2018) *Latinobarómetro 2018: Resultados por Sexo y Edad*. México
- Latinobarómetro. (2020) *Latinobarómetro 2020: Resultados por Sexo y Edad*. México
- Lujambio, A. (2001) Adiós a la excepcionalidad: régimen presidencial y gobierno dividido en México, En: *Tipos de Presidencialismo y Coaliciones Políticas en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO, 251-282.
- Mainwaring, S. y Scully, T. (1995) *Building democratic institutions, party systems in Latin America*. EUA: Stanford University Press.
- Meixueiro, G. y Moreno, A. (coord.) (2014). *El comportamiento electoral mexicano en las elecciones de 2012*. México. D. F.: Centro de estudios sociales y de opinión pública.
- Méndez de Hoyos, I. (2006). *El sistema de partidos en México: fragmentación y consolidación*. México.
- Michels, R. (1973). *Los partidos políticos: Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas en la democracia moderna. Vol. II*. Buenos Aires, Argentina: Editores Amorrortu.
- Mill, S. (1878). *El gobierno representativo*. Sevilla, Universidad de Sevilla: Biblioteca de la Facultad de Derecho.
- Moreno, A. (2003). *El votante mexicano: democracia, actitudes políticas y conducta electoral*. México: FCE.
- Moreno, A. (2018) *El cambio electoral. Votantes, encuestas y democracia en México*. México: FCE.

Navarrete Vela, J. (2019). *Morena en el sistema de partidos en México: 2012-2018*. Toluca; México: Instituto Electoral del Estado de México, Centro de Formación y Documentación Electoral.

Olvera, A. (2009) . *La participación ciudadana y sus retos en México: Un breve estudio del desarrollo de la cultura y de las instituciones participativas y diagnóstico de su problemática actual, con propuestas para hacer funcionales las instancias de participación democrática*. México.

Olvera, A. (2020). México 2018: elección plebiscitaria, crisis neoliberal y proyecto populista. En: *Giros políticos y desafíos democráticos en América Latina*. Ed. Por Caetano, G. y Mayorga, F. México: CLACSO, 115-142.

Pabón Ortiz, A. (2016) La institucionalización de los sistemas de partidos políticos: ¿qué es y cómo se mide? *Fides Et Ratio*, 11 (11).

Palma Cabrera, E. y Osornio Guerrero, M. (2019). Fragmentación y volatilidad electoral en las elecciones presidenciales de 2018 en México: ¿hacia un sistema de partido predominante? *Revista Mexicana de Estudios Electorales*, 4 (23).

Panebianco, A. (1995). *Modelos de partido: Organización y poder en los partidos políticos*. Madrid, España: Alianza editorial.

Pitkin, H. (1985). *El concepto de representación*. Madrid: Centro de estudios constitucionales.

Prud'homme, J., Morayta, G. y Mabire, B. (2020) PARTIDOS Y SISTEMA DE PARTIDOS EN LAS ELECCIONES MEXICANAS DE 2018. *Foro Internacional*, 60 (2), 397-450.

Reyes del Campillo, J. (2014) El sistema de partidos y la transición democrática en México. *El Cotidiano*, (187), 111-125.

Reyes del Campillo, J. (2018). Partidos y representación política La democracia en México del siglo XXI. *Polít. cult.* (50).

Reveles Vázquez, F. (2000) La victoria de Vicente Fox y del Partido Acción Nacional en las elecciones del 2000. En: *Estudios Políticos*, (24).

Sardá, J. y Cubas, J. (1994). La teoría postempirista de la democracia de Danilo Zolo: Una aproximación. *Revista de estudios políticos* (84), 287-304.

Sartori, G. (2005) *Partidos y sistema de partidos*. México; FCE.

Secretaría de Gobernación (2012). *Encuesta Nacional Sobre Cultura Política y Prácticas Ciudadanas*.

Sermeño, A. (2006). Democracia y participación política: los retos del presente. *Andamios*, 2 (4).

Touraine, A. (2000) *¿Qué es la democracia?* . México: FCE

Valdés Vega, M. s.f. *Surgimiento y retos del instituto nacional electoral (INE)*.

Weber, M. (1964) *Economía y sociedad Esbozo de sociología comprensiva*. Madrid, España: FCE.

Yturbe, C. (2001) *Pensar la democracia: Norberto Bobbio*. Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM. México.

Zolo, D. (1994) *Democracia y complejidad: Un enfoque realista*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión